

LUIS DE TRELLES NOGUEROL

LA LUZ, SÍMBOLO CRISTIANO

**Prospectos de “La Lámpara del Santuario”
(1870-1891)**

Presentación de
LUIS QUINTEIRO FIUZA
Obispo de Tui–Vigo

Edición y Estudio Introdutorio de
SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ
Catedrático Emérito del IES de Pamplona

Fundación Luis de Trelles
Vigo
2016

**CONSEJO EDITORIAL
DE LA
FUNDACIÓN LUIS DE TRELLES**

Prof. Dr. Manuel ABOL-BRASÓN ÁLVAREZ-TAMARGO
D. Enrique CARIDE IGLESIAS (Secretario)
Prof. Dr. Francisco José FONTECILLA RODRÍGUEZ
Prof.^a Dr.^a Milagros OTERO PARGA
Prof. Dr. Francisco PUY MUÑOZ (Presidente)
Coronel Auditor Antonio TRONCOSO DE CASTRO

LUIS DE TRELLES NOGUEROL

LA LUZ, SÍMBOLO CRISTIANO

**Prospectos de “La Lámpara del Santuario”
(1870-1891)**

Presentación de
LUIS QUINTEIRO FIUZA
Obispo de Tui–Vigo

Edición y Estudio Introdutorio de
SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ
Catedrático Emérito del IES de Pamplona

Fundación Luis de Trelles
Vigo
2016

FICHA EDITORIAL

TRELLES NOGUEROL, Luis.- *La luz, símbolo cristiano. Prospectos de “La Lámpara del Santuario” (1870-1891).*- Vigo, 2016, 197 págs.- 22 cm.- Índice: pág. 5.- DL: VG 742-2015
ISBN: 978-84-606-8332-2

I.- Fundación Luis de Trelles.-

II.- Autor: Luis de Trelles NogueroL.-

III.- Cubiertas: José María Núñez Lamas

IV.- Ilustración: Logo de “La Lámpara del Santuario”.-

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534 bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad los que, sin la preceptiva autorización, reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

Edita Fundación Luis de Trelles

C/ Vázquez Varela, 54, 3º Dcha.

Teléfono/Fax: 986.419.245

fundacion@fundaciontrelles.org

www.fundaciontrelles.org

Copyright: Fundación Luis de Trelles

Registro: c:\la luz, símbolo cristiano

Enmaquetado por: Eva Belinda Suárez Martín

Imprenta: Fergrafic

Cubiertas: José María Núñez Lamas

I.S.B.N.: 978-84-606-8332-2

Dep. Leg.: VG 742-2015

INDICE

PRESENTACIÓN

por Luis QUINTEIRO FIUZA, Obispo de Tui-Vigo..... 7

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por Santiago ARELLANO HERNÁNDEZ..... 13

1. Finalidad de *La Lámpara del Santuario* 15
2. Fuerza simbólica de la luz..... 19
3. Don Luis, palabra emocionada..... 23
4. Dos conjuntos temáticos 26
 - a) De esperanzas, de contratiempos y de cuentas 27
 - b) De los simbolismos de la luz 33
5. La luz y la Eucaristía..... 39

LA LUZ SÍMBOLO CRISTIANO

1. Luz silenciosa, humilde, viva, tibia.....45
2. Luz, tesoro de misterios 51
3. Luz, símbolo hermoso, expresivo, perseverante 59
4. Luz, figura de otra luz 65
5. Luz, centella de la luz indeficiente 73
6. Luz, hermosa criatura amada 79
7. Luz y vaso, alma y cuerpo 87
8. Luz, mirada de Dios 95
9. Luz, esplendor del rostro de Dios 103
10. Luz, estrella de Belén 111

11. Luz, irradiación del Verbo	119
12. Luz que vence a las tinieblas	129
13. Luz sacada de la piedra	135
14. Luz del ángel de la adoración eucarística	145
15. Luz que vuela, enciende e inflama	155
16. Luz, señal predilecta de Dios	165
17. Fuego, luz y calor, símil trinitario	173
18. Luz inaccesible, inmensa, inenarrable	183
19. Luz verdadera que ilumina a todo hombre	193
20. Luz foco de amor	201
21. Luz mía, salvación mía, Dios mío	211
22. Luz gloria y esplendor de la Sagrada Eucaristía	219
I. Índice de términos técnicos de uso infrecuente	225
II. Índice de santos y escritores citados	237

PRESENTACIÓN

Las páginas que siguen reproducen veintiún artículos del Venerable Luis de TRELLES, redactados entre 1870 y 1891, cada uno al comienzo de cada año, y publicados presentando las respectivas anualidades de la revista *La Lámpara del Santuario* por él fundada y dirigida mientras vivió.

Una pequeña parte de esos textos hablan de la empresa editorial acometida, haciendo balance de aciertos y contratiempos sufridos en el año que terminaba, dando a conocer proyectos para la anualidad que comenzaba, y solicitando a los lectores ayuda para la difusión y mantenimiento de una revista religiosa carente de publicidad y de subvenciones, y estrictamente dedicada a hablar de la Eucaristía. Estos fragmentos no carecen de interés. Lo tienen para cualquier devoto de la Adoración al Santísimo Sacramento, en cuanto ayudan a percibir los sacrificios que hizo silenciosamente don Luis para difundir esa devoción entre el laicado cristiano coetáneo, y a suscitar el deseo de imitación. Y también hay en esos breves informes muy interesantes enseñanzas para los periodistas de nuestro tiempo que quieran aprovechar las oportunidades que les ofrece su profesión para difundir el evangelio de JESUCRISTO.

Pero la mayor parte de esos textos hablan de la lámpara del sagrario. O mejor dicho, hablan de JESUCRISTO como luz del mundo y de las almas, que está aguardando silencioso

nuestra visita, mientras Él habla incesantemente con el Padre Eterno impetrando perdón por nuestras culpas, debilidades y pecados... Y esa parte es hermosa, emotiva, persuasiva. Se trata de diálogos mantenidos con el Señor durante las velas nocturnas personales, luego trasladados al papel, quizá a la vuelta de la vigilia, antes de la aurora, o a la media luz de la amanecida, alumbrando papel, pluma y tintero con la llama amarilla de la lámpara casera de aceite.

Son textos muy recomendables para ser leídos y meditados en casa, antes de la vigilia o el turno de adoración, y luego releídos en el templo, sentados delante del Sagrario, a solas, o durante el turno de vela. En el estudio introductorio de los textos de Trelles, su autor D. Santiago ARELLANO ha glosado primorosamente esta idea y sería inoportuno adelantar sus palabras de admiración y de sobrecogimiento. Léalas cada persona que tome este libro en sus manos, porque le ayudarán a entender mejor su contenido principal, o sea las cuartillas que el Venerable siervo de Dios Luis de TRELLES cubrió para justificar cada año por qué tenía que seguir esforzándose en difundir por la imprenta noticia del amor a la Eucaristía que alimentaba su alma.

Con razón. La Eucaristía es el sacramento del amor infinito de Dios. El amor de Dios es el origen y la fuente de todo lo que existe. Éste es el gran misterio que los hombres estamos llamados a contemplar desde la fe. Por eso, la celebración y la adoración de la Eucaristía no sólo están en el corazón mismo de la fe cristiana, sino que son el camino de la Iglesia para dar a conocer al mundo el tesoro escondido del amor de Dios.

Con verdad. La Iglesia nace con la Eucaristía como memorial perenne de la Pascua del Señor. Desde sus

comienzos, la Iglesia fue plenamente consciente de esta herencia que la constituye como Iglesia del Señor resucitado. En los muchos momentos difíciles que la Iglesia vivió a lo largo de su historia, siempre encontró en la Eucaristía la referencia esencial de su fidelidad al Señor. Así fue, es y seguirá siendo. Donde esté la Iglesia, allí estará la Eucaristía, y donde esté la Eucaristía allí estará la Iglesia.

Con actualidad. El Concilio Vaticano II fue un acontecimiento extraordinario de renovación eclesial. También en el ámbito de la Eucaristía. Sólo en la perspectiva del Concilio se pueden valorar adecuadamente las aportaciones decisivas del Magisterio Pontificio que los últimos Papas han dedicado a la profundización y a la revitalización de la vida eucarística. Reflexionar y meditar sobre el legado de los últimos Pontífices acerca del misterio de la Eucaristía, es una de las tareas urgentes de nuestras comunidades eclesiales. Deben hacerlo especialmente las parroquias y las asociaciones eucarísticas.

Saludo con especial alegría la contribución a este respecto del Profesor PUY MUÑOZ, y de sus colaboradores y colaboradoras reunidos en la Fundación Luis de Trelles, veteranos adoradores de la Eucaristía y generosos impulsores de su culto. Junto a ellos contemplo a tantos adoradores y adoradoras que son un gran tesoro de nuestra Iglesia. Necesitamos de vuestro testimonio y de vuestra fortaleza. Vuestro amor a la Eucaristía está llamado a purificarse en la prueba, y a avanzar en la creatividad de una fe cristiana que hable el lenguaje de la caridad.

El Papa FRANCISCO nos invitaba a todos los cristianos en su *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium* a una impostergable renovación eclesial: “Sueño con una opción

misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la auto preservación”(n. 27).

Esta llamada suena con una fuerza especial en los corazones forjados en la contemplación eucarística. Una adoración eucarística que no lleve de modo natural a la misión está viciada de raíz. Los adoradores tenéis que ser los primeros misioneros de la renovación eclesial. Hacedlo de la forma que os permitan vuestras ocupaciones familiares, vuestros deberes profesionales, vuestra salud y vuestra sensibilidad espiritual. Pero tened en cuenta los ejemplos de nuestros mayores en la fe, y muy especialmente los que nos dio el Venerable don Luis de TRELLES, tan patentes en el libro de sus oraciones ya publicado, y en éste de su escucha de la voz de la lámpara del Sagrario que ahora se da a la imprenta.

Con todo afecto y mi bendición

Vigo a once de noviembre de 2015,
Memoria de San Martín de Tours,.

+ LUÍS QUINTEIRO FIUZA, Obispo de Tui-Vigo

*Erat lux vera
quae illuminat omnem hominem
venientem in hunc mundum.
Iohannes, 1.9*

*Fuge, tace, quiesce.
!Apártate, cállate, sosiégate!*

*Bendito y alabado sea
el Santísimo Sacramento del Altar*

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Me siento sobrecogido. Me siento sobrecogido por el prodigioso simbolismo de la lámpara del Sagrario que manifiestan las meditaciones de Don Luis de TRELLES ante JESÚS Sacramentado. La lectura de los prospectos con que cada año Don Luis de Trelles, a modo de prólogo, iniciaba la publicación de la revista mensual *La Lámpara del Santuario* me ha movido a ponerme de rodillas y rezar.

Se percibe, del principio al fin entre sus páginas, la presencia de Dios en el alma transparente de quien las escribía; y en su conciencia delicada y humilde; y en la llamita espuela de sus reflexiones que anuncia la presencia en el Sagrario del Dios vivo, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, llama, luz y fuego en que se hace perceptible, en medio de las tinieblas, la Santísima Trinidad. Pues a esta llamita quiere convertirla Don Luis en referente, modelo y guía de sus escritos. Éstas son, tras un párrafo inicial, sus palabras en el prospecto primero:

“Arde silenciosa en las tinieblas de la noche, humilde y viva la luz tibia de la lámpara eucarística, atestiguando la fe de quien la da pábulo, y la mano amiga del pobre acólito que la encendió. Puede decirse que aquella luz, es el único testigo que puede deponer en aquellas horas de que dentro de algunas tablas, carcomidas tal vez por la acción del tiempo, se dejó encerrar, y bajo llave que el hombre guarda, el Dios omnipotente que no tiene límite en su poder, ni en la extensión,

ni en la sabiduría, ni en el amor... El amor que le trajo de su eternidad en busca de la oveja perdida.”

Dios está aquí nos dice la lámpara encendida ante el altar. Y Dios está aquí, en el fuego encendido que impulsa la pluma de don Luis para iluminar a sus lectores y para encendernos a todos en el fuego del amor al amor de sus amores, a JESÚS Sacramentado. La revista no quiere ser otra cosa que la lucecita de la lámpara.

En cada prospecto encontraremos abundante doctrina teológica, pero no se reduce a un tratado teológico sobre Dios, el mundo, el hombre y la eucaristía. Cuanto más nítida es la consideración, mayor es el entusiasmo que exalta la palabra y el corazón de don Luis. Es una antología práctica del modo de su oración personal. El esquema que subyace desarrolla: primero, la acción de gracias; segundo, la meditación; y tercero, la exultación gozosa ante la grandeza o maravilla del misterio contemplado. Es un texto que invita a la oración.

Me atrevería a sintetizar que los prospectos son sobre todo un canto entusiasta al potencial simbólico que don Luis encuentra año tras año en la humilde lamparita encendida en cada templo. En el año noveno (1878), un año después de que, por fin, se hubiera puesto en marcha la sección de la Adoración Nocturna en Madrid, exclama emocionado Don Luis:

“¡Bendita seas mil veces, querida lucecita del templo!, que ardiendo y consumiendo tu vida delante del tabernáculo en que el Señor se quedó por su infinita caridad, le tributas culto; le atestigüas el nuestro; nos sirves de aviso de su amorosa presencia; nos acusas de ingratitud por no acompañarle en la larga noche que el templo permanece cerrado; nos das testimonio de su incesante solicitud por nuestra salvación

eterna, brindándonos su comunión espiritual y sacramental con todos los méritos de su pasión y muerte, y su vida en nosotros; y nos representas su vida eterna, su vida eucarística, y su hipóstasis divina: Tú ¡oh querida lumbre! ardiendo en un vaso de tierra, nos explicas cómo brilla su divinidad en el vaso de barro de su humanidad sacrosanta.

¡Bendita mil veces seas, oh lámpara del Santuario!, que nos ofreciste tu nombre para nuestro bautismo literario, y que de luz en luz, de símbolo en símbolo, propalas que nuestro fin periodístico es encender y mantener una vez cada mes esta luz pálida que avisa a nuestros lectores sobre la vida eterna y sustancial del Verbo encarnado, a quien consagramos nuestras humildes frases.”

1. Finalidad de *La lámpara del santuario*

No encontraremos en cada prospecto un plan anual de buenos propósitos. No se trata de eso. En cada artículo inicial nos vamos a encontrar con un ahondamiento, en espiral, de la razón de ser de la revista: conocer y dar a conocer esa luz inmarcesible del Dios que se ha quedado entre nosotros en los accidentes del pan y del vino. Ya en el primer prospecto, tras conmovernos, presentándonos la oración de súplica de nuestro Señor JESUCRISTO, plenitud de hombre y de Dios, al Padre por la humanidad entera, en medio de las tinieblas de la noche o de la indiferencia de la ciudad, nos desvela el propósito germinal y la directriz de su revista:

“Los modestos y reverentes redactores de esta revista mensual se proponen, con el favor de Dios, encender esta pobre luz que la gracia del mismo Señor les permitirá alimentar con sus adorables inspiraciones para que, vista de sus hermanos más distraídos y no menos creyentes, se

acuerden del amor inefable que se oculta en el sagrario bajo piadosas y mentidas apariencias de pan, por tal de ponerse en misericordiosa relación con su miserable e ingrata criatura.”

Don Luis escribe, publica, dirige, distribuye, financia y organiza con una entrega fuera de lo común, porque ha descubierto la perla preciosa del Evangelio y ha subordinado todas sus responsabilidades y desvelos a servir y amar y hacer amar a su Señor escondido y prisionero en el sagrario. En el decimonoveno prospecto confiesa que casi siempre llevó él solo toda la tarea y responsabilidad, aunque lo dice con tanta humildad que nos puede parecer que no se refiere a sí mismo:

“Lo más grande es que, a pesar de todo, quiso Nuestro Señor dar gran fruto a este ensayo osadamente hecho y toscamente ejecutado. ¡Qué portento de clemencia! Hubo grandes períodos de vida periodística en que casi una sola persona, con el favor de Dios, redactaba, administraba y hacía todo lo preciso para sostener con mano trémula esta pequeña lámpara, metafóricamente hablando, encendida delante del tabernáculo del Dios escondido.”

Todos sus prospectos están conducidos por una misma consigna: recordar el fin para ser fiel al propósito primero. Lo va a conseguir, contemplando una y otra vez -en auténtica oración contemplativa- las maravillas ocultas en la humilde lámpara encendida en cada iglesia. Oración contemplativa para que todos los creyentes intimen con el Señor mediante la meditación.

Pero hay más, mucho más. Las aspiraciones de don Luis son más elevadas y sublimes. En su proceso personal de subida al monte del sacramento del altar donde brilla esplendorosa la luz inmarcesible de la víctima pascual, desea

que sus adoradores lleguen al grado que SANTA TERESA denominaba el *desposorio espiritual*, en el que tuvo lugar el fenómeno sobrenatural de la transverberación, tras la oración de quietud.

Aunque lo volveremos a considerar en otro momento, adelanto un texto imponente, como clave del sentido sobrenatural que persigue don Luis en todo, y reflejo de la madurez espiritual que nuestro venerable fundador ha alcanzado en su camino de perfección. En 1990, en el prospecto vigesimoprimer, a un año y poco más de su muerte, en el último párrafo escribe:

“Aplicando pues, el símil, el alma devota del Augusto Sacramento, y señaladamente el adorador nocturno, deben tomar por modelo ejemplar la luz que arde en la lámpara del santuario, nutriéndose y alimentándose del oxígeno de la gracia, aspirando siempre al cielo, y fundiendo sus preces en el horno incandescente del amor que irradia y comunica el hogar del corazón de JESÚS para que, inflamada el alma en el amor que JESUCRISTO vino a traer a la tierra, opere la vida de sacrificio que afecta la cremación, y se consume y desfallezca, como dice SAN BUENAVENTURA, en los atrios del Señor, y desee consumirse, y disolverse, y morir de amor a sus pies, una vez traspasadas las entrañas y los ocultos senos del corazón con el dardo suavísimo y salubérrimo de la transverberación.”

Estamos ante unas palabras sobrenaturales que confirman en el más activo y polifacético de los seglares del siglo XIX, a un don Luis místico que desea morir de amor, como el pabilo o pábilo de la lamparilla, después de consumirse en sus afanes, en los atrios del Señor, tal como el doctor CANILLAS atestiguó de su muerte en Zamora.

La transverberación en SANTA TERESA constituye una gracia mística que, al menos en el modo, fue excepcional por el hecho asombroso de que un ángel (un querubín) le lanzó un dardo que traspasó su corazón y lo dejó llagado, como nos lo representó el escultor BERNINI. SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS vivió la misma experiencia sin los prodigiosos sucesos que nuestra santa nos describe y cuenta. Este grado de vecindad con Dios, de unión mística que don Luis posee, o anhela alcanzar para sí, lo desea también para todo adorador.

En el prospecto vigesimosegundo, el último de *La Lámpara del Santuario* por él escrita, confiesa satisfecho:

“Pero Dios es grande en sus misericordias y plugo a su Divina Majestad servirse de nuestra pequeñez para fundar en nuestra patria la primera revista eucarística, que propagase por todos los ámbitos de la nación el fuego de la reina de las devociones.”

Y poco después, comenta proféticamente:

“Si es así la voluntad de Dios, terminaremos nuestra vida, que toca ya a su ocaso, perseverando hasta el fin en la misma línea de conducta, esto es, escribiendo y trabajando por extender más y más la devoción al Santísimo Sacramento, trono augusto, desde el cual, por eminente manera, rige y gobierna su Iglesia el divino redentor de nuestras almas, y nos dispensa sus gracias, nos asiste y conduce en los caminos del mundo.”

Para dejar definitivamente clara la finalidad de la revista, el impulso sagrado que le anima, insertó don Luis en el último párrafo del último prospecto como si fuese su

testamento, lúcido y conmovedor, las palabras que ahora reproduzco.

“Si nos fuera dado desear algo, sería que el Señor no nos despidiera todavía, a pesar de nuestra indignidad, de esta bella propaganda, acrecentando más y más la devoción a JESÚS Sacramentado, y extendiéndola y consolidándola, para que, cual red de amor, aprisione en sus mallas benditas a todos los habitantes de esta hidalga nación, cuyas glorias patrias están íntimamente enlazadas con el culto al huésped de nuestros tabernáculos, hasta que los enviados de Dios para regir su Iglesia dispongan lo conveniente para mayor gloria y esplendor de la Sagrada Eucaristía.”

Don Luis es un asalariado de Dios, único dueño que contrata y que despide; es un pescador que lanza sus redes de amor a todos los habitantes de España, para acrecentar la devoción a JESÚS Sacramentado. No es otra la finalidad de *La Lámpara del Santuario*.

2. Fuerza simbólica de la luz

El símbolo de la luz señorea cada uno de los prospectos. La luz surgida de un pábilo impregnado, en aquel tiempo, en el combustible del aceite, señala la presencia del Señor e ilumina con sus destellos la penumbra y la oscuridad del templo y de la vida de los seres humanos. Y esa pequeña luz, en la agudeza de don Luis, en absoluta fidelidad al magisterio de la Iglesia, a la atenta escucha de la doctrina de los Santos Padres y a las enseñanzas contrastadas de teólogos prestigiosos, se alza por encima del simbolismo universal de todas las culturas, desde las prehistóricas hasta las que en el curso de la historia se han ido manifestando, en regiones o en filosofías, como la fuerza

que desvela y hace posible contemplar, conocer y transformar la realidad, hasta convertirse en signo de plenitud de la vida, de la felicidad o del éxito. Por encima de todas ellas y, sobre todo a contraluz con las que desde el llamado “siglo de las luces” se ha pretendido alzar como única antorcha que ilumina y guía a los hombres, la “luz de la razón”, esa lucecita casi insignificante testimonia y pregonera para todos los hombres que sólo en la luz misteriosa de CRISTO se desvela la misteriosa condición del hombre.

Desde la mirada apasionadamente enamorada de don Luis, las contraposiciones día-noche, claridad-oscuridad, vida-muerte, cielo-tierra, se convierten en la luz que armoniza las contradicciones, consiguiendo que la humilde luz de los sagrarios, se transforme en el sol que cada mañana surge resplandeciente por un oriente que da claves de sentido a la existencia de los desconcertados seres humanos. La luz de CRISTO es el sol hermoso que orienta la existencia del hombre y de la creación, y que da respuesta a los anhelos de religiones como la egipcia, que en sus momentos más esplendorosos veía en el sol-dios la expresión de los anhelos más profundos de los hombres de todos los tiempos:

En el *Himno a Atón*, el bellísimo poema religioso egipcio, podemos encontrar, en la contraposición del día y de la noche una dualidad entre los poderes del bien y del mal, eternamente en lucha, y en cuyo combate los hombres solo pueden, pasivamente, gozar con la luz y sufrir con las tinieblas. Antítesis del consolador y esperanzado sol de CRISTO, libertador de todas las tinieblas que envuelven al ser humano. Reproduzco los versos iniciales del *Himno a Atón*:

*“Bello es tu aparecer en el horizonte del cielo
¡Oh, Atón vivo, principio de la vida!*

*Cuando tú te alzas por el oriente lejano,
 llenas todos los países con tu belleza.
 Grande y brillante te ven todos en las alturas;
 tus rayos abarcan toda tu creación,
 porque eres Rey; por ello lo alcanzas todo,
 y dominas todas las tierras para tu amado hijo.
 Aunque estás lejano, tus rayos llegan a la tierra;
 aunque bañas los rostros, nadie conoce tus designios.
 Cuando te ocultas por el horizonte occidental,
 la Tierra se oscurece, como si muriese.*”¹

Los sacerdotes egipcios del reinado de Akenaton se referían al astro sol al que adoraban como a Dios. Don Luis, en herencia fiel al judeo cristianismo ve en el sol no a Dios, sino a un símbolo de Dios, un símbolo cristológico que se quedó en la Eucaristía hasta el final de los tiempos. La luz de la lámpara del santuario que alumbra todos los rincones del templo es un espejo en que se refleja el Dios escondido (*Deus absconditus*) en el sagrario, para recordar a cada hombre que su destino no es la tierra, sino el cielo. Bien conocía el cántico de ZACARÍAS, que resuena en todos los prospectos:

*“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.”*

Por eso dirá con firmeza en el prospecto segundo (1871):

¹ <http://www.monografias.com/trabajos100/himno-aton-alabanzas-akenaton-al-creador.shtml#ixzz3TijSxxT4>

“El fuego de la zarza incombustible; y la lumbre de la columna de nube; y el candelero de oro, especialmente el que tenía luz perpetua delante de los panes de proposición en el gran templo de Jerusalén; y aun el rayo del Sinaí; y el fuego que consumió a los sacerdotes sacrílegos del Antiguo Testamento; y el que devoró las ciudades de la Pentápolis: eran profecías que vienen a realizarse, y como a compendiarse en la luz tibia que arde en el presbiterio delante del rey pacífico que ha sido magnificado, y que se ha rebajado por amor a la condición que le da la forma sacramental en el tabernáculo.”

Y en el prospecto séptimo (1876), deja atrás esos nobles símbolos de la tradición religiosa de la humanidad y pasa a un plano realista -casi costumbrista- en el que ofrece una analogía entre las diversas luces que iluminan la ciudad en aquellas noches del último cuarto del siglo XIX con la exigua luz de los sagrarios:

“Las luces que alumbran los palacios dan testimonio de la esplendidez del príncipe que allí mora. La luz que arde enfrente de las imágenes atestigua la devoción de los fieles y reclama oraciones. La luz de gas que alumbra las ciudades populosas permite vigilarlas y dirige al transeúnte para que no tropiece y guarde sus pasos y no se extravíe. La luz de los enfermos sirve para entibiarles los medicamentos, e invita y ayuda a la persona que les asiste a hacer sus funciones. La luz en todas partes afirma vida y movimiento, amor y solicitud. La lámpara del sagrario significa todo esto, y significa mucho más, como que da testimonio de una vida oculta, pero laboriosa y activa, amorosa y solícita, y sobre todo que se consume, se inmola y se muere de amor: la vida eucarística de JESÚS.”

3. Don Luis, palabra emocionada

En el prospecto tercero (1872), el alma lírica de don Luis exclama, rotos los diques de la contención y de la prudencia, una apasionada confesión de sus ardorosos amores prefigurados en la humilde lámpara del templo. Primero reconoce:

“La lámpara del santuario es un símbolo tan hermoso, tan expresivo, tan humilde, tan perseverante, tan favorecido por la presencia real de JESUCRISTO, que nos congratulamos de haberlo adoptado.”

Pero luego, conforme avanza en sus consideraciones, su corazón se desborda y, en monólogo apasionado, le confiesa a la lámpara convertida en su confidente:

“Aviva tu luz, mi querida lámpara sacramental. Despide tus fulgores, bendita lumbre de mi alma pecadora. Atraviesen las centellas de tu pequeño hogar las paredes de mi pecho ingrato con el santo incendio del divino amor que produce el dolor profundo de mis ofensas. Y tráigame esa partícula ígnea el ardor de la caridad perfecta.

¡Cuánto te envidio, preciosa criatura del fuego, ignorada mecha que se consume y carboniza, y en alguna manera se anonada, para dar gloria al Dios oculto en el tabernáculo!

¡Pluguiera a Dios que fuese tanto el amor divino que me inoculase tu ejemplo en mis venas, que sirviese mi sangre pecadora de aceite a la humilde mariposa que allí se sacrifica, y que se extinguiese mi vida como se extingue la luz por falta

de pábulo, ardiendo en el amor de Dios la última gota de mi sangre!

¡Dulcísimo martirio, envidiable muerte que me abriría la puerta de la vida eterna y que apenas si corresponde al amor inefable de un Dios crucificado y muerto por nosotros!”

La lámpara física le recuerda, y nos anuncia, que el móvil de su existencia es arder en el amor de Dios hasta la última gota de sangre; y nos muestra que apenas correspondemos al amor inefable de un Dios crucificado y muerto por nosotros.

¿Verdad que sus palabras no son para comentar y reflexionar sino para caer de rodillas y proclamar, anonadados: Dios está aquí? Don Luis, no sólo al final de su madurez, sino desde el principio de ella, se desborda en experiencias místicas.

Sus hondas reflexiones sobre los variados significados escondidos en el símbolo de la luz van surgiendo en forma circular. Al desarrollarlos va encontrando materia nueva y sorprendente. Procede con el rigor del jurista, aunque aplicado a temas teológicos, filosóficos o místicos; pero siempre, con el corazón palpitante, con una emoción contagiosa, que transforma su prosa en poema lírico nacido de su alma enamorada, bien cuando emplea la exclamación como signo espontáneo del asombro; bien, como en el capítulo catorce, cuando se sirve de un esquema de pregunta y respuesta a modo de diálogo, lo que transfigura el texto en uno de los momentos formalmente más bellos de este librito. Don Luis parece inspirarse en el conocido y bellísimo himno de la *Liturgia de las Horas*.

*“¿Qué ves en la noche?
Dinos centinela.
Dios como un almendro*

*con la flor despierta.
Dios que nunca duerme
busca quien no duerma,
y entre las diez vírgenes
sólo hay cinco en vela.”*

La voz de don Luis le pregunta al ángel del sagrario y, tras escuchar la respuesta del ángel, nos la transmite con claridad y paciencia. Permítaseme reproducir el fragmento, como para enmarcarlo:

“- Guardia ¿qué hay en la noche? le preguntaremos con el Profeta.

- Que el corazón de JESÚS no duerme, nos responderá el ángel; y el hombre descansa tranquilo en las tinieblas y las sombras de la muerte. No advierte que la vida es un plazo que le fue otorgado para merecer la eternidad, y marcha desolado por la senda oscura de sus instintos sin saber a dónde corre, llevado por las olas impetuosas de sus pasiones a estrellarse en los escollos de la costa inhóspita.

- ¿Qué hay en la noche, ángel hermoso de la oración y de la adoración?

- Que el corazón sacratísimo de JESÚS -nos contestará-, vela, ora y reproduce místicamente su sacrificio para salvar al hombre; y éste, menospreciando los llamamientos de la gracia, se engolfa cada vez más en la mar, arrastrado por el viento impetuoso de sus deseos, a que le entregó el Señor como el mayor castigo de su desvío.

- ¿Qué hay en la noche?

-Soledad y abandono en torno del sagrario; y afuera, en los conciliábulo de los pecadores, vanidades y desorden, sangre y lágrimas, el reinado de todas las concupiscencias y el desenfreno de todos los instintos.

- ¿Qué hay en la noche, ángel de las divinas justicias?

- *Pues, nada. Caen los mortales ante la muerte como espigas ante la hoz del segador, y en gran número se precipitan en las eternas penas, mientras el altar está solo, y nadie une su oración a la oración de JESÚS, que desde allí impetra constantemente favores y misericordia para el pecador. JESÚS Hostia parece a la vista solo en la callada noche, y “no hay varón cerca de Él”, como dice el profeta Isaías. Lleva sus vestiduras tintas en sangre, y nadie la aplica ni ofrece en expiación de sus culpas. Su aislamiento le mueve a decir: ¿Qué utilidad en mi sangre?”*

Conmovidamente don Luis, tras unas consideraciones sobre la bondad de Dios y la indiferencia del hombre, exclama:

“Hermosa luz, precioso símbolo, amoroso señuelo que estás siempre enhiesto a los ojos de los navegantes extraviados, para señalarles el camino y conducirlos a los pies crucificados del Dios amante. Una luz más viva aún despiden estos pies para el mortal de fe, pues irradian la claridad del amor sin límites de un corazón, divino y humano a la vez, rebosando ardientes deseos de entregarse todo entero con sus preciosos dones al desfallecido Adán, y reparar en él los estragos de la culpa que mereciera eterno castigo.”

4. Dos conjuntos temáticos

Dos conjuntos temáticos configuran cada uno de los veintidós prospectos. Uno, la reflexión sobre la luz como símbolo, es la parte del león. El otro, todo lo concerniente a la gestión de la revista -las necesidades de mejora, los errores, las esperanzas y los frutos, agradecimientos y súplicas de perdón-.

Don Francisco PUY, como atento lector, me sugirió subdividir en dos partes cada uno de los prospectos, para facilitar la lectura. Me pareció muy acertado, aunque en seguida verán que no resulta fácil establecer la división, por ello en algunas ocasiones se divide en tres. Debo confesar que el profesor PUY- anfitrión y guía en lo que atañe a don Luis de TRELLES - me entregó los prospectos desbrozados de toda forma confusa en la impresión de *La Lámpara*, actualizó la ortografía y adaptó a nuestros hábitos los giros sintácticos latinos. Añadió un vocabulario de las palabras que requieren una aclaración e incluyó la lista de los principales autores citados. Me ha facilitado la tarea; perdón, me la ha dado hecha. Mil gracias, profesor.

Dos conjuntos temáticos configuran cada uno de los veintidós prospectos, decíamos. Miremos primero al tema de la administración, que es menos prosaico de lo que cabría suponer.

a) De esperanzas, de contratiempos y de cuentas

De lo que atañe a la gestión, los prospectos están henchidos de datos que enriquecen el perfil biográfico de don Luis. Sus esperanzas, sus temores, sus sufrimientos y contratiempos... pero también sus seguridades y confianzas.

En enero de 1891, como si hiciese un balance final de resultados, nos ofrece el juicio que le merece *La Lámpara del Santuario*, después de veintiún años de existencia. Tras un texto sencillo, se percibe a don Luis en sus virtudes habituales: agradecimiento, humildad, amor a España, confianza en la providencia y el fuego, ese fuego que le quema e ilumina e impulsa a no cejar en su afán apostólico de difundir en todos los ámbitos de la nación la presencia real de CRISTO en la

Eucaristía. No debemos confundir el estilo propio de su época con una retórica vacía. Si don Luis dice que besa la tierra, es porque ante Dios se humilla de corazón; y si dice que su pupila se humedece, es porque llora de agradecimiento. Veamos la cita:

“Gracia es ésta seguramente no merecida; pero Dios es grande en sus misericordias, y plugo a su Divina Majestad servirse de nuestra pequeñez para fundar en nuestra patria la primera revista eucarística, que propagase por todos los ámbitos de la nación el fuego de la reina de las devociones. Ruín es el instrumento, gastado por el uso y lleno de defectos e imperfecciones; pero el éxito de la obra, por él realizada, denuncia a las claras la mano de Dios. Besamos la tierra cubiertos de confusión y de vergüenza, y elevamos al Cielo nuestra débil pupila, humedecida por el llanto de la gratitud y por el más profundo reconocimiento a las divinas bondades.”

La dación de cuentas de la revista merece una mirada de gratitud.

A veces pensamos que la calidad de un ser humano se manifiesta en los asuntos nobles, en aquellos que atañen a las cuestiones del alma o directamente a Dios. Bien sabemos que es en las cosas pequeñas y a veces rastreras donde se ve la finura de una conciencia, o donde se manifiesta una mezquina condición.

Ya hemos comentado el vuelo de amores que enciende el fuego que arde en el corazón de don Luis. Sin embargo no se pierde en las alturas. Sabe descender a la cruda realidad donde tantas veces se desvanece lo más sublime. Va a emprender su ruta *La Lámpara del Santuario*. Es una pena esta miseria humana: los asuntos del espíritu son tan costosos como los

caprichos de lujo. Necesitan de financiación. Vaya por Dios. Claro que Dios proveerá pero no sin que antes las pasemos muy estrechas, “canutas”, si se me tolera la expresión. Don Luis razona irrefutablemente. Malo será que de los 200.000 afiliados a la comunión frecuente no surjan suficientes suscriptores para financiarla. ¡Si el coste por suscripción es un real mensual! Don Luis se ilusiona. De nuevo el cuento de la lechera, pero no para hacerse ricos ni beneficiarse tan si quiera de su trabajo. ¿Habrán beneficios? Si los hubiere, servirán para cubrir gastos y para difundir toda obra o escrito que desvele la grandeza de la Eucaristía... Leamos unos párrafos.

“Esta pobre publicación no encierra, gracias a Dios, ningún pensamiento de especulación, ninguna idea de interés humano para unos fundadores y redactores completamente gratuitos.

Sus utilidades, si las hubiese, serán para el objeto eucarístico. Es decir, primero para patentes y hojas del Culto Continuo (los coros de comulgantes); y luego después, para promover la propagación de fervorines de esta devoción; para imprimir hojas sueltas adecuadas a la preparación y gracias de la comunión; para la reproducción de obras antiguas y modernas de esta especialidad encaminadas a la frecuencia de los santos sacramentos; para ayudar la traducción de las que aparezcan en otros idiomas; y en fin, para todo lo que conduzca a generalizar el uso fervoroso de la Eucaristía y su adoración de día y de noche, a lo menos en espíritu.

Con el fin de responder y atestiguar con la publicidad la inversión de lo que sobre de los indispensables gastos y la fidelidad con que se cumple el propósito se publicará el número de suscriptores, los gastos de impresión, de papel, de administración, de repartidores, de correo y demás que se ocasionen, y se dirá en qué se invierte el saldo que resulte en el orden que va explicado.

De este modo puede decirse, que los fundadores no son propietarios, sino administradores vitalicios de esta revista, cuya verdadera propiedad y utilidades son del mismo culto eucarístico, sin preferencia alguna por parte de los abonados, que, elevándose sobre ideas vulgares de ningún interés, ni aun devoto, deben congratularse de contribuir a la propaganda, en la exigua proporción de su óbolo, de la devoción más tierna y provechosa que posee la santa madre Iglesia Católica, cuyo riquísimo tesoro es el cuerpo y sangre, alma y divinidad de su esposo amante.

Cuanto menos favorables sean los tiempos para esta obra que emprendemos, cuanto más indignos sean los obreros -y pueden serlo todos los que quieran, si se someten al criterio de la redacción- tanto más brillará el poder de Aquél por quien podemos todo lo que a su gloria atañe y pertenece. Del poder de Aquél de quien desciende todo bien óptimo y todo don perfecto. Ya que dicho se está, que a nada convienen estos epítetos como al don y al bien que la Sagrada Eucaristía contiene real y efectivamente.”

Está claro que Don Luis conoce la malicia y suspicacia de las gentes y en el primer número se cura en salud. Pero al mismo tiempo, ahí vemos sus ilusiones y proyectos, y la rectitud de su conciencia.

Veintiún años después, cuando el siervo de Dios está iniciando el último tramo de su existencia, confesará lo que ha dado de sí el sueño empresarial de *La Lámpara* en beneficios:

“Dios nos es testigo, que se acometió la empresa sin bajas miras de terrena especulación, como que ‘La Lámpara’ no ha costado los gastos en el largo periodo de su existencia. Todo se ha hecho por Dios y por el mejor servicio de la Iglesia

nuestra madre, esposa de JESUCRISTO, a quien rinde culto venerándolo presente en el tabernáculo del altar”.

Tampoco en las cosas de Dios corren las monedas con espléndidez; ya se sabe que, de dinero y santidad, la mitad de la mitad. Con menos se hubiera conformado don Luis.

En este apartado quiero llamar especialmente la atención sobre un aspecto que estimo enormemente importante para descubrir la finura espiritual y moral de nuestro venerable. Casi en todos los prospectos pide perdón a sus lectores por las deficiencias con que realiza su labor de escritor y responsable de la revista. Sabe que estamos llamados a realizar todo con perfección; que no podemos sacar adelante nuestras encomiendas de cualquier manera. El “Dios proveerá” exige competencia rigurosa, entrega sin resquicios, preparación esmerada, estudio a fondo y ejecución sin distracciones. Todo es encargo de y para Dios, luego la obra tiene que ser sin tara y sin defecto, perfecta en la medida de nuestra frágil condición.

Don Luis lo sabe, y por ello nos llama la atención el esmero con que actúa en todos los ámbitos de su responsabilidad: como jurista, como esposo y padre, en el canje de prisioneros, organizando la comunión frecuente, fundando y difundiendo la Adoración Nocturna y las Camareras de Jesús Sacramentado... y escribiendo *La Lámpara del Santuario*. Como conoce las deficiencias de ésta, a sus imperfecciones personales achaca que la revista no alcance el éxito que cabía esperar. Escribe Don Luis en el prospecto décimo noveno:

“Al volver la vista atrás, hay motivo de confusión y vergüenza, por los innumerables defectos, imperfecciones y faltas que reconocemos. Estas condiciones son nuestras. Si por ventura hay en ello algo bueno, incluso la intención, es de

Dios. ¡Bendito y alabado sea, que, como dice el Apóstol, quiso ostentar en esto toda su paciencia!

¡Con cuántas ingratitudes y faltas hemos realizado y alternado el propósito! Solo Dios lo conoce. Nunca se dio tal vez mayor contraste entre la misericordia divina y la humana flaqueza. Si fuésemos espiritualmente más buenos, mejor hubiera sido la obra. Porque nos sugiere la fe, que los defectos del obrero indigno y desagradecido a la vocación son un castigo justo, que amengua su mérito, y redundante en daño de lo que hace o escribe, mayormente en el orden espiritual.

De esto tenemos que pedir a Dios perdón. Y también a nuestros lectores que toleraron tanta imperfección y sufrieron tanta inexactitud, en el curso de esta empresa esencialmente buena.”

En el prospecto del año siguiente insiste en la misma idea:

“Al escribir el artículo de entrada al año vigésimo de esta humilde revista, cúmplenos ante todas cosas dar a Dios fervientes gracias por haber llegado hasta aquí, en medio de las vicisitudes que nos han rodeado, y no obstante los desfallecimientos, tibieza, imperfección y aislamiento en que nos hemos visto. Sólo a Dios debemos la perseverancia y lo poco bueno y bien escrito que haya en el periódico. Nuestras son las imperfecciones, las faltas, la incorrección del estilo y la pobreza de las formas de expresión.”

Una y otra vez resuenan sus palabras que imploran perdón, y no con falsa humildad. Don Luis es muy consciente de sus limitaciones, precisamente por la finura de su conciencia; pero también las exhibe, naturalmente, para dejar en evidencia la providencia de Dios:

“Ruín es el instrumento, gastado por el uso y lleno de defectos e imperfecciones. Pero el éxito de la obra por él realizada denuncia a las claras la mano de Dios.”

Pasemos ya al tema segundo y principal.

b) De los simbolismos de la luz

Ya hemos hecho referencia al valor simbólico de la luz en todas las culturas, civilizaciones y manifestaciones religiosas para encuadrar en una perspectiva universal la pluralidad de sentidos que don Luis ha ido desvelando y descubriendo al contemplar, en oración recogida, la lamparita física de las iglesias. Tengo el convencimiento de que se encierra tanta doctrina sistematizada en torno al símbolo de la luz que justificaría un ensayo específico, por encima de los límites de un prólogo, como el que me esfuerzo en pergeñar, y de un inexperto en teología, como el que suscribe.

Los veintidós prospectos inician o incluyen en el título la palabra luz. Y en todos ellos siempre aparece una idea nueva. He dicho que el conjunto tiene una estructura circular, por diferenciarla de la lineal.

Sobre la lámpara física que le sirve de anclaje o de eje van surgiendo helicoidalmente, como los pétalos de una flor o las ramas de un cerezo, los diversos sentidos, retornándolos de vez en cuando a la página que está escribiendo, para asentar la doctrina, como buen maestro; pero siempre con hallazgos recién descubiertos o trabajosamente encontrados en la lectura de los grandes doctores de la Iglesia. La lámpara material le lleva por analogía a *La Lámpara* revista; y de ahí, por el símbolo de la llamita, al Verbo encarnado, materia y espíritu, cautivo en el sagrario por amor a cada uno de los seres

humanos. De lámpara a lámpara, siempre en vuelo hacia JESÚS sacramentado. Como muestra de lo que frecuentemente encontraremos, cito estas palabras del prospecto décimo cuarto:

“La misericordia y el amor de un Dios han desmentido en cierto modo la palabra del profeta, porque parece que ‘la mano del Señor se ha abreviado’, convirtiéndose en mansísimo cordero el león de Judá; disfrazándose bajo los velos eucarísticos el rey inmortal de los siglos, Dios y hombre verdadero; y condenándose el supremo juez de los vivos y de los muertos a la misión dulcísima de hostia y sacrificio, sacerdote y víctima, intercesor y vigilante del pobre pecador, como para esperarle si le busca.

Y ante su presencia augusta, arde y se agita como pequeña señal de aquel vigilante asiduo una lucecita humilde que reemplaza los fuegos terribles del Antiguo Testamento.

Al que tronaba en el Sinaí convenía la luz fulgurante del rayo; al que murió de amor y de dolor en la cruz por salvarnos viene bien por enseña la pobrecita, moribunda lámpara del santuario.

Signo tremendo era aquella lumbre del poder y de la majestad; signo tierno es esta luz del cordero que ha sido sacrificado, y que vino a traer la paz y la salvación al mundo pecador.”

Como adelantando los temas que en los años venideros iría don Luis desgranando, escribe en el segundo prospecto:

“La lámpara que arde en el santuario, como atestigüando la fe de la Iglesia Católica en la presencia real de JESUCRISTO en la hostia consagrada, es al propio tiempo una pequeña figura del augusto misterio de la Trinidad beatísima; es una imagen de aquella lucerna, ardiente en el lugar tenebroso, de que hablan los libros santos; es un pequeño

reflejo de la lumbre indeficiente que, según la frase de la Iglesia, es uno de los nombres del Verbo divino; y es un mensajero de la Iglesia militante, que da testimonio de la perenne intención que mantienen los fieles de acompañar al Señor en su vida sacramental.”

La variedad de facetas temáticas no dificulta el logro de la unidad. Las figuras retóricas del símil, alegoría, metáfora y, sobre todas, el símbolo, le ayudan al hallazgo de ideas y le facilitan la comunicación. Nos describe la *lámpara* como realidad concreta convertida en fecundo símbolo; por analogía con su luz y función, nos presenta la *revista*, complacido del nombre hallado por inspiración de un ángel y de su misión. La composición de materia, como componente corporal y de un elemento no corpóreo, por vía de símbolo, la *llama*, le permite ver en la lámpara la alegoría del ser humano; la misma dualidad le lleva a descubrir el prodigio de la *encarnación*, el Verbo hecho hombre y, como dice don Luis, de escalón en escalón, a la portentosa manifestación de este Dios y hombre verdadero en las *especies* del pan y del vino en las que se oculta no sólo la *divinidad* sino también la *humanidad* del Dios encarnado.

La luz *-fiat lux!*- que se nos describe en el *Génesis*, crea el universo; y su luz expansiva lo sigue creando. La luz es el gozo de la creación, la mirada y el rostro de Dios. La luz es la criatura que mejor permite dar a entender las cualidades de Dios. Y hasta las tinieblas reflejan los anhelos de toda la creación por alcanzar “la luz creada por la luz increada”, oculto el Señor tras nube u oscuridad para no deslumbrar los ojos de los hombres, lo mismo que el silencio posibilita escuchar la voz secreta de Dios.

Son admirables los prospectos octavo y noveno en los que va a mostrarnos, en una metáfora atrevida, que la luz es *la mirada de Dios*; y en otra más entrañable, que la luz es *el rostro de Dios*, como adelantan los títulos. Así comienza el octavo:

“Dios es luz, y habita una luz inaccesible, como dicen los libros santos. Sus resplandores son sus obras, imágenes participadas ad extra de su Verbo, palabra inefable que Dios se dice a sí mismo de toda eternidad.

Por todas partes que se abran las Escrituras se hallan símbolos o figuras, profecías o anuncios que en el viejo testamento representan una verdad, a saber: que la luz es imagen predilecta de Dios; que parece como el reflejo de su rostro; que las tres personas de la Trinidad beatísima se dejan significar en ella.

Brota de la omnipotencia divina la creación, y en medio de ‘las tinieblas que se cernían sobre la faz del abismo’, según la frase del Génesis, y cuando el espíritu era llevado sobre las aguas, ‘habló el Señor y dijo: Sea luz, y la luz fue hecha’.

Nótese, porque es digno de atención, como apenas crió Dios el cielo y la tierra, inmenso teatro en que la divina omnipotencia debía exhibirse, aparece la luz, y las mismas tinieblas de que nos habló antes MOISÉS, son la ausencia, la negación de la luz que parece preexistía, pues las tinieblas son una voz relativa y presuponen el término que excluyen.”

Y en el prospecto noveno afirma:

“Además se acomoda esta versión a atestiguaros la presencia de Dios en todas partes; y que ‘en Él vivimos, nos movemos y somos’, cual dice SAN PABLO; porque la luz, que es, según dice un sabio, ‘el esplendor del rostro de Dios’, nos baña por todos lados y forma como un océano de vida y de

movimiento que nos asedia a medida que le quitamos los estorbos; y se ha menester esfuerzo para buscar durante el día las tinieblas, así como hacemos violencia a nuestra condición esencial sustrayéndonos a la gracia divina.

Da origen esta observación, sencilla y obvia, a una especie de beatitud terrenal para quien conserva la presencia divina, y no se enajena a la suave atracción de su gracia, así como su olvido da por consecuencia una especie de expectación del juicio y atmósfera de disgusto que rodea al pecador que perdió la gracia.

¡Con que complacencia, Dios mío, se advierte el hombre sumergido en la atmósfera de luz que simula y representa el resplandor de tu divino rostro...! Semeja la dicha del que respira aire puro y oxigenado.”

Sin duda lo más solemne de sus consideraciones se encuentra en los artículos dedicados a la santísima Trinidad. No sólo al Verbo encarnado, sino al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, presentes en casi todos los capítulos, especialmente en el prospecto décimo séptimo, como anuncia el encabezado “Fuego, luz y calor, símil trinitario”. En él nos enseña así, citando a SAN JUAN DAMASCENO de la mano de CORNELIO ALÁPIDE:

“SAN JUAN DAMASCENO dice que la luz procede del fuego, como el Verbo hijo de Dios de su eterno Padre, y que el calor que aquél da (sin dejar de ser una misma cosa el fuego, la luz y el calor), expresa el Espíritu Santo, formándose así una trinidad, por participación de los efectos del fuego, comparable a la Trinidad divina”.

En el prospecto décimo tercero proclama así el vigor trinitario de la luz:

“Porque bajo el primer concepto, y aun prescindiendo de aquél en que la venimos considerando, el Padre Eterno es luz indeficiente (lumen indeficiens) como dice la Iglesia; el Verbo es resplandor sustancial de la eterna luz (splendor lucis aeternae), como dice SAN PABLO; y el Espíritu Santo se manifestó en lenguas de fuego; y la Iglesia le llama fuego en el himno de su advocación Veni Creator; y fuego de caridad se dice en diversos lugares del orden litúrgico, y entre otros al ofertorio de la misa solemne en el oficio del incienso. De suerte que la Santísima Trinidad es fuego y luz eterna de inextinguibles resplandores y de ardientes lumbres de caridad, como que el Padre es luz, el Hijo esplendor de esta luz, y el Espíritu Santo llama de caridad de aquella luz.”

En síntesis desbordante de admiración y entusiasmo profiere el Venerable en el prospecto décimo octavo, un canto a la luz que es la Trinidad, Padre de luz increada, Verbo luz de luz y, Espíritu Santo luz de luces; y en especial, a CRISTO, por el que todas las cosas se hicieron -las visibles y las invisibles - y como única LUZ del mundo, resplandeciente u oculta en el misterio del sagrario:

“Por todas partes podemos colegir: Que hay la luz inaccesible, eterna e increada, que es Dios Padre; que hay la luz de luz, que es Dios Hijo, engendrado eternamente del Padre; que hay la luz de luces, que es el Espíritu Santo; que hay la fuente de eterna luz, luz de la creación entera, que es el sol; que hay la luz del mundo, que es CRISTO por su esencia, por la encarnación, por su ejemplo y su vida pública, por su vida secreta y por su vida de pasión; que hay la luz velada y más oculta aún en su vida eucarística; que la luz es su evangelio y su ley; y que por eso dijo el Profeta Rey que la palabra de Dios era ‘lucerna para los pies’, y que la vía de los impíos era tenebrosa y no saben a dónde corren; y que por

todas partes, en la excelsas regiones de la gloria, en las esferas de la gracia, en el reino de la naturaleza y en el orden místico, brota la luz por do quiera, y da testimonio esplendente de la existencia de Dios y de sus inmensos beneficios a sus criaturas, siendo Él mismo luz; y sus emanaciones, luz; y luz su modo de hablar a las almas y enseñarlas el camino que conduce a Él.

Bajo esta figura simbólica de la luz, parece que Dios nos habla; y nos asedia con su amor; y nos persigue a todas partes con perseverante afecto, siendo su Verbo encarnado, como dijo el anciano Simeón, ‘lumbre para la revelación a las naciones, y gloria de su pueblo escogido’; y por eso, luz de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, que rige CRISTO en persona desde su tálamo real, que es el tabernáculo de Dios con los hombres, a donde vino para limpiar toda lágrima de sus ojos, como dijo el Apocalipsis.”

5. La luz y la Eucaristía

Todos los prospectos de *La Lámpara del Santuario*, aquí editados como capítulos, son un himno de alabanza a JESÚS presente en la Eucaristía. Una manifestación del amor apasionado de don Luis, que desborda su corazón. Páginas luminosas y entrañables, a cada cual más bella. La lámpara física del santuario es el signo humilde que a los creyentes advierte del Dios presente entre nosotros, cordero pascual inmolado, vigilante nocturno, guía en las noches oscuras de nuestra existencia, Dios poderoso envuelto en la nube de las sustancias del pan y del vino, escondido a nuestros ojos, pero no inactivo; inefable para los alejados e incrédulos, pero afable y con voces de ternura para quien tiene el corazón atento, Como acabo de citar: “Dios nos habla y nos asedia con su amor.” Con qué fe, con qué esperanza, con qué mística caridad

escribe TRELLES en el prospecto octavo su canto a la luz Eucaristía:

“Pero hay todavía otra fase de esta luz que simboliza otro misterio bajo las nubes del sacramento eterno y entre las olas de incienso de la adoración. Y esta fase es la sagrada hostia que encubre a JESÚS bajo las especies y se descubre y revela al corazón que le recibe dignamente.

Para esto y para tener sus delicias con los hijos de los hombres, quiere hallarse allí sustancialmente, disfrazado bajo aquellas humildes apariencias, entregándose al pie del altar. Viene para dar vista a nuestros ojos, y para encender el fuego santo de su amor en los corazones, y que los ofrezcamos en sacrificio expiatorio a su eterno Padre por la salvación del mundo y la redención de sus hermanos en la carne.

Desde aquí, como el sol velado por blancas y resplandecientes nubes, envía rayos de su lumbre a los entendimientos, y chispas de su divino fuego a los corazones contritos y humillados.

Y allí no tiene aspecto ni figura, realizando la profecía. Pero conserva su fuego, aunque oculto, tan vivo como si estuviese de manifiesto a las miradas. Y sin embargo, no despide rayos, ni descubre al sacrílego que le recibe en pecado, ni al que profana o desprecia su presencia sacramental.”

6. EL ADORADOR NOCTURNO Y LA ORACIÓN

Para este “Dios con nosotros” busca Don Luis, hasta desvivirse, adoradores que correspondan a tanto amor con amor. Quiere número, recuenta una y otra vez afiliados para la comunión continua, secciones nuevas de adoradores, o se admira del incremento de las camareras. Sí. Es verdad, quiere

que se formen grupos en todos los pueblos de España. Pero Don Luis quiere calidad. No le sirve que sean personas piadosas, quiere más. Sorprendentemente quiere para los adoradores lo que SANTA TERESA proponía a sus hijas: “locura de amor”. Quiere que todo lo mueva el amor.

No quiere el rito. Y menos, el boato de las solemnidades, ni el barullo de los actos multitudinarios. Propone el *silencio*, pasar inadvertidos, ocultos en el rincón menos visible del templo, absortos, y descansando sólo en el Señor. Quiere *recogimiento*, encuentro personal en la audiencia privada que Dios le ofrece a cada adorador. No es su consigna un emblema en los escudos para el torneo entre caballeros. Su lema es el resumen de su existencia, la síntesis de los anhelos de su corazón: “*fuge...tace... quiesce*”, *!apártate, cállate, sositégate!* Su consigna para todo adorador. Don Luis quiere que los adoradores sean santos. Busca que la Adoración sea una escuela de santidad, mediante el cultivo de la oración. Inmolarse como el pabilo de la lámpara que consumiéndose eleva su luz al cielo, encendidos en el amor de Dios.

Cierro mis reflexiones con tres citas sobrecogedoras en las que se percibe la grandeza de las aspiraciones de don Luis, la fuerza de su enamoramiento de Dios. Es evidente que nos encontramos ante las palabras y la vida de un santo. Estos tres fragmentos pertenecen: uno, al prospecto o capítulo décimo séptimo, y dos, al prospecto o capítulo vigésimo primero. Vale la pena leerlos y releerlos muy despacito.

I. “*De la misma suerte que la luz de la lámpara, quemando su pábilo, envía la llama al cielo, como si quisiera huir de la tierra contaminada por la culpa, el hombre ha de inmolar su corazón en la presencia de Dios y ofrecerse en*

holocausto por sus pecados y los del mundo, dando así honor a su divina majestad y ofreciéndole las aspiraciones del alma y los latidos del corazón.

En este caso podemos ser, en algún modo, sacerdotes y víctimas, enviando a Dios como la llama del alma que esté encendida en amor divino, y que rebose de amargura por su pequeñez e indignidad, al mantenerse cerca del tabernáculo que nos oculta y atesora al rey inmortal de los siglos.

En esos momentos felices, el espíritu es como una llama que sube al cielo, inmolándose el corazón en sacro fuego, y operando en él una combustión espiritual, puesto que la vida humana es obra del fuego interno que la mantiene. En esta cremación hay todos los fenómenos, luz, calor y pábilo, que se consume en honra de Dios. El fuego es el amor divino; la luz es el esplendor de la acción; el pábilo es la víctima que se sacrifica sobre el ara misteriosa del corazón, y el sacrificador es la voluntad humana.”

II. *“Aun reduciendo la consideración a la luz que despide sus resplandores en el vaso diáfano dentro de la lámpara, el modo de vida de aquella lucerna, haciendo su pábilo de un objeto relativamente incombustible, recuerda y se compara al adorador nocturno que eleva calladamente su fervorosa plegaria al cielo, encendido su corazón en amor divino, y emitiendo ante la presencia real de JESÚS humildes preces, que sólo están impregnadas de vida espiritual, cuando la gracia divina, luz de Dios, las anima y hace accesibles a la mirada del Señor.*

Ahondando más el estudio, advertimos que la vida humana, no sólo se asimila metafóricamente a la luz, sino que supone una doble combustión: en los pulmones para la vida animal, y en el corazón, para la vida moral y espiritual. Pues la vida moral es amor e inmolación que hacemos de nuestro ser al objeto o sujeto de nuestro afecto rey, en términos que se

puede decir que el hombre vive más en donde ama que en donde anima, y que el amor es una cremación mística, una traslación de vida por la voluntad y el afecto.”

III. “Aplicando pues, el símil, el alma devota del Augusto Sacramento, y señaladamente el adorador nocturno, deben tomar por modelo ejemplar la luz que arde en la lámpara del santuario, nutriéndose y alimentándose del oxígeno de la gracia, aspirando siempre al cielo, y fundiendo sus preces en el horno incandescente del amor, que irradia y se comunica del hogar del Corazón de JESÚS; para que, inflamada el alma en el amor que JESUCRISTO vino a traer a la tierra, opere la vida de sacrificio que afecta la cremación y se consuma y desfallezca, como dice SAN BUENAVENTURA, en los atrios del Señor; y desee consumirse, y disolverse, y morir de amor a sus pies, una vez traspasadas las entrañas y los ocultos senos del corazón con el dardo suavísimo y salubérrimo de la transverberación.”

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

Santiago ARELLANO HERNÁNDEZ
Pamplona nueve de marzo de 2015

Luis de Trelles Noguero

La luz, símbolo cristiano

**Prospectos de “La Lámpara del Santuario”
(1870-1891)**

Capítulo 1.

Luz silenciosa, humilde, viva, tibia²

I

Modesto pero significativo es el título que hemos adoptado para nuestra revista: *La Lámpara del Santuario*.

Arde silenciosa en las tinieblas de la noche, humilde y viva la luz tibia de la lámpara eucarística, atestiguando la fe de quien la da pábulo, y la mano amiga del pobre acólito que la encendió.

Puede decirse que aquella luz es el único testigo que puede deponer, en aquellas horas, de que dentro de algunas tablas, carcomidas tal vez por la acción del tiempo, se dejó encerrar, y bajo llave que el hombre guarda, el Dios omnipotente que no tiene límite en su poder, ni en la extensión, ni en la sabiduría, ni en el amor...

El amor le trajo de su eternidad en busca de la oveja perdida, dejando en el cielo las noventa y nueve, como interpreta San GREGORIO el evangelio del buen pastor; y su bondad ha querido darnos el ejemplo de todas las virtudes en su vida eucarística.

² Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 1, 1870, págs. 1-3.

Allí pasa su divina majestad las noches en místico silencio, sin oír ni una palabra, ni una oración, ni una muestra del amor que vino a buscar con tantos sacrificios y fatigas.

En los días que no hay obligación de ir a la Iglesia, rodéanle apenas algunas pobre almas devotas que le van a dar culto por algunos minutos, y muy pocas a recibirle con frecuencia, a Él que tanto desea comunicarse, y cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres.

Los modestos y reverentes redactores de esta revista mensual se proponen, con el favor de Dios, encender esta pobre luz que la gracia del mismo Señor les permitirá alimentar con sus adorables inspiraciones, para que, vista de sus hermanos más distraídos y no menos creyentes, se acuerden del amor inefable que se oculta en el sagrario bajo piadosas y mentidas apariencias de pan, por tal de ponerse en misericordiosa relación con su miserable e ingrata criatura.

II

La Lámpara del Santuario, viene a llenar un vacío entre tantas publicaciones devotas, y a ofrecer un medio de mutua inteligencia y de lectura común a una sociedad espiritual que casi reúne a doscientos mil afiliados y que, comulgando una vez al mes en un espíritu de unidad y de compensación de los ultrajes que recibe JESÚS en su adorable Sacramento, contribuye a la mayor gloria de Dios de una manera especial.

Esta pobre publicación no encierra, gracias a Dios, ningún pensamiento de especulación, ninguna idea de interés

humano para sus fundadores y redactores completamente gratuitos.

Sus utilidades, si las hubiese, serán para el objeto eucarístico. Es decir, primero, para patentes y hojas del Culto Continuo; y luego después, para promover la propagación de fervorines de esta devoción, hojas sueltas adecuadas a la preparación y gracias de la comunión y la reproducción de obras de esta especialidad, antiguas y modernas, encaminadas a la frecuencia de los santos sacramentos; para ayudar la traducción de las que aparezcan en otro idioma; y en fin, para todo lo que conduzca a generalizar el uso fervoroso de la Eucaristía, y su adoración de día y de noche, a lo menos en espíritu.

Con el fin de responder y atestiguar con la publicidad la inversión de lo que sobre de los indispensables gastos, y la fidelidad con que se cumple el propósito, se publicará el número de suscriptores, los gastos de impresión, de papel, de administración, de repartidores, de correo y demás que se ocasionen, y se dirá en qué se invierte el saldo que resulte en el orden que va explicado.

De este modo puede decirse, que los fundadores no son propietarios, sino administradores vitalicios de la revista, cuya verdadera propiedad y utilidades son del mismo culto eucarístico, sin preferencia alguna por parte de los abonados, que elevándose sobre ideas vulgares de un interés, ni aún devoto, deben congratularse de contribuir, en la exigua proporción de su óbolo, a la propaganda de la devoción más tierna y provechosa que posee la santa madre Iglesia Católica, cuyo riquísimo tesoro es el cuerpo y sangre, alma y divinidad de su esposo amante.

Cuanto menos favorables sean los tiempos para esta obra que emprendemos; cuanto más indignos sean los obreros, y pueden serlo todos los que quieran, si se someten al criterio de la redacción, tanto más brillará el poder de Aquél en quien todo lo podemos, en lo que a su gloria atañe y pertenece. De Aquél de quien desciende todo bien óptimo, y todo don perfecto, ya que dicho se está que a nada convienen estos epítetos, como al don y al bien que la sagrada eucaristía contiene real y efectivamente.

Solo nos resta implorar la oración, aún más que el tributo de nuestros lectores, para que podamos alcanzar todos la merced de cooperar, cada cual en su esfera, a esta modesta, pero sobre-excelente obra, que tiene la alta aspiración de perpetuar el Centro Eucarístico de Madrid que ya cuenta con tantos asociados; y que si vive lo que su objeto, llegará al fin del mundo, porque la promesa divina no puede faltar, y el evangelio nos ofrece que Dios estará con nosotros en las sagradas formas, hasta la consumación de los siglos.

Quiera el Señor escuchar y hacer eficaces nuestros votos, para su mayor honra y gloria, y para la edificación de nuestros hermanos en la fe católica.

Capítulo 2.

Luz, tesoro de misterios ³

I

Al empezar el segundo año de esta pobre publicación, no podemos menos, ante todas cosas, de elevar humildes acciones de gracias a Dios por habernos permitido terminar el año anterior, y dar en él fin y término a la tarea emprendida para su mayor honra y gloria, a pesar de nuestra notoria insuficiencia y total falta de recursos para costear la revista. Por el favor de Dios, muy cerca de ochocientos suscriptores tenemos hoy, y esperamos en la divina misericordia, y en la cooperación de nuestros lectores, que seguirá aumentándose el catálogo de los abonados, con cuyo óbolo vive esta pequeña obra eucarística.

II

Hechas estas indicaciones, hemos pensado inaugurar el segundo tomo con la misma idea y bajo el mismo título que sirvió al primero de introducción, y de epígrafe al presente artículo porque la luz sacramental, por decirlo así, es *un tesoro de recuerdos* y tiene una significación llena *de misterios*.

³ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 2, 1871, págs. 1-7.

La lámpara que arde en el santuario como atestiguando la fe de la Iglesia Católica en la presencia real de JESUCRISTO en la hostia consagrada, es al propio tiempo una pequeña figura del augusto misterio de la Trinidad beatísima; es una imagen de aquella lucerna ardiendo en el lugar tenebroso de que hablan los libros santos; es un pequeño reflejo de la lumbré indeficiente que, según la frase de la Iglesia, es uno de los nombres del Verbo divino; y es un mensajero de la Iglesia militante que da testimonio de la perenne intención que mantienen los files de acompañar al Señor en su vida sacramental.

Esta bugía, encendida por la providencia divina, pudo ser comparada por S. GREGORIO a la que encendía la mujer del evangelio para hallar y buscar con solicitud la dracma perdida. A semejanza de aquella, la mujer fuerte del universo, es decir, la divina piedad, subvierte y trastorna la casa de la creación y sufre las malas obras de los pecadores, sólo por ver de encontrar entre ellos, y salvar del naufragio de la condenación eterna, el alma predestinada que tan cara costó a nuestro redentor; es la linterna del guarda nocturno, que como Dios y hombre verdadero, vela amoroso el sueño del justo y del pecador, orando y vigilando mientras dormimos, para alejar de nosotros las asechanzas de nuestros enemigos; y por eso dice uno de los más célebres místicos de la edad moderna, de acuerdo con SAN GREGORIO, si no es infiel la memoria, que al señor del tabernáculo puede apropiarse aquel verso: *Custos, quid de nocte?* Esto es, *celoso guardián de este mundo ¿qué nos decís en la noche del siglo?*

La luz encendida delante del sagrario, a pesar de ser una pobre criatura, vive, luce, arde y difunde su vida, su claridad y su fuego hasta el último rincón del templo habitado por Dios

vivo, que es vía, verdad y vida del hombre en este valle de lágrimas.

La lámpara, en fin, es una figura casi exacta de nuestra humildísima publicación y por eso tomamos su nombre: por lo pequeño, humilde, insignificante, y aun por la escasa luz que despide, y por el poco calor que da, y por la frágil vida que alcanza, expuesta como se halla al soplo del cierzo, o a la menor corriente del aire, o al más ligero movimiento que se la imprima.

Hay en ellas, en ésta como en aquélla, una poquita vida y un tenue espíritu, una pequeña luz y un átomo de calor; pero tan menguada la vida, tan pobre el espíritu, tan tibia la luz, que, considerando nuestra incomparable miseria, y los embates a que la misma nos deja expuestos, resulta para nosotros un milagro de la gracia divina que de esta sentina en que nos hallamos sumergidos se levante, por el favor de Dios, una luz siquiera pálida, a despecho de nuestra indignidad, como los fuegos fatuos que suben de un cementerio, y como la azucena que brota del cenagal.

¡Pobrecitos nosotros! Seglares en su mayor parte, escasos de ciencia y más aún de espíritu sinceramente devoto ¿quién nos animó a tamaña empresa? Solo la fe, gracias a Dios. Pero ¿qué mano no tiembla al trazar las líneas que han de consagrarse al amor de un Dios hecho hombre? Haced, señor mío JESUCRISTO, que al resplandor de aquella luz que nos sirve de faro y de enseña, podamos decir en el año que comienza algo digno de vuestra infinita bondad en el adorable Sacramento.

Pero volviendo a la significación de la luz eucarística, y perdónesenos la digresión, séanos permitido decir algo de su sagrado simbolismo.

Muchos teólogos, y si no estamos equivocados también SANTO TOMÁS, comparan la luz al Padre Eterno; sus rayos que iluminan, al Hijo; y el calor que da, al Espíritu Santo. Vive, arde y obra en su género la lumbre como Dios Padre, a quien se atribuye el poder; alumbrá, luce y descubre lo oscuro, como Dios Hijo, origen de la sabiduría; y enciende y quema, transforma y funde, derrite y consolida, y asimila a sí el fuego, la luz, como el Santo Espíritu, en quien reside el amor.

En la lumbre, pues, muy especialmente, como en todo, está viva y se ve reproducida una imagen de la Santísima Trinidad, porque lo indefinido es lo más cercano, si hubiese algo cercano, a lo infinito; y de la luz también salen otras luces, y otras, y otras, sin quitar nada a la luz primitiva, ni carecer ninguna de las encendidas en ella de las tres condiciones de vivir, lucir y quemar, que aquélla tenía. Por eso tal vez, entre otras razones que nuestra ignorancia desconoce y que nuestra humildad respeta, llama la Iglesia santa al Verbo divino *lumen indeficiens*, luz indefectible.

Bendita sea, por tanto, la más bella de las criaturas inanimadas, a quien fue otorgado el privilegio de afectar una especie de vida, dar resplandor y calor, que nos representan y significan la adorable Trinidad, una en esencia y trina en personas.

Bendito sea el fuego, que es al fin foco de luz; y cuyo principio se pierde, por expresarlo así, en las tinieblas de los primeros días del mundo que habitamos; y cuyo destino

tremendo estará eternamente ejercitándose en las almas y en los cuerpos de los precitos.

Silenciosa y humilde, pobre y activa, insignificante ante la faz del sol, y útil y resplandeciente en las tinieblas de la noche, es también la luz la figura de la ilustre alma humana, que es oscura y pálida ante Dios que puso su tabernáculo en el sol, y vive reinando en el orden de la creación, como salida de la boca del excelso.

Registrando la santa Biblia se encuentra que una las primeras figuras de la venida del Señor, en la vocación de MOISÉS, fue la luz que despedía la zarza encendida; y la luz también fue testigo de la presencia de Dios cerca de su pueblo, en la nube misteriosa que lo guió a través del desierto en su peregrinación mística a la tierra de promisión.

Y la luz y el fuego sagrado, que siempre debía conservarse, fue anuncio, imagen y profecía perenne de la venida en medio de los tiempos, de aquella *lumbre indeficiente* y *Padre* y *autor de las luces*, como llama la Iglesia santa al Hijo de Dios vivo, que debía encarnarse en la purísimas entrañas de MARÍA.

Y lumbre mística y fuego profético era aquel que, enterrado por los israelitas antes de la cautividad de Babilonia, apareció después en tiempo de NEHEMÍAS, como lodo que vertido sobre el sacrificio, lo encendió, simbolizando el fuego y el resplandor verdadero de la divina esencia que enterrado por tres días, había de aparecer más brillante después, y que luego, como aquel cieno vertido sobre el holocausto, produjo también un fuego ardiente, que consume por el amor y la contrición nuestras culpas. Y así lo recuerda el *Ritual Romano* en la bendición del fuego sagrado, que debe representar al Hijo de

Dios resucitado, y en aquel fuego, sacado de la piedra misteriosa, se encienden las lámparas y las luces del altar, lámparas que ya no deben extinguirse, no mediando descuido, en el año sagrado.

Desde la columna de fuego y de nube que, según el capítulo XIII del libro del *Éxodo*, sirvió de faro y dio sombra a los hijos de Israel a su salida de Egipto, puesto que en ella iba el Señor guiando y defendiendo su pueblo escogido, se multiplican a nuestros ojos los símbolos y las figuras realizadas de algún modo en la luz del sacramento del altar.

Hay algo en la humilde lámpara de aquel candelero de oro, que mandó Dios fabricar a MOISÉS cuando promulgó la ley en el Sinaí, para colocar delante del arca de la alianza en el tabernáculo portátil; pues esta magnífica representación de la Iglesia de JESUCRISTO, que pesaba, según el P. SCIO, ochenta y dos libras de oro puro, era un anuncio profético que esta pobre lumbrera realiza, aunque ésta sea sola, y aquélla tuviera siete vasos de frente.

Lo mismo puede decirse del otro candelero de oro de que habla al mismo MOISÉS el Señor en el capítulo XXVI, y de la lucerna que había de arder con aceite de olivas siempre, conforme a lo que resulta literalmente del verso 20 de dicho capítulo y de los versos 7 y 8 del capítulo XXX del *Éxodo*; y del que le mandó colocar más tarde el Señor a SALOMÓN en el atrio del gran templo, o delante del propiciatorio, candelero que debía también ser de oro puro, como los diez candelabros que se colocaron por el mismo rey en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda.

Allí brillaba, en efecto, la esplendidez y la magnificencia de las figuras, porque aquel rito era figurativo;

aquí, por el contrario, toda aquella exterioridad vino como a desaparecer, haciendo lugar a una pobre luz que sin embargo da testimonio al creyente de que en el tabernáculo reside personalmente JESÚS, Dios y hombre verdadero; JESÚS tan rico de amor y de caridad, como pobre y humilde y escondido en apariencias, realizando así, como suele, grandes misterios de misericordia bajo las especies eucarísticas, y en la penumbra y la soledad.

El fuego de la zarza incombustible; y la lumbre de la columna de nube; y el candelero de oro y especialmente el que tenía luz perpetua delante de los panes de proposición en el gran templo de Jerusalén; y aun el rayo del Sinaí; y el fuego que consumió a los sacerdotes sacrílegos del Antiguo Testamento; y el que devoró las ciudades de la Pentápolis, eran profecías que vienen a realizarse, y como a compendiarse en la luz tibia que arde en el presbiterio delante del rey pacífico que ha sido magnificado y que se ha rebajado por amor a la condición que le da la forma sacramental en el tabernáculo.

La misericordia y el amor de un Dios han desmentido en cierto modo la palabra del profeta, porque parece que la *mano del Señor se ha abreviado*, convirtiéndose en mansísimo cordero el león de Judea; disfrazándose bajo los velos eucarísticos el rey inmortal de los siglos, Dios y hombre verdadero; y condenándose a la misión dulcísima de hostia y sacrificio, sacerdote y víctima, intercesor y vigilante del pobre pecador, como para esperarle si le busca, el supremo juez de los vivos y de los muertos.

Y ante su presencia augusta, arde y se agita como pequeña señal de aquel vigilante asiduo, una lucecita humilde que reemplaza los fuegos terribles del *Antiguo Testamento*.

Al que tronaba en el Sinaí convenía la luz fulgurante del rayo. Al que murió de amor y de dolor en la cruz por salvarnos, viene bien por enseña la pobrecita, moribunda lámpara del santuario.

Signo tremendo era aquella lumbre del poder y de la majestad. Signo tierno es esta luz del cordero que ha sido sacrificado, y que vino a traer la paz y la salvación al mundo pecador.

A tales imágenes, a tan dulces símbolos, a consignar tan interesantes recuerdos corresponde el título de nuestra pequeña revista. Sólo falta que tomando también metafóricamente la lámpara sagrada por foco y centro de donde se irradian y en que se inflamen y enciendan nuestras producciones periódicas, repitamos nosotros, e invitemos a nuestros lectores a repetir con la Iglesia santa, en el oficio divino del sábado de la semana mayor, aquella preciosa oración:

“Señor Dios Padre omnipotente y luz indefectible que eres autor de todas las luces, bendice esta humilde y pobre lámpara: Que, santificada por Ti que iluminaste todo el mundo, nos consiga que de aquella lumbre nos iluminemos y nos encendamos en el fuego de su claridad, y como iluminaste a MOISÉS a la salida de Egipto, así ilumines nuestro corazón y nuestros sentidos, para que merezcamos llegar a la vida y a la luz eternas. Amén”.

Capítulo 3.

Luz, símbolo hermoso, expresivo, perseverante⁴

I

Gracias a Dios damos principio al tercer año de nuestra publicación, sostenida por la devoción de los suscriptores, en medio de las dificultades que rodean a periódicos de esta índole. Sólo a Dios debemos que viva y prospere el nuestro, y aún más, que subsidie a la Obra del Culto Continuo del Santísimo Sacramento, que cuenta ya con doscientos seis mil asociados.

Con ningún recurso contábamos al empezar esta revista, y los lectores pueden ver en la cuenta que contiene la cubierta del número de diciembre, que el Señor se ha servido encender por su mano en el corazón de los abonados una devoción bastante para sostener viva esta pobre luz, que hemos colocado mentalmente en el tabernáculo. Cuando comparamos este resultado con nuestra indignidad, hallamos motivos de confusión y de imponderable gratitud a la divina misericordia.

Muchas veces nos asaltó el escrúpulo de si haremos bien, dada nuestra miseria, en continuar esta idea, que tan digna es de ser ejecutada por personas más entendidas y

⁴ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 3, 1872, págs. 1-5.

competentes en tan trascendental materia. Más de una vez elevamos humildes preces a Dios para que nos reemplace con escritores más dignos, y sobre todo más devotos, pues lo escrito ha de resentirse de la incapacidad casi absoluta de los colaboradores.

Y sin embargo, el Señor nos perdone, sí nos alegramos de no ser sustituidos. Es tal la dulzura que derrama en el alma el escribir del amor de Dios que casi nos consuela la esperanza de que la obra concluirá por arrastrar en pos de sí al obrero, comunicándole mayor fervor, y ocasionándole una conversión más completa, pues que redundará su mejora en beneficio de la misma intención espiritual.

Ayudadnos con vuestras oraciones, piadosos lectores, a impetrar nuevas gracias y mejor correspondencia, para que nos hallemos mejor dispuestos a servirlos. Fundados en esta esperanza, y con firme propósito de la enmienda, volvemos a encomendarnos, en el tercer año de la revista, a la indulgencia de nuestros constantes abonados, que tantos defectos nos toleran y disimulan. Tal vez nos otorgue el Dios de bondad el nuevo favor de plantear en el año de gracia de 1872, ensanchando el círculo del pensamiento, el gran Centro Eucarístico de España.

Los tiempos son malos para la fe, porque nada en el mundo la favorece. Pero como el cimiento de las obras de piedad no está en suelo, sino en el cielo, acaso la frialdad misma del mundo sirva para que Dios nos conceda aquel apetecido resultado. Que siempre plugo a la divina gracia manifestarse más activamente cuando más necesaria es su maravillosa y omnipotente influencia, y cuanto más pequeño el medio de que se vale.

Hechas estas convenientes indicaciones, y siguiendo una costumbre ya establecida, volvemos a la idea del principio, recordando nuestro título, que es como bandera sagrada bajo la cual, como santo lábaro, nos hemos colocado, y que llevamos con cierta espiritual satisfacción.

II

La lámpara del santuario es un símbolo tan hermoso, tan expresivo, tan humilde, tan perseverante, tan favorecido por la presencia real de JESUCRISTO, que nos congratulamos de haberlo adoptado. Además, ya lo hemos dicho, el Verbo divino es luz que da vida y la comunica al hombre por medio del augusto sacramento de amor, cumpliendo así su promesa de estar perennemente con nosotros hasta la consumación de los siglos. Por eso también conviene el título a nuestra humilde publicación.

Apenas se halla en el antiguo y en el Nuevo Testamento una imagen que más haya preferido el Señor para dar razón o noticia de su presencia, que la luz.

En el *Evangelio* de SAN JUAN se ve claro este amoroso simbolismo que adoptó el privilegiado apóstol. Después de decir del Verbo que *existía en el principio*, y que *estaba con Dios y Dios era el Verbo*, siendo esto lo que era en el principio en Dios; y que *todas las cosas fueron hechas por el Verbo*, y que *sin Él nada fue hecho de lo que fue criado o hecho*, y que *en Él mismo reside la vida*, añade: *Y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la acogieron.*

Luego continua diciendo: *Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan, y vino para dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos los hombres creyesen por él. No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz que era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.*

Después sigue ya hablando del Verbo que estaba en el mundo, y que el mundo hecho por él no lo conoció; y que vino a los propios, y los suyos no le recibieron. Pero a aquellos que le recibieron les dio potestad de hacer hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre, y que no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de la de Dios han nacido; y que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos visto su gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

SAN AMBROSIO, al tratar del *Evangelio* de SAN LUCAS referente a la aparición del ángel a los pastores, interpreta que la *noche* es el *siglo*, la *grey*, el *pueblo*; y los *pastores*, los *sacerdotes*. De todo lo que resulta que, si el Verbo hecho hombre es la luz del mundo, el mundo sin esta luz está en tinieblas, puesto que la noche es el siglo. Y esta preciosa idea se confirma por el *Evangelio*, que en otro pasaje nos refiere que el Salvador dijo a sus discípulos: *Trabajad mientras es tiempo, porque viene la noche y en la noche nadie puede obrar.*

Además, en las especies sacramentales el Hijo de Dios permanece oculto, y la señal de su presencia es la luz que arde delante del sagrario y que, como la candela encendida, según la frase de una de nuestras *Leyes de Partida*, *da a entender que aquella hostia es lumbre verdadera y durable.*

Así considerando, la lámpara del santuario da lugar a profundas y dulces meditaciones.

¿Quién que haya penetrado en el templo de noche, y estando a solas con el Santísimo Sacramento, no se ha sobrecogido de devoción y de asombro al recordar lo que atestigua aquella débil luz, aquella dichosa criatura, que se consume lentamente delante del Señor?

¿Quién, al cruzar por nuestras calles, podrá vislumbrar la luz del tabernáculo sin enviar al dulcísimo huésped que en la hostia reside, una aspiración de amor, un movimiento de dolor de haberle ofendido, y una tierna plegaria de reconocimiento por la inapreciable fineza que nos hace velando nuestro sueño, y no dando paz a su corazón amantísimo para orar por nosotros?

Si alguno ha pasado sin reflexionar sobre esto, cerca del templo de noche, le invitamos en caridad a pararse en esta modesta vocación que el Señor nos hace desde el altar por medio de aquel resplandor modesto.

Parece que aquella lumbre humilde y trémula, fulgurando en el recinto consagrado, llora y gime por la soledad en que nosotros dejamos al Verbo divino hecho hombre, en las interminables noches del invierno, mientras su divina majestad no duerme ni descansa en la amorosa tarea que se impuso por nosotros, y que tantos beneficios nos reporta, sin que casi nos apercibamos de ello.

¡Aviva tu luz, mi querida lámpara sacramental!
 ¡Despide tus fulgores, bendita lumbre de mi alma pecadora!
 ¡Atraviesen las centellas de tu pequeño hogar las paredes de mi pecho ingrato con el santo incendio del divino amor que

produce el dolor profundo de mis ofensas, y tráigame esa partícula ígnea el ardor de la caridad perfecta!

¡Cuánto te envidio, preciosa criatura del fuego, ignorada mecha que se consume y carboniza y en alguna manera se anonada para dar gloria al Dios oculto en el tabernáculo!

¡Pluguiera a Dios que fuese tanto el amor divino que me inoculase tu ejemplo en mis venas, que sirviese mi sangre de pecador de aceite a la humilde mariposa que allí se sacrifica, y que se extinguiese mi vida como se extingue la luz por falta de pábulo, ardiendo en el amor de Dios la última gota de mi sangre!

¡Dulcísimo martirio, envidiable muerte que me abriría la puerta de la vida eterna y que apenas si corresponde al amor inefable de un Dios crucificado y muerto por nosotros!

A estas deducciones y propósitos se presta y da ocasión la luz que arde en el lugar sagrado, que guarda al Hijo del Eterno Padre, y que le mantiene entre nosotros como fuente de vida y de la eterna salud que se brinda a nuestra Comunión.

Capítulo 4.

Luz, figura de otra Luz⁵

I

Por cuarta vez escribimos, gracias a Dios, nuestro artículo prospecto, inspirados siempre en una idea que en cuanto es buena procede del autor de todo bien. Pobres de recursos y ricos en fe, continuamos en el presente año esta humilde publicación, colocándola bajo la mirada del omnipotente, que se sirvió protegerla para su mayor gloria, pues es la gloria del Verbo encarnado que reside bajo las especies sacramentales, y que según su infalible promesa permanecerá con nosotros, sus humildes criaturas, todos los días hasta la consumación de los siglos.

El Verbo divino, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todo ha sido hecho, que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo y se encarnó en el seno de María Virgen, por obra y gracia del Espíritu Santo, y se hizo hombre, y fue crucificado y muerto también por nosotros, y resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre, y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y

⁵ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 4, 1873, págs. 1-5.

cuyo reino no tendrá fin quiso, en cierto modo, volver a encarnarse una y cien veces en la hostia sacrosanta, a la voz del sacerdote, reproduciendo, aunque de una manera incruenta, el sacrificio de la cruz.

Y así quiso ofrecernos en este augustísimo Sacramento un medio inefable de su amor ingenioso para unirnos con Él, objeto de nuestra adoración y de nuestro culto. Y para su adoración, y teniendo por fin su mayor culto, hemos fundado nosotros esta sencilla y pequeña obrita para su honra y gloria, con las pequeñas piedras que nos permite allegar su misericordia.

Grande es la obra y modestísimos los obreros, pero el Señor la ha bendecido hasta hoy, otorgándonos la cooperación de escritores ilustres y piadosos, y la de nuestros suscriptores, bastantes ya, sea Dios loado, para subvenir el gasto de los pensamientos igualmente grandes que la han inspirado. Grandes ambos, decimos, por el objeto a que se encaminan: el Culto Continuo por medio de la comunión, y nuestra pequeña revista eucarística enderezada a promover la frecuente y devota comunión sacramental.

Bendigamos por todo ello al todopoderoso, doblando ante Él la rodilla y elevándole fervientes acciones de gracias porque nos permitió consagrar nuestra pluma al milagro estupendo de amor que viene a realizar cada día la promesa consoladora de la compenetración de un Dios grande con la más humilde, siquiera sea con la más favorecida, de sus criaturas.

Cumplido este grato deber, anudaremos el hilo de nuestras ideas bajo el emblema de nuestro título, puesto que así como el corazón humano consagrado a Dios contiene una luz

mística de fe, que se guarda en este vaso de barro del cuerpo humano, para atestiguar la presencia de la gracia de Dios en el hombre, así la lámpara eucarística, luz pálida encendida por la mano de los fieles delante del sagrario, descubre y manifiesta simbólicamente la presencia real de JESUCRISTO en medio de la cristiandad, presencia encubierta bajo los accidentes de pan en una entidad casi invisible, pero que contiene al Hijo de Dios vivo, brindándose al hombre como aquel pan subcinericio que fue brindado a ELÍAS por el ángel del Señor para que pudiera llegar a la cumbre del monte santo.

II

Pero volviendo al asunto, importa fijar la consideración en lo que expresa la luz que arde ante el altar sacrosanto. Esta *luz es una figura de otra luz*. Aquélla tibia y oscilante. Ésta inextinguible e inmutable, pero no inmóvil, ni inactiva. La primera, trémula y fulgurante bajo la acción del aire que la circunda, y por la condición de su ser dependiente del pábilo y del aceite que la alimentan. La segunda, indeficiente, perenne, eterna, como que es Dios de Dios y luz increada.

Entre una y otra luz, indisolublemente unida a la divinidad, está la santa humanidad de JESÚS; humanidad que es escabel de los pies del Verbo divino; *humanidad que es como las sandalias del Verbo*, según la feliz expresión de uno de los Padres de la Iglesia.

La lámpara del santuario es, lo repetimos, *un símbolo y una figura, un signo místico* que debe conducir y guiar al católico por medio de la humanidad a la divinidad, a través del cuerpo sagrado al espíritu del Verbo; esto es, del Verbo mismo; puesto que la persona humana ha sido asumida por el Verbo,

sin detrimento alguno del ser divino, y *el cuerpo de CRISTO es, al decir de SAN AGUSTÍN, un corcel al que subimos para elevarnos al Verbo.*

Se ha hecho hombre, dice el mismo santo, para que la fe en la humanidad fuese un rápido transporte para conducirnos al Dios invisible, para que corriésemos a ver a aquel mismo al que espiritualmente no podíamos ver.

SAN BERNARDO asegura que *aunque la devoción a la humanidad de CRISTO sea un don eminente del Espíritu Santo, se la llamaría carnal si no la elevamos a este sentimiento que nos hace saborear menos al Verbo hecho carne, que al Verbo sabiduría, al Verbo justicia, al Verbo verdad, al Verbo encerrando en sí todo lo que se puede decir de bueno.*

La humanidad de CRISTO, escribe Monseñor LANDRIOT, ilustre arzobispo de Reims, es a los ojos de los Padres de la Iglesia el vestido del Verbo; y aún hay más distancia del Verbo a la carne, que entre un hombre y su vestido, porque el vestido modifica muchas veces el aire y el exterior del cuerpo, mientras que el Verbo no ha sido bajo ningún respecto modificado por el contacto con la carne. La humanidad de CRISTO es un vehículo, es el carro divino que nos conduce a las orillas del Océano de la divinidad; porque nadie se sirve del carro, sino para llegar a su destino. La humanidad es la letra, es la corteza, es la envoltura; y el Verbo es el sentido divino.

La mesa del Padre, dice SANTO TOMÁS, es el Verbo, y a medida que se crece es preciso aproximarse a la mesa del Padre.

Hemos copiado todos estos textos, que nuestra gran ignorancia en materias tan altas no nos permitía extractar sin

riesgo, para advertir a nuestros queridos lectores que, como quiera que la luz del tabernáculo atestigua nuestra fe en la presencia real de JESÚS en cuanto hombre en el sagrario, mirada como símbolo esa misma luz va en algún modo derechamente a señalar a nuestra devoción la luz indeficiente, *lumen indeficiens*, como apellida la santa Iglesia al Verbo divino, segunda persona de la Santísima Trinidad, y objeto verdadero y mediato de nuestra adoración en el altar sacrosanto. Porque la verdadera devoción está en discurrir por la humanidad santísima hasta la persona divina que la ha tomado y asumido, y que con ella hace una sola persona, que es JESUCRISTO; en cuyo concepto se llamó el Señor a sí propio vía o camino que conduce al Verbo.

De luz a luz debemos ir conducidos por la humanidad de JESÚS. De la débil y pobre criatura que arde y se inmola en la lámpara sacramental por el dulce vehículo del ser humano, a la luz de luz. Esto es, al Dios de Dios, que místicamente se inmola y sacrifica en el augusto sacrificio; al Dios que en cierto modo perpetúa su adorable sacrificio en la forma consagrada, mediante la inmanencia de su acción y pasión en la persona divina que padeció en la cruz, la cual se halla inseparablemente unida a la humanidad santísima.

A este término deben dirigirse nuestros cultos y nuestro amor, y solo allí es preciso pararse, *sistere*, como dicen los Padres. He aquí el dulcísimo misterio. Éste es el precioso simbolismo, que bien meditado y reflexionado, encierra la lámpara del tabernáculo. *De luz a luz*, repetimos.

¡Humilde criatura, querida lucecita, yo te envidio doblemente! ¡Dichosa eres! ¡No sólo porque te sacrificas y ardes ante Dios, aunque inconscientemente, y te quemas e inmolas a su gloria para resplandecer delante de tu Criador y

nuestro Dios, y pluguiera al Señor que mi sangre pecadora te alimentase como ese fruto suave de la mística oliva, para expiar de algún modo mis pecados que han costado la sangre de un Dios! sino también porque expresas y simbolizas la luz eterna que deriva eternamente del Padre Eterno! Y como aquella luz irradia sobre ti, dichosa lumbre, eres por una manera misteriosa el verbo del Verbo, la voz del Verbo, o mejor aún, la luz del Verbo, puesto que todas las criaturas son la voz del Verbo según los Santos Padres. ¡Y tú lo eres, mi querida lámpara que brillas como un signo expresivo de su existencia de un modo especial entre nosotros;

A tu resplandor, lucecita de mi entendimiento, por misterio de la fe, diviso yo, pobre pecador, *al Verbo que era en un principio, al Verbo que era en Dios y al Dios que era el Verbo por quien han sido hechas todas las cosas que han sido hechas, y en quien era la vida, la vida que era la luz de los hombres.*

A beneficio de tus oscilantes fulgores, lucecita de mi corazón, por una cierta manera enciendes en mi pecho el amor al Verbo divino que me atestigüas presente en el Sacramento augustísimo.

A tu lumbre andan y caminan las naciones, como profetizó ISAÍAS, porque de tu cuerpo luminoso salen centellas invisibles que encienden el corazón de los que en ti creen y que, por tu simbólica presencia, aman al que tú anuncias presente bajo la nube blanca de las especies sacramentales.

Sea, oh Señor, lucerna de mis pies la luz que señala al Verbo como tu Verbo, dijo DAVID en uno de sus salmos. Y vea yo, y vean todos mis lectores, al resplandor que despides tú, humilde criatura luz del santuario, la senda que conduce a la

vida eterna en que te llegaremos a ver sin velos, rostro a rostro, por siglos sin fin.

¡Mi querida lámpara, que me permites llevar tu nombre y eres como mediadora y mensajera de amor y de gracia! Yo te envío, por lo que significas y expresas, un saludo de cariño y una memoria de gratitud. Porque, después de todo, tu perenne sacrificio me inspiró estas pobres líneas que, como tu claridad, se consagran al Dios sacramentado, al Verbo divino que allí reside, y que Dios mediante, inauguran un nuevo año de dulce, aunque pobre, propaganda eucarística.

Capítulo 5.

Luz centella de la Luz indeficiente⁶

I

Al comenzar, por el favor divino, el quinto año de nuestra pobre publicación, cumplimos una obligación de gratitud elevando al Señor humildes acciones de gracias porque nos ha permitido y nos permite ocuparnos de esta obra, y porque nos otorgó la cooperación de nuestros colaboradores y suscriptores para llegar al año de gracia de 1874, siquiera sea sin grandes aumentos en el número de abonados, con la bastante aceptación para sostener holgadamente esta Revista, y aún para proveer a algunas atenciones eucarísticas que dará a conocer la cuenta del año pasado de 1873.

Satisfecha esta deuda de reconocimiento a Dios, y suplicando a nuestros piadosos lectores que nos ayuden a pagarla con sus fervorosas oraciones, vamos a proseguir en la costumbre de escribir al frente del primer número del año de esta humilde obrita, algo que se relacione con su título y con su significación mística. A este propósito son tan ricas las Santas Escrituras, que no puede quejarse el escritor de falta de textos acomodables, sino de pobreza de espíritu e indigencia de conocimientos para interpretarlos debidamente. Pero la

⁶ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 5, 1874, págs. 1-6.

pequeña alquitara de nuestro entendimiento, apenas puede ni menos sabe sacar miel de la Escritura, la flor hermosísima que es un modo manifiesto del Verbo Divino, como dice el Santo Padre PÍO IX, y repite Monseñor LANDRIOT, dignísimo Arzobispo actual de Reims.

II

La lámpara del Santísimo Sacramento, signo modesto pero visible de la presencia real de JESÚS, Dios y hombre verdadero, condensa, como en otras ocasiones dijimos, todos los símbolos relativos del Antiguo Testamento, y atestigua el cumplimiento de todas las profecías de la venida del mesías esperado de las naciones, puesto que con la aparición del Hijo de Dios vivo sobre la tierra puede decirse realizado aquel anuncio de DAVID en el salmo CXI, versículo 4º, que dice: *Nació en las tinieblas una luz para los hombres rectos, para el misericordioso, el compasivo y el justo.*

Aquel que *estaba con el Padre en el principio, en el día de su virtud en los esplendores de los santos, engendrado del útero de una mujer* en el plan divino *antes de que el Señor crease el lucero de la mañana*, según se lee en el salmo CIX, versículo 3º. El mismo que inspiró en la faz del hombre el *espiráculo*, la inspiración de la vida, el alma humana con que dice el Génesis que fue hecho el hombre *ánima viviente*, y el *Caldeo*, según Cornelio ALÁPIDE, *ánima loquente*; es decir, el Verbo humano que deriva del Verbo Divino, y que da testimonio de la presencia del Verbo en la mente humana, porque está escrito que *está signado o sellado sobre nosotros el resplandor del rostro del Señor*, cual se lee en el Salmo 4º, versículo 7º.

El Verbo Divino, que *puso su tabernáculo en el sol*, y *que sale de allí como un esposo que desciende de su tálamo* (salmo XVIII, versículo 6º) ha querido tomar por símbolo suyo la luz, que lo es también de su modo de obrar; del obrar del que es la sabiduría infinita y el arte supremo, como *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (San Juan, cap. 4º), siendo su encarnación la *luz que ha nacido para los que habitan en las sombras de la muerte* (Isaías, cap. 9º). Por eso, valiéndose del propio símil, dice DAVID en el salmo LXXXVIII, versículo 16, hablando de los justos: *Señor, a la luz de tu rostro andarán*.

La lumbre que se ocultaba en la nube del desierto; el fuego que ardía en la zarza milagrosa del Horeb; el relámpago que tronaba en el Sinaí: vienen a templarse y como a encerrarse en el sagrario. Aquel Dios terrible, que describen los versículos 9º al 14º del salmo XVII que, *precedido del rayo*, era *seguido del granizo y de los carbones de fuego* (versículo 14 del propio salmo) vino a dulcificarse a punto de ser un cordero sacrificado en el altar; y de aquel fuego espantable sólo quedó como recuerdo la tibia luz eucarística que afirma la presencia del suavísimo JESÚS, *hermano mayor sacrificado por la salud de sus hermanos, a quienes quiso en todo semejarse para hacerse misericordioso*, según la bella frase de SAN PABLO.

Allí permanecerá con el sol, y permanecía antes del sol en la generación eterna, como Hijo eterno del Padre, y en la generación de la carne en el seno purísimo de María Virgen según palabras del salmo LXXI, versículo 5º: *y en el sacramento permanecerá delante del Sol su santo nombre*, que es decir el Verbo hecho carne, JESÚS, que está y estará con nosotros hasta la consumación de los siglos, según su adorable promesa.

De todas estas verdades anunciadas por el profeta rey y realizadas por los sacrosantos misterios de la encarnación y de la eucaristía da fe e indicio permanente la lámpara que arde delante del santuario, y que podríamos decir, como SAN JUAN, que *no es la luz*, pero que está encendida *para dar testimonio de la luz verdadera* que arde místicamente en el sagrario, como que atesora el corazón dulcísimo de JESÚS hombre, que arde en caridad perfectísima y amor infinito a Dios y a los hombres.

Aquella luz trémula es un testigo fiel que depone a favor de la permanencia de Dios con los hombres, invitándolos a su comunión, y a procurarse en ella la vida verdadera en CRISTO, que el Señor prometió en el evangelio a los que comen su carne y beben su sangre; y que por este medio viven en JESUCRISTO y JESUCRISTO en ellos, operándose así aquel misterio de que hace mérito SAN PABLO, de que el que ha comulgado dignamente podrá decir con el Apóstol: *Vivo yo, y ya no soy yo, sino CRISTO, quien vive en mí*. Sublime y tierno misterio, que no sólo produce la garantía de la eterna bienaventuranza, sino que ya la es en algún modo, pues a favor de esta íntima compenetración puede el cristiano conocer a JESUCRISTO, y en él a Dios vivo. Y ésta es la *beatitud*, conforme a las ideas de SAN PABLO, que dice literalmente que *ésta es la vida eterna: conocerte a ti solo, Dios verdadero, y al que tú enviaste, JESUCRISTO*.

De luz a luz debe proceder el cristiano. Es decir, de la luz simbólica, a la luz verdadera, a la humanidad de JESÚS luz del mundo; de ésta, a la luz verdadera en esencia que es el Verbo, el Hijo de Dios; y del Verbo Hijo de Dios, al Padre: pues dice el evangelio que *nadie va al Padre sino por el Hijo*; y que *el que conoce al Hijo conoce al Padre*. Tal es, bien meditado, y marchando del signo a la verdad, de la figura a lo figurado, del símbolo a la humanidad divina, y de la

humanidad escabel del Verbo al Verbo mismo, el dulce simbolismo que constituye aquel pequeño haz de rayos luminosos que se oculta en la lámpara, y que difunde sus resplandores en el templo, siendo durante la noche la única compañera de aquel mansísimo cordero sacrificado, aunque de una manera incruenta, sobre el altar sacrosanto.

La fulgurante lumbré que vive así, en cierto modo, en la presencia de Dios, es una criatura débil y flaca que sirve de anuncio de una dulce y consoladora verdad: la de que Dios no sólo nos ama, sino que nos guarda y defiende con sus méritos desde el tabernáculo, ante la faz de su Padre Eterno.

A la condensación de estas predicciones responde la luz que arde delante del tabernáculo de Dios con los hombres. Y su movimiento vacilante significa una especie de vida, que perpetúa, mientras luce, la actividad del propósito de quien la encendiera, a expensas de los fieles que costean el culto de la Iglesia a su divino esposo.

Penetrando con la consideración en estas relaciones, que pasan como desapercibidas para la mayor parte de los cristianos; recordando que el Señor en su encarnación se compara a la luz en un vaso de barro, como dice SAN GREGORIO; y advirtiendo que en la bendición del fuego se llama a la luz que resulta del choque de la piedra con el acero *lumen Christi, luz de CRISTO*, puede elevarse el católico a grandes concepciones que aclaren el símbolo, puesto que el Verbo divino es la luz indeficiente, representada por la luz perenne, que resplandece en la tinieblas y que puede continuarse conservándola hasta la nueva bendición del siguiente año en el mismo día de sábado santo.

Realizando de algún modo este signo, puede el hombre, permaneciendo en gracia, conservar en su alma la lumbre de la fe viva que alumbra en el vaso de barro de su cuerpo, templo y sagrario de la Trinidad beatísima. Así, la gracia divina permanece constantemente en el hombre, y por un modo místico se une de corazón la luz pura de un alma inocente a aquella pobre pero hermosa criatura, que sirve de faro al justo que está unido en espíritu a JESÚS en su vida sacramental.

La adoración nocturna al Santísimo Sacramento, enlazándose con la adoración diurna al frente de la lámpara que no debe extinguirse, une en este dulce vínculo al perpetuo consorcio, que hace la comunión espiritual y que por medio de otro dogma, el de la comunión de los santos, mantiene a la humanidad sin interrupción delante de Dios, que quiso permanecer con nosotros siempre, continuándonos por una manera espiritual la acción especial de su amor incesante, que nos otorga desde ese trono de gracia.

Nada nuevo hemos dicho, que no sepan las personas instruidas en la *teología mística* o *ascética*; pero pobre como es la exposición de estas verdades fecundas, conducen a la *edificación* desarrollando relaciones, si no ignoradas, poco cultivadas.

Plegue a Dios que el año que iniciamos nos permita desenvolver estas ideas; para lo que puede contribuir mucho la oración de los lectores, a quienes encomendamos que nos auxilién con ella al desempeño de nuestro buen propósito, con la ayuda de Dios, a quien debemos suplicar todos, que inspire a los escritores de esta revista para el adelantamiento de unos y otros en la vía espiritual.

Capítulo 6.

Luz, hermosa criatura amada⁷

I

Esta humilde publicación que fundó la fe y que sostiene la divina gracia, vive aún y no morirá, Dios mediante, en el año presente de 1875. Y si oye el Señor nuestra humilde plegaria, vivirá siempre.

Cinco años ha que el ángel bueno nos inspiró esta obra, que se sostiene por el favor de Dios, sin grandes aumentos, es verdad, pero con bastantes suscriptores para costearla y aún para proveer a las ediciones de patentes del Culto Continuo o Comunión Mensual del Santísimo Sacramento, cuya asociación espiritual aumentó en los cinco años con más de veintiséis mil socios y otras tantas comuniones al mes, que representan trescientas doce mil al año, y que corresponden a sesenta y dos mil cuatrocientas en cada uno de los cinco años.

Este solo resultado vale la pena para parar en ello la atención. ¡Cuanto no pueden importar en el cielo como intercesión y como mérito personal estos actos y recepciones de su divina majestad!

⁷ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 6, 1875, págs. 1-7.

Fundose también bajo la sombra de esta humilde revista el *Centro Eucarístico* que, a más de proteger las dos ideas que dejamos citadas, se propuso fundar en España la *Adoración Nocturna* al Señor de nuestros altares, y la donación a iglesias pobres de objetos, así de paños como de vasos sagrados, de inmediato contacto con el cuerpo y sangre del Salvador del mundo: todo ello sobre la base y con el auxilio de los suscriptores a *La Lámpara del Santuario*.

La adoración nocturna se hace hoy día reservadamente, en su casa cada cual, distribuyéndose las horas de la noche un día a la semana, y se intentó en vano llevarla a la Iglesia, pues después de haberlo ensayado ya, surgieron dificultades que no nos permitió Dios vencer.

La suscripción de *La Lámpara* se sostiene; pero no crece, habiéndose quedado en mil abonados, o pocos más. Será que el Señor quiere así castigar nuestra tibieza, o experimentar nuestra fe, o tal vez mantener esta pobre publicación en la esfera de lo absolutamente preciso para vivir sin mayores creces.

Sea de esto lo que quiera, hay bastante en todo ello para alabar a Dios y darle gracias de que perseveremos en la tarea comenzada, y de que la haya bendecido de modo visible. Sólo es de temer que nuestra debilidad o nuestras culpas nos atraigan el castigo temible de privarnos de nuestra pequeña cooperación a la buena obra.

Damos gracias repetidas al Dios de bondad por tales favores; y a nuestros celosos compañeros, por su auxilio ilustrado y devoto; y a nuestros suscriptores, porque llevan con paciencia las faltas y retrasos involuntarios del periódico y la imperfección de los escritos que produce la Dirección.

Habrase observado que la revista inauguró una nueva sección dedicada a “La Reina de los cielos, Madre de la Eucaristía”; y otra dedicada a “Las artes eucarísticas”, que también convenía para dar alguna amenidad a la obra. Posible es que en el año que comienza iniciemos otras dos secciones, que ya verán los abonados.

Cumplido ya el primer objetivo del presente artículo-prospecto, diremos algo del que suele ser asunto del artículo de entrada del año: aludimos al nombre, esto es, a la significación mística y alegórica del título de este periódico.

Agotada se halla para nuestro escaso saber la materia, que no queremos, a pesar de esto, dejar todavía. La Dirección, que dio esta bandera a su campaña espiritual, no la quiere olvidar. Como la mariposa, quiere andar, una vez al año a lo menos, en torno a la luz eucarística, hasta que vea quemadas las alas de su libertad para el mal, y muera, ¡oh dicha! abrasada en aquélla su cuerpo, y vaya su alma a expensas de la infinita misericordia, a volar en torno a la luz indeficiente, que es el divino Verbo, a quien veremos rostro a rostro, despojado de los velos del Sacramento, en las eternas moradas de la gloria.

II

¡*La luz, hermosa criatura* que según dijimos reúne como todas las otras, y aún más, señales y huellas de la Santísima Trinidad!

¡*La luz, que según dijimos también, es imagen de Dios* y llegó a ser el símbolo del Verbo para la santa Iglesia!

¡La luz, que hace tan gran papel en el orden litúrgico como lo hace en la creación toda, y en el mundo abreviado o *microcosmos* que se apellida el hombre, significando su inteligencia, y entrando en alguna manera en la palabra, puesto que inteligencia expresa leer en el interior de las cosas penetrando sus causas, y no se puede leer sin luz, así en la vida externa del hombre como en la vida intelectual, donde supone una facultad encendida por el Verbo allí que hace al Verbo humano!

¡La luz, que da belleza al universo, esplendor al mundo sidéreo, nombre a los ángeles que fueron criados con la luz, brillo al día, alegría al alma, alivio al enfermo, y vida y perspectiva a todas las criaturas, tiene también profundas afinidades con el mundo de los espíritus, que son como reflejos brillantes del todopoderoso que habita una luz inaccesible!

La Iglesia nos enseña en el prefacio de navidad otra preciosa expresión de la luz, pues canta solemnemente *que por el misterio del Verbo encarnado influyó* (esto es, destelló) *a los ojos de nuestra mente una nueva luz de la claridad divina, para que al paso que visiblemente conocemos a Dios, por éste seamos arrebatados al amor de las cosas invisibles.* Este precioso pensamiento es digno de atención y meditación profunda y devota, porque como todos los textos de la sagrada liturgia encierra misterios tan bellos como suaves y espirituales.

Desde luego se comprende el papel importante que hace en este prefacio la criatura que tanto amamos, la luz: toda vez que no sólo habla de que el Verbo encarnado es en el mundo una nueva luz; sino que también dice que Dios es una claridad, o habita en la claridad, o es una luz divina, a la que la

encarnación sirve de símbolo y de revelación. Ved ahí, lectores muy amados, lo que es la luz: *la luz es Dios*.

Pero bajad un escalón, o subidlo, como queráis. He ahí que esa lumbre indeficiente, el Verbo divino, se aposenta con todos los atributos de su divinidad y con todos los méritos de su humanidad en el tabernáculo. Y ved más, y asombraos y postraos de admiración, que hay un modo figurativo de decir, sin hacer violencia a la metáfora, que la lámpara del santuario es a su vez al Hombre-Dios en alguna manera, lo que el Hombre-Dios es al Verbo: esto es, su imagen simbólica, ya que no su imagen sustancial ni esplendor de su sustancia; pero sí un espejo material de su modo de ser, ya que no un espejo sin manchilla, como es el Verbo respecto a Dios Padre.

En esta hipótesis, y guardadas las distancias o diferencias, podemos decir que así como la encarnación es una apariencia del Verbo divino, que resaltó a los ojos materiales para contemporáneos de JESÚS y a los ojos de la fe para nosotros, una vez encerrado JESUCRISTO, luz del mundo, en la Hostia sacrosanta, la lámpara que arde en su presencia es un medio simbólico de que refleje en nosotros su presencia un rayo de su luz, y de que mientras vemos la lumbre y lámpara sacramental, por ella debemos dejarnos llevar, tomando el giro del antedicho prefacio, al amor de las cosas invisibles que encierra el sagrario; y por éstas, a las excelencias y atributos del Dios eterno que habita una luz inaccesible, y que por su Verbo hecho carne hizo llegar a nosotros un destello de su claridad inefable.

Prescindiendo, por supuesto, de la distancia infinita que hay del símbolo a la cosa simbolizada; del signo al ser significado; de la imagen material al espíritu que recuerda; y del espejo que refleja la imagen sustancial al espejo que sólo

representa una huella de la divina mano creadora, resulta: que, guardadas las proporciones y bajo todas las salvedades y respetos indicados, JESÚS hecho hombre es irradiación metafórica, signo expresivo, imagen en cierto modo participada, y analogía del Verbo encarnado, pues que la luz lo es en los libros santos y en las oraciones y ritos de la ley mosaica y de la ley de gracia. Y además, la lumbre humilde del presbiterio está allí puesta y fue encendida para denotar la presencia real de JESÚS, y se apaga o coloca en otra parte cuando no está allí el Señor.

De suerte que por la naturaleza, por la revelación, por la liturgia y por la dedicación, hay en la lámpara sacramental cierta imagen participada, cierta irradiación figurada, y cierta significación admitida del Verbo divino hecho hombre.

Lo creemos probado cuanto puede estarlo. Pero hay más, y la mano tiembla al escribirlo; pues de escalón en escalón, de grada en grada, llegamos a nuestra humilde revista. Porque así como, salvas las distancias que separan lo real de lo figurado, hay en la lumbre del Santuario algo imaginado de la lumbre que encierra el tabernáculo del Señor para los hombres; así también hay en la obra literaria que se consagra a difundir el amor a JESÚS Sacramentado y a la frecuencia de la comunión, algo de luz participada y representada por la lámpara que contiene la luz viva, puesto que *La Lámpara* periódico, que trata de difundir el divino amor, es una representación metafórica y más cercana a lo que representa en la atmósfera literaria, que lo que es la luz del presbiterio a la lumbre del tabernáculo.

Aún podemos decir más. Y es que si es un testigo, a los ojos del humano entendimiento, de la presencia real de Jesús en el altar, el pobrecito y mal pergeñado periódico en QUE

aparecen estas líneas, como para los ojos del cuerpo, atestigua aquella augusta presencia con ventaja sobre los resplandores de la lámpara del santuario, porque se hallan más cerca de la parte más noble del hombre, que es el alma, el entendimiento, la imaginación y el corazón que tratamos de mover, que la memoria que excita el resplandor material de que venimos hablando.

Dulcísima consecuencia es de todo lo escrito, que adoptado en feliz hora como nombre de bautismo espiritual para nuestra publicación, el de *La Lámpara del Santuario*, con ser perfectamente adecuado a su objeto, encierra por ventura un pobre testimonio y significación humilde, que de etapa en etapa, va derechamente por las vías de la metáfora y de la imagen a simbolizar y a enviar a los fieles, o al menos a su mente y a su corazón (lo decimos con profunda veneración), al Verbo divino cuyo amor en la sagrada Eucaristía nos propusimos extender y aumentar con nuestros humildes y pálidos trabajos.

¡Pluguiera a Dios que fuera esta obrita digna de su objeto y que, cual fuente abundosa de eucarística devoción, derramase en todos los que vengan a leerla un aumento, pequeño siquiera, del espíritu del cristiano, para contribuir en algo al acrecentamiento del culto al Santísimo Sacramento, que tanto desea comunicárenos!

Para alcanzarlo debemos procurar todos encendernos en el santo fuego del sagrario, y contemplar, por decirlo así, la obra, fundiéndonos todos en un espíritu de adoración y de amor, y formando los escritores y los editores, los lectores y los abonados, y sobre todo los asociados al *Culto Continuo del Santísimo Sacramento*, un cuerpo místico cuya cabeza es JESUCRISTO, oculto bajo las especies sacramentales; pero no

menos apasionado de la salvación de las almas, antes ansioso de conseguirlo por medio de la común vida o comunión del creyente con Aquél que nos entrega su cuerpo, sangre y divinidad sacrosanta.

Esta idea y esta práctica de memoria recíproca recomendamos para unos y otros cerca del altar y en los preciosos momentos que siguen a la recepción del Señor para formar espiritualmente cerca de Él, en la mesa del banquete celestial, una sola familia como, en la frase de DAVID, *los renuevos de olivo cercan el tronco*, que es CRISTO nuestro bien.

Capítulo 7.

Luz y vaso, alma y cuerpo⁸

I

Antes de escribir nosotros y de leer nuestros abonados el artículo primero para el año de gracia de 1876, que es el séptimo de nuestra publicación, enviemos todos al Señor reverentes y humildes gracias porque logró este pobre periódico atravesar seis años, y vive todavía para cantar humildes alabanzas al cordero inmaculado que se adora en la hostia santa.

Sin una providencia extraordinaria, de la que podrían darse pruebas, ¡cómo perseveraríamos en el propósito! Sin la paciencia de nuestros lectores, ¡cómo nos serían perdonadas tantas incorrecciones, tantas paradas en la edición, tantas irregularidades, en fin, en todo, unidas a tan escasos medios de ciencia e ilustración! Reciban nuestra gratitud, puesto que si esta pobrecita luz sirve de algo y permanece encendida, a ellos se debe.

A cada paso que damos en esta obra parece que la materia del estudio aumenta, el horizonte eucarístico se ensancha, y el amor que anima la víctima sacrosanta se nos

⁸ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 7, 1876, págs. 1-7.

aparece mayor y como que nos atrae y nos conforta en la vía para seguir.

Por otra parte, la incompetencia del escritor se hace al mismo tiempo más notoria a medida que estudia más el asunto, y materialmente parece que se le cae la pluma de la mano, para entregarla a más doctas y virtuosas personas; pero un secreto impulso y una dulce confianza no nos permiten abandonar la tarea.

¡Adelante en nombre de Dios! nos dice el corazón.

¡Adelante, pues, hasta que el Señor lo permita o nos llame a su juicio!

Malos son los tiempos para empresas de este género. La suscripción no aumenta, y miles de pequeñeces, obstáculos, ausencias y contrariedades, que sería prolijo referir, se nos ofrecen al paso.

Pero, gracias a Dios, así como ninguna mira personal nos hizo comenzar, tampoco nos impele a seguir sino el deseo de redimir nuestros pecados con lo poco y mal que hacemos por aumentar el amor a JESUCRISTO, que reside en el sagrario.

II

Está la *lámpara compuesta de luz y vaso, de alma y cuerpo*, como si dijésemos de espíritu y materia. Pero toda luz viene del Verbo, porque *el Verbo es la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*.

No hay para nosotros una cosa más dulce, más tierna, más expresiva y más amiga -séanos permitida esta palabra- que la lámpara sacramental que resplandece en la callada noche enfrente del sagrario.

¡Si nos fuese otorgado vivir y morir eternamente junto a ella, allí, en un rinconcito del templo!

La lucecita centellea como un alma suspensa entre la tierra y el cielo.

La lucecita acompaña a su Dios, que yace allí solo y olvidado, y que custodia desde allí las almas que el Señor redimió.

La lucecita se mueve suavemente al impulso del viento, y como que vive para hacer compañía a su Dios.

La lucecita parece que respira y late al amor del viento, y chisporrotea a veces, cuando se le acaba el aceite, como si dijese:

- “¡Que me voy a apagar! ¡Que no me pusieron aceite! ¡Que voy a dejar solo a tu Dios, hombre ingrato!”

Si nosotros estuviéramos en el rinconcito, le diríamos a la lámpara:

- “Hermosa criatura de la luz, toma mi sangre para alumbrar a mi Dios.”

Y entonces carbonizaríanse nuestros huesos para dar aceite a su pábilo moribundo, o correríamos a buscarle aceite...

Pero no estamos allí. Estamos lejos, tal vez ofendiendo al mismo Dios, aunque sea levemente, mientras su luz se extingue y queda solo en medio de la oscuridad, sin aquel testigo que avisa al pasajero de la presencia real en el tabernáculo.

El hombre de mundo duerme tranquilo en muelle lecho, rodeado de abrigos y comodidades en el invierno, y de gasas y transparentes velos en el estío, mientras el Señor amantísimo queda solo en medio de la oscuridad, y continúa, sin embargo, ofreciendo a su eterno Padre su sacrificio perenne por aquel mismo sibarita.

El hombre de pecado ofende al Señor, o maquina nuevas culpas contra su Dios, mientras el Señor se halla solo y se apaga la pobre luz del tabernáculo.

El hombre criminal, acaso vuelve de noche de consumir sus delitos, y no apercibe ni para la atención en que la iglesia, cerca de la cual atraviesa cautelosamente, tiene apagada la lámpara, pero no el amor de JESÚS sacramentado, que ruega por aquel miserable pecador.

El hombre de alta sociedad danza o peca, consume la noche en la orgía o en la casa de juego, sin preocuparse de que hay un guarda nocturno que le conserva la vida con su plegaria, y que la luz que atestigua la presencia y oración del Señor, se apaga.

El hombre político, ese tipo sublime y noble, o bajo y menguado, según se dedique a mantener la paz pública, o se dé a explotar su influencia personal para perturbarla, o a maquinar la revolución social, no se inquieta de que la luz del sagrario se

haya apagado. ¡Cómo se ocuparía de tan poca cosa como es la extinción de una luz delante del altar!

¡Pierdes el tiempo en chisporrotear y gritar, luz de mi alma! No te escuchan. Nadie se ocupa de ti, ni de lo que representas.

¡Si hubiese un adorador nocturno!

¡Si hubiese una persona, una sola, que guardase la presencia de JESÚS, no clamarías en vano, hermosa criatura, para que se asista y se alumbre a Nuestro Señor!

Queridos lectores, procurad que se haga, que se establezca en todas partes la adoración nocturna.

Doce, catorce hombres de buena voluntad pueden distribuirse la noche, pues con una hora que vele cada uno, basta.

En las grandes poblaciones se vela hasta la una o las dos de la noche para vivir y gozar, pero no se quiere velar para acompañar a JESÚS para adorarle y guardarle una vez al mes y una hora en la noche, que sería bastante.

Asociémonos, hermanos míos seculares. Repartámonos el tiempo. Aún en pueblos pequeños o en aldeas, si hubiese amor a JESUCRISTO, habría adoradores nocturnos desde que se cierra hasta que se abre la iglesia.

En las noches más largas, que son cuatro o cinco meses al año, ¿quién no vela hasta las diez de la noche, aún en pequeñas poblaciones? Quedan ocho horas, y ocho hombres

que turnasen hasta el día, o hasta que se abriese la iglesia, serían suficientes.

En los pueblos muy numerosos muchos más se pueden reunir, y a la letra podría cumplirse lo de *velar una hora, en una noche, al mes*.

Formada una asociación, no se quejaría en vano de su aislamiento mi hermosa amiguita la luz del tabernáculo, pues el adorador la encendería si se apagase y la proveería de aceite. Y, lo que es más: cerca de la luz habría otra luz mejor que la natural, la luz de la fe del adorador, que acompañaría a nuestro Dios durante la vigilia.

Reducida la obligación a *velar una hora en la noche, y una noche al mes*, bien podríamos decir a los que nos leen lo que el Salvador a sus discípulos en Getsemaní la noche de su prisión: *¿No podréis pasar por mí, y en mi compañía, una hora en vela?*

¿Quién no atenderá a tan tierno llamamiento?

¡Quién sabe los bienes espirituales que pierde por su tibieza!

Tal vez algunos se enfervoricen con esta pequeña invitación. Pero aunque no trajera al Señor sino una adoración nocturna, estaría espléndidamente pagado este insignificante trabajo. Materia e instrucciones contiene la revista; pero estamos dispuestos a dar las que se nos pidan.

Las luces que alumbran los palacios dan testimonio de la esplendidez del príncipe que allí mora. La luz que arde enfrente de las imágenes atestigua la devoción de los fieles y

reclama oraciones. La luz de gas que alumbra las ciudades populosas permite vigilarlas y dirige al transeúnte para que no tropiece y guarde sus pasos, y no se extravíe. La luz de los enfermos sirve para entibiarles los medicamentos, e invita y ayuda a la persona que les asiste a hacer sus funciones. La luz en todas partes afirma vida y movimiento, amor y solicitud.

La lámpara del sagrario significa todo esto, y significa mucho más, como que da testimonio de una vida oculta, pero laboriosa y activa, amorosa y solícita, y sobre todo que se consume, se inmola y se muere de amor: la vida eucarística de JESÚS.

Fomentar esta luz es, además, un acto de fe y un principio de caridad; y acompañarle con la meditación de súplica y acción de gracias, es más que todo eso, porque es repartir con el Dios de la Eucaristía su dulcísima ocupación de orar y dar gracias, pedir misericordia, y lo que es mejor, alcanzarlas por la eficacia que la oración tiene.

En fin, acompañar al Señor; tomar parte en su cuidados; adorarle cuando está solo; aplicar su pasión a las necesidades de la Iglesia y de los pecadores; pedir la tranquilidad pública, y el alivio de los males privados, y la conversión de los pecadores, y la perseverancia de los justos, y la confirmación de los débiles, y la mejora de los tibios, y la frecuencia de los Sacramentos, y la libertad de las almas del purgatorio, y la salvación de los enemigos, y la paciencia de los que sufren, y la humillación de los soberbios, y el triunfo de la Iglesia y la conversión del mundo, y la mejora del pobrecito pecador, y la luz para todos los que viajan por este valle de lágrimas...!tal es la gran tarea de los adoradores nocturnos de JESÚS Sacramentado, y la mejor ocupación de los fieles cristianos!

¿Quién sabe lo que puede producir al cristiano una hora al mes delante del Señor?

Una sola persona, alternando perenne en la noche enfrente del Sagrario, y otra que comulgue diariamente, pueden alejar de un pueblo entero los azotes de Dios, salvar muchas almas vivas, aliviar a los difuntos que penan temporalmente en el purgatorio, y cooperar, en fin, a la dulcísima ocupación de JESÚS en el tabernáculo.

¡Plegue a Dios que estos renglones lleven una centella de amor al corazón devoto de los fieles que los lean, y proporcione muchos adoradores nocturnos y muchos comulgantes agradecidos y fervorosos!

Y con este santo deseo cerramos la presente introducción.

Capítulo 8.

Luz, mirada de Dios⁹

I

Dios es luz, y habita una luz inaccesible, como dicen los libros santos. Sus resplandores son sus obras, imágenes participadas *ad extra* de su Verbo, palabra inefable que Dios se dice a sí mismo de toda eternidad.

Por todas partes que se abran las Escrituras se hallan símbolos o figuras, profecías o anuncios que en el Viejo Testamento representan una verdad, a saber: que la luz es imagen predilecta de Dios; que parece como el reflejo de su rostro; que las tres personas de la Trinidad beatísima se dejan significar en ella.

Brota de la omnipotencia divina la creación y en medio de *las tinieblas que se cernían sobre la faz del abismo*, según la frase del Génesis, y cuando *el espíritu era llevado sobre las aguas, habló el Señor y dijo: Sea luz, y la luz fue hecha*.

Nótese, porque es digno de atención, como apenas crió Dios el cielo y la tierra, inmenso teatro en que la divina omnipotencia debía exhibirse, aparece la luz, y las mismas

⁹ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 8, 1877, págs. 1-8.

tinieblas de que nos habló antes MOISÉS, son la ausencia, la negación de la luz que parece preexistía, pues las tinieblas son una voz relativa y presuponen el término que excluyen.

La misma voz hebrea que traduce la *Vulgata* expresa una conformación, no una creación respecto de esta bella criatura, y los adelantos de las ciencias, confirmando la frase genesiaca, descubriéronla oculta y mezclada en la materia, y sin el sol.

El cielo y la tierra esperaban la luz como una revelación, y las tinieblas se desvanecieron ante la bella criatura, que es como la primogénita de las obras de los seis días, como que apareció en la primera época, y puso el sello a las obras del primer día del mundo.

La luz, con sus diversas fases, sirve de medida al tiempo, y señaladamente a los seis primeros días o épocas de la creación, hasta llegar al séptimo día, en que el Señor reposó.

Así como la luz mide los días, los días miden los años, los años son la unidad del siglo, y los siglos marcan en el reloj de la eternidad la vida del mundo.

Los santos padres entienden la creación de la luz coetánea a la de los ángeles; y sin que se olvide que la luz no depende necesariamente del sol, en este hermoso astro puso aquélla su asiento, y allí erigió su tabernáculo el Verbo. ¡Admirable analogía entre el Verbo divino y la luz!

Las obras de Dios en el cuarto día, que son las dos grandes lámparas que fueron hechas para presidir al día y la noche; el firmamento que es como el techo que se nos ofrece a la vista, del que aquéllas están suspendidas; las estrellas que

brillan en el espacio para templar la oscuridad de la noche, y que hermocean la bóveda celeste para narrar la gloria de Dios; todas estas cosas, decimos, criadas el cuarto día, son obras luminosas.

Continuando nuestra mirada retrospectiva, la luz vuelve a representar su papel después del diluvio; luego que sale NOÉ del arca, símbolo hermoso de la Iglesia católica, quiere el Señor, como si dijésemos, restablecer su alianza con el hombre y se vale de la luz, que es su Verbo figurado, y extiende en el cielo el arco iris de la alianza, reverberación y descomposición en algún modo de la luz.

La zarza maravillosa que ardía sin consumirse; la columna de fuego que guiaba a los hebreos en el desierto; el rayo del Sinaí y las luces del tabernáculo que, según establece el *Levítico*, ardían en candeleros de oro de siete brazos; el fuego perpetuo del propiciatorio; el fuego milagroso de NEHEMÍAS; y en fin, la estrella de JACOB y la estrella de los magos: todos estos símbolos luminosos de la divina presencia atestiguan la verdad que hemos establecido al comienzo de este artículo; que la luz es la más amada figura de Dios y de su Verbo divino, rayo directo de la luz increada, y esplendor de su rostro.

Luz es, y luz inaccesible, ya lo hemos dicho, el Eterno Padre. Y luz de luz es el Verbo Hijo de Dios, como dice el credo. Luz es el Espíritu Santo, luz beatísima como pregona el himno, luz de los corazones, rayo de la luz eterna. Y luz, y luz de luces, y Padre de las luces, es el Dios eterno.

La luz es la mirada de Dios, dice un gran escritor, y nos parece como que en las tinieblas no ve el Señor, porque nos lo figuramos así, aplicándole nuestra necesidad de luz para ver.

¡Hermosa criatura la luz! Bendita seas, porque me recuerdas a CRISTO, Luz del mundo; y a sus Apóstoles, a quienes el Señor llamó también así; y sobre todo, al Verbo de Dios, *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, según dice *San Juan*, cap. I, vers. 9; y al Verbo hecho hombre, que *quien le sigue, no anda en tinieblas y tendrá la luz de la vida*, como se lee en *San Juan* cap. VIII, vers. 12.

Todo el simbolismo divino puede decirse que se halla en la luz. Comienza en Dios y termina en su Verbo, o más bien, comienza en el Verbo y concluye en el Verbo hecho hombre, y en el Verbo encarnado Dios y hombre en la Eucaristía, en donde se halla bajo las especies: la luz de la Iglesia militante, el crepúsculo del gran día de la eternidad gloriosa para la Iglesia purgante, y el terror de los precitos; porque la Eucaristía, como dice un gran escritor de nuestros días, es *el velo sacramental que oculta y contiene a JESÚS*.

Desde la eternidad que precedió al mundo, hasta la eternidad que sigue después de nuestra vida; en ese paréntesis que se llama el tiempo, la luz eterna, el Verbo, se presenta y se oculta a veces como si no existiese. Estas fases de oriente y ocaso sobre el horizonte sensible, o el nacimiento y la puesta del sol, sirven para dar a conocer más y hacer apreciar mejor los resplandores del sol durante su mansión en otros horizontes.

Del mismo modo la luz del Verbo semeja apagarse para la humanidad con el pecado del primer hombre; se presenta velada en la promesa hecha a ADÁN; se oculta a CAÍN y alumbra a ABEL; guía por entre sombras a los patriarcas hasta NOÉ; centellea en la vocación de ABRAHÁN; brilla en ISAAC y JACOB, JOSÉ y MOISÉS; sirve de faro a los videntes; se revela a

DAVID y a todos los profetas mayores, señaladamente a DANIEL, ISAÍAS, JEREMÍAS, ZACARÍAS y MALAQUÍAS, y se comunica a su madre santísima en la anunciación, manteniéndose en la penumbra del aula virginal.

Entre tanto, anuncia la proximidad de su venida la estrella de JACOB que guía a los magos hasta el pesebre de Belén, en donde apareció la humanidad del salvador realizando las profecías.

Luego ocurre como que se vuelve a eclipsar esta luz inefable en la vida secreta de JESÚS, para volver a brillar con todo su esplendor en la vida pública, y se hace adorar en la entrada triunfal de Jerusalén con los ramos y las palmas, para volver a desaparecer hasta la última cena; y se ostenta en la institución de la Eucaristía, para ocultarse a poco en el huerto de la oración, de la agonía y del sudor de sangre; y reverbera toda su lumbre en el pretorio y en la vía de la cruz, elevado en ella, para volver a ocultarse en el sepulcro. Aparécese después a los discípulos y a su madre en el período de la vida resucitada, y se vela este sol purísimo en la ascensión, para no volver a aparecer bajo aquella forma hasta los últimos días del mundo, cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Y, por último, hecho el juicio, se ocultará eternamente a los réprobos, y brillará para siempre ante los bienaventurados, que conocerán esta luz inefable tal como es, con sus sentidos transfigurados por la eternidad infinita.

Bienaventurado es ¡oh divino sol! el que te percibe por la fe saltando las montañas eternas. Dichoso es ¡oh Verbo eterno! el que te descubre con la mirada creyente, cual gigante *que viene a correr su vía desde lo más alto del cielo*, no te pierde de vista en tu carrera, sin escandalizarse por la cruz que es tu última meta, sigue aunque de lejos tus fases luminosas, y

no se esconde nunca de tu calor, tomando voces del salmo XVIII.

Pero hay todavía otra fase de esta luz que simboliza otro misterio bajo las nubes del sacramento eterno y entre las olas de incienso de la adoración. Y esta fase es la sagrada hostia que encubre a JESÚS bajo las especies y se descubre y revela al corazón que le recibe dignamente.

Para esto y para tener sus delicias con los hijos de los hombres, quiere hallarse allí sustancialmente y se disfrazó bajo aquellas humildes apariencias, entregándose al pie del altar. Viene para dar vista a nuestros ojos y encender el fuego santo de su amor en los corazones, y que lo ofrezcamos en sacrificio expiatorio a su eterno Padre por la salvación de mundo y la redención de sus hermanos en la carne.

Desde aquí, como el sol velado por blancas y resplandecientes nubes, envía rayos de su lumbre a los entendimientos y chispas de su divino fuego a los corazones contritos y humillados.

Y allí no tiene aspecto ni figura, realizando la profecía; pero conserva su fuego, aunque oculto, tan vivo como si estuviese de manifiesto a las miradas; y sin embargo no despide rayos, ni descubre al sacrílego que le recibe en pecado, ni al que profana o desprecia su presencia sacramental.

De esta real presencia sólo hay un símbolo, uno solo, que le atestigua al alma fiel, y que con ser inanimado parece que propaga el misterio de amor y de sacrificio que allí custodia, bajo la guarda de los ángeles y a despecho de la ingratitud de los hombres. Y este símbolo expresivo y modesto, humilde y magnífico, hermoso y pequeño, inanimado y vivo a

la vez, resplandeciente, aunque apenas disipa las sombras de la oscura noche, ni vence las tinieblas del templo, es una humilde luz que vive, arde y oscila en un lugar fijo, y que afecta pasajeros eclipses para reverberar mejor.

Este símbolo, este signo, que es material y casi tiene vida, es una lámpara que sostiene un vaso en donde arde una pequeña mariposa. Los rayos del Sinaí, el fuego de la zarza maravillosa y la columna de fuego, y otros anuncios parecidos de la Ley antigua, han venido a condensarse, ya lo hemos dicho otra vez, en esta lucecita pequeña y en sus tibios resplandores; que sin embargo deja ver por todas las aberturas o rejas del templo su pálida lumbre; y que parece advertir de la presencia real de JESÚS a los hombres encenegados en los negocios del mundo o en la satisfacción de sus pasiones.

II

A recordar estas consoladoras verdades viene el humilde escritor devoto que *oportuna e inoportunamente arguye, insta ruega, increpa, predica, catequiza y exhorta*, como dice SAN PABLO, y refiere y lleva a la publicidad el secreto de su oración, o lo que Dios le inspiró, para encender el fuego en los corazones.

La luz del sacramento y su nombre querido nos sirvió de enseña y de propaganda a la vez, y nos condujo como bandera en la campaña de siete años que llevamos de publicación. Todos los anuncios de la Ley antigua terminan y se condensan en JESÚS, hostia, rey y sol de las almas elegidas, y esperanza de las generaciones. Todas las luces encendidas en el templo de SALOMÓN y en el de ZOROBABEL, así como todos los símbolos y profecías del Viejo Testamento se perpetúan en

aquella exigua lámpara que con vacilante luz arde enfrente del tabernáculo en que reposa el cordero que fue sacrificado desde el principio del mundo. Con este lábaro de salud hemos atravesado siete años de vida pública, y con el mismo damos con el presente artículo comienzo al octavo año.

La Lámpara del Santuario alumbra y resplandece para dos ejércitos pacíficos, pero terribles para Satanás: el ejército de los que comulgan, que se eleva a millones de comuniones al año; y el ejército de los que leen, oran, adoran y subsidian a JESÚS Sacramentado. Los tiempos son borrascosos para estas obras de Dios, pero la barca del pescador de Galilea no puede zozobrar, y la navecilla de la Iglesia no se sumergirá. ¡Adelante, en nombre de Dios, valerosas pléyades de comulgantes! ¡Firmes, con la segura protección de lo alto, hombres que oráis y adoráis ante el sagrario, que mucho vale la oración asidua del justo!

No desfallezcáis, por amor de Dios sacramentado, pequeña hueste de suscriptores que suministráis a esta pobrecita *Lámpara* el óleo y óbolo de la caridad, y vosotros, pocos pero constantes abonados, pues está visto que Dios no quiere concedernos grandes aumentos y gran propaganda, pero tampoco quiere por lo visto que se apague esta humilde lucecita encendida y sostenida por temblorosas manos.

Demos gracias a Dios que nos mantuvo en la vida pública siete años ¡Pobres de nosotros, si mira a los méritos de los escritores! Pidámosle que la obra salve a los obreros, y que tenga misericordia de nosotros, ya que nos otorgó hacer por tan modesta manera un poquito de bien a las almas.

Capítulo 9.

Luz, esplendor del rostro de Dios¹⁰

I

Por novena vez damos principio a nuestra piadosa tarea con rendidas gracias a Dios Nuestro Señor y a nuestros abonados, por perseverar en ella, y por deber a la complacencia de los suscriptores los medios para publicar esta pequeña y pobre revista eucarística.

Al propio tiempo tenemos que agradecer al Señor que, al abrigo de esta publicación, se restauró el *Centro Eucarístico*, suspendido, por razones ajenas a nuestra voluntad, desde 1874, y que vuelve a funcionar dando vuelo a sus propósitos, todos encaminados al culto a la sagrada hostia.

También hemos de referir que la idea de propagar la comunión frecuente en España, si bien no alcanzó el progreso que sería de desear, sin embargo llegó a producir siete mil setecientos coros, que harían doscientas treinta y ocho mil setecientas comuniones al mes, y dos millones ochocientas sesenta y cuatro mil cuatrocientas al año, si todos cumpliesen y viviesen. Pero aun así, mucho hay que estimar la merced que el Señor nos hace de que contribuyan estas comuniones a

¹⁰ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 9, 1878, págs. 1-8.

desagraviarle de los ultrajes que recibe en la Sagrada Eucaristía, que es el objeto de esta asociación espiritual.

En cuanto a la sección de subsidios a sagrarios pobres, las obras de auxilio fueron suspendidas en 1974 y todavía no se volvieron a reanudar; pero lo serán en breve.

Gracias debemos dar a Dios por su gloria, reconociendo no sólo que somos siervos inútiles, sino que nos tenemos que acusar de muchas faltas en esta misma empresa piadosa.

Satisfechas estas dos deudas, que sólo reconociéndolas pueden satisfacerse, volveremos a la costumbre usada en el número de Enero, de escribir sobre el simbolismo a que se refiere el título de la Revista.

II

Esta costumbre, siempre observada, de hacer en el primer número del año un artículo-prospecto enlazado con el dulce objeto de nuestros afectos y respetos, va haciéndose difícil. Pero la ensayaremos nuevamente. ¡Lejos estábamos de creer, en verdad, al adoptar *La Lámpara del Santuario* por nombre del periódico, que bajo él se ocultaban tan profundos misterios! Y sin embargo, hemos probado el año anterior que no hay un símbolo que mejor se adapte al Verbo encarnado y a la idea de Dios que la luz, y sobre todo, la luz del fuego que arde en la lámpara del santuario.

Suspendida entre el cielo y la tierra la lámpara del santuario, sirviendo de sustentáculo a una luz que brilla en las tinieblas de la noche, se asemeja al Verbo divino, hipostáticamente unido a la humanidad de JESUCRISTO, que es

vaso de tierra o como candelero en que resplandece la luz indeficiente que, aunque oculta a los ojos humanos, se hace visible para los de la fe.

El Verbo divino se nos recomienda por la Iglesia como la verdadera luz que alumbró al mundo la sacratísima noche de navidad, para hacernos conocer misterios notables de amor, y para trazarnos el camino para llegar a gozar en el cielo la eterna beatitud, como se lee en la oración primera de la misa de nochebuena.

El *Oficio* de su octava tiene evidente analogía con el misterio eucarístico, y se halla además sembrado de alusiones y metáforas que toman a la luz por medio para significar el unigénito de Dios, que también es Dios: ya diciendo que *puso su tabernáculo en el sol* y que *su precepto es lúcido, iluminando los ojos*, como en el salmo XVIII; ya diciendo en las lecciones de ISAÍAS, que *el pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande* y que *para los habitantes de la región de la sombra de la muerte nació la luz*; ya manifestando que *al nacimiento del Salvador andarán los hombres a su luz*, y que *su trono es como el sol en la presencia divina*, como se lee en el salmo LXXXVIII.

Si pudiéramos recorrer paso a paso todo el *Oficio*, se hallarían otras muchas referencias o frases metafóricas en el propio sentido.

Mas nuestro propósito es diverso, y añadiremos todavía que es más atrevido, pues se dirige a estudiar el por qué, o sea la razón o el verdadero origen de que MOISÉS en el *Pentateuco*, DAVID en los *Salmos*, los profetas en sus escritos, y las obras de los evangelistas, por ejemplo, las *Cartas* de SAN JUAN, se hallen acordes con el evangelio en preferir para significar a

Dios el símbolo de la luz, investigando si sobre ello hay alguna razón potísima y clara.

Parece contestar SAN AGUSTÍN cuando dice que el *fiat lux* del Génesis es *fiat verbum*, ya que el Verbo divino, *lumbre de lumbre, lumen de lumine*, siendo Dios, es *luz inaccesible*, citando la *Epístola a los hebreos*, cap. I, vers. 3, donde se llama al Verbo *esplendor de la gloria del Eterno Padre y figura de sus sustancia...* Y añade lo siguiente: *La luz, pues, porque es espiritual, celestial, impasible, difundente de sí, representa óptimamente la generación del Eterno Padre.* Palabras de SAN AGUSTÍN, en su *Obra Imperfecta sobre el Génesis*, cap. V, según la cita de ALÁPIDE, en su comentario de las palabras *fiat lux* del Génesis. El santo aplica allí simbólicamente la frase *a la generación del Verbo, en cuyo concepto dijo el Padre, sea o hágase la luz*, para significar *sea el Verbo como luz de luz*.

SAN DIONISIO, al mismo propósito, en su obra *De Divino Nomine*, parte primera, cap. IV, cita treinta y cuatro propiedades de la luz y del fuego, maravillosamente congruentes con Dios y con las cosas divinas.

Dicho esto, queda admirablemente explicada la razón de que la luz sea el símbolo más frecuentemente usado en las Santas Escrituras, así en el antiguo como en el nuevo Testamento, para expresar o representar a Dios.

Este estudio nos llevaría muy lejos, si hubiésemos de seguir todo lo que sobre tan bella materia contiene el famoso comentarista de los Libros santos que dejamos citado, en las palabras del Génesis referentes a la creación de la luz, y en las del *Evangelio de San Juan*, consagradas a la generación del Verbo, y de CRISTO como persona divina.

Pero no podemos resistirnos a añadir que la *sustancia* de la luz se compara al Padre Eterno, su *esplendor*, al Verbo, y su *calor*, al Espíritu Santo, según los teólogos.

Hay, a no dudar, en esta bellísima criatura condiciones por todo extremo singulares, que la hacen la más excelente de las inanimadas, como que entre otras cualidades reúne la de afectar vida y movimiento, y la de comunicarse infinitamente sin detrimento de su sustancia, en términos que parece que late en ella y se reproduce a cada instante, como si estuviese obrando siempre, el *fiat* de la creación. Diríase que esa palabra se está pronunciando perpetuamente, o que su eco suena a toda vista, porque dadas ciertas disposiciones en la materia, se hace en ella la luz de improviso, o se propaga como si el cuerpo lumínico que la comunica escuchase y obedeciese la voz eterna del *Génesis*.

Los hebraístas dicen que en su fuente etimológica, la voz originaria no significa *fiat lux, hágase la luz*, sino *sea la luz*; como si estuviesen difundidos por toda la creación los glóbulos ígneos o partículas lumínicas, y apareciesen en forma de lumbre o ignición al mandato de la palabra divina; cuya idea está, en efecto, conforme con la opinión de muchos Santos Padres, que afirman que la materia toda fue creada el primer día, y que después, en los otros cinco días siguientes de la creación, solo se fueron formando los seres particulares de la materia creada en el principio.

Por otra parte, esa difusión en la materia que hace la luz, y el modo de producirse, nos ofrece una imagen de la gracia, que siempre nos espera; y la aparición de la luz viva semeja la gracia eficaz.

Además, se acomoda esta versión a atestiguarnos la presencia de Dios en todas partes, y que *en Él vivimos, nos movemos y somos*, cual dice SAN PABLO. Porque la luz, que es, según dice un sabio, *el esplendor del rostro de Dios*, nos baña por todos lados y forma como un océano de vida y de movimiento que nos asedia a medida que le quitamos los estorbos; y se ha menester esfuerzo para buscar durante el día las tinieblas, así como hacemos violencia a nuestra condición esencial sustrayéndonos a la gracia divina.

Da origen esta observación, sencilla y obvia, a una especie de beatitud terrenal para quien conserva la presencia divina y no se enajena a la suave atracción de su gracia; así como su olvido da por consecuencia una especie de expectación del juicio y atmósfera de disgusto que rodea al pecador que perdió la gracia.

¡Con que complacencia, Dios mío, se advierte el hombre sumergido en la atmósfera de luz que simula y representa el resplandor de tu divino rostro...! Semeja la dicha del que respira aire puro y oxigenado.

Pero volvamos a nuestro asunto, del que insensiblemente nos desviamos.

Advierte ALÁPIDE, comentando el versículo 7º del capítulo I del *Evangelio de San Juan*, que la luz debe distinguirse de la lumbre, como la causa del efecto, porque la luz del sol produce la lumbre en el aire, aunque en griego y en el verso citado la voz sea una misma que los intérpretes traducen unas veces luz y otras lumbre, añadiendo que en el citado verso el griego añade un artículo equivalente a *aquella luz*, esto es, espiritual, eximia, inmensa, divina por sí y de sí luciente, que por sí y esencialmente es luz y fuente de toda luz,

y como un sol divino, en cuya comparación el BAUTISTA sólo era la luna o el lucero de la mañana que precede al sol, como JUAN fue precursor de CRISTO, sol de justicia.

Concretándonos más a nuestro intento, resulta por todos lados más de una brillante razón de la preferencia absoluta que la criatura luz disfruta sin rival para representar o simbolizar a Dios.

La luminaria sagrada ofrece ocasión portentosa de ascender el hombre de escalón en escalón hasta la misma luz indeficiente que es el Verbo Divino, y la pequeña luz que arde en la lámpara sacramental simboliza y denota así mismo la presencia del Verbo bajo las especies eucarísticas en el secreto del sagrario. Es un testigo y una figura, una señal y una imagen que de grado en grado nos eleva hasta la eterna gloria, en donde como que se hospeda, reina, alumbrada y resplandece el Verbo en la humanidad de JESUCRISTO; como la pequeña lumbre en el vaso de barro de la naturaleza humana que está unida hipostáticamente, y que eternamente lo estará para la bienaventuranza de los ángeles y de los santos, y para mayor gloria de Dios, que así honra al cordero inmaculado que fue sacrificado, y a quien *debe ser dada toda gloria y honor por los siglos de los siglos*, según la frase apocalíptica.

He aquí como de uno en otro eslabón de esta admirable, simbólica y verdadera cadena de oro, por estas cosas pequeñas y visibles del mundo conocemos las invisibles, y llegamos a imaginar lo inimaginable, puesto que Dios nuestro Señor se dignó condescender en expresarse y, cómo diríamos, revelarse por signos.

¡Bendita seas mil veces, querida lucecita del templo!, que ardiendo y consumiendo tu vida delante del tabernáculo en

que el Señor se quedó por su infinita caridad, le tributas culto; le atestigüas el nuestro; nos sirves de aviso de su amorosa presencia; nos acusas de ingratitud por no acompañarle en aquella larga noche que el templo permanece cerrado; nos das testimonio de su incesante solicitud por nuestra salvación eterna, brindándonos su comunión espiritual y sacramental con todos los méritos de su pasión y muerte, y su vida en nosotros; y nos representas su vida eterna, su vida eucarística, y su hipóstasis divina... Tú, ¡oh querida lumbre! ardiendo en un vaso de tierra, nos explicas cómo brilla su divinidad en el vaso de barro de su humanidad sacrosanta.

¡Bendita mil veces seas oh lámpara del Santuario!, que nos ofreciste tu nombre para nuestro bautismo literario, y que de luz en luz, de símbolo en símbolo, propalas que nuestro fin periodístico es encender y mantener una vez cada mes esta luz pálida que avisa a nuestros lectores sobre la vida eterna y sustancial del Verbo encarnado, a quien consagramos nuestras humildes frases.

Capítulo 10.

Luz, estrella de Belén¹¹

I

Gracias a Dios, inauguramos con el presente artículo el décimo tomo de nuestra humilde revista, a pesar de las dificultades de todo género que hemos tenido que vencer.

La primera es nuestra ignorancia en materia tan importante; ignorancia que cada vez conocemos más, a medida que tratamos de vencerla. No ha sido pequeño óbice también la falta de cooperación literaria, ya que nos vienen suministrando los medios de otro género la devoción y la paciencia de los lectores, que apenas se concibe cómo sufren las incorrecciones e irregularidades de la publicación. Dámosles gracias por ello, y procuraremos enmendarlos en lo que podamos, para que no se agote su indulgencia, suplicando para ello sus oraciones, con el fin de mejorar el periódico que tan colmado de defectos sale a la luz, y que atestigua un atrevimiento que en parte disculpa la buena intención.

Cumplido este doble deber, seguiremos la costumbre de hablar del título de nuestra revista y de los misterios de la luz, que hemos probado en años anteriores que es el signo

¹¹ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 10, 1879, págs. 1-8.

predilecto de las Sagradas Escrituras para denotar la presencia divina en la creación.

II

La luz es la más noble de las cosas inanimadas. Se demuestra, porque apenas crió el Señor el cielo y la tierra, hizo aparecer con el primer *fiat* del *Génesis* la luz, y la bendijo en el primer día de la creación sacándola de las tinieblas en que estaban sumidos la tierra y el cielo.

Tan noble criatura significa, según dice SAN AGUSTÍN, la creación de los ángeles y aún la generación del Verbo, al menos como símbolo.

Y luz es, según SAN JUAN, el Verbo encarnado.

Y luz del mundo son los Apóstoles.

Y de Dios se dice que habita una luz inaccesible.

Y según el salmo XXXV, vers. 20, *en la luz veremos la luz* aún en la vida beatífica, pues según dice el profeta rey, *in lumine tuo videbimus lumen*.

La luz siempre, y después del fuego, han sido el agente, por decirlo así, de los sacrificios; haciendo, además, su oficio simbólico, ya en la zarza incombustible de MOISÉS, ya en la nube que servía de precursora en forma de columna a los hebreos en el desierto, ya en los sacrificios que se ofrecían al Señor, ya en otros signos de que está colmado el Antiguo Testamento, como los candeleros que tenían luz perenne, así en

el templo de SALOMÓN como en el segundo que santificó la presencia del Salvador del mundo.

Pero entre todos estos símbolos, queremos fijar la atención en la estrella de Jacob, cuerpo también luminoso que, anunciado mil quinientos años antes de su aparición por el profeta BALAAM, vino a aparecer en el oriente al nacer JESUCRISTO en Belén.

Puesto que en años anteriores se ocupó nuestra pobre revista de recoger estos signos de todo género, cúmplenos hoy profundizar el estudio de éste, recordando la profecía en la bella y sencilla narración que de ella hace el libro de los *Números*, para proceder luego a copiar la parte del Evangelio que se dedica a referir la aparición de la estrella y la vocación de los Magos.

El presagio de BALAAM se halla comprendido en el Antiguo Testamento con tal ingenuidad, que se brinda a la consideración del cristiano como una especie de comentario anticipado al evangelio, y como seguro y fiel anuncio de la prosperidad de la Iglesia, figurada por el pueblo elegido en el Antiguo Testamento.

Menciona el escritor sagrado cómo hallándose Israel en los campos de Moab, después de haber derrotado y casi exterminado a los amorreos, BALAC, hijo de SEPHON, rey de los moabitas, viendo lo que venía aconteciendo a los demás pueblos que ocupaban la tierra de Canaán, hizo llamar a BALAAM, adivino, que moraba cerca del Éufrates, enviándole presentes para que viniese a maldecir al pueblo de Dios, pues creía que si accedía a su ruego y los maldecía, serían malditos; y si, por el contrario, los bendecía, serían benditos. Resistiose BALAAM al llamamiento, advertido por el Señor en sueños, y

esto dio lugar a que instase BALAC con nuevos enviados y nuevas ofertas, resolviéndose al fin a ir el profeta con permiso de Dios: pero diciendo que sólo podría bendecir o maldecir según le inspirase el Señor.

Viajaba para cumplir su promesa BALAAM, después de haber aparejado su asna, y llegó a un paraje en que el animal no quiso pasar adelante, porque veía un ángel que estaba delante de ella con la espada desenvainada, e irritada y apremiada de golpes, se quejó a BALAAM, del mal trato y el ángel apareció a la vista de BALAAM, intimándole el precepto divino de que era perversa su vía, esto es, su intención; y al fin le encareció el precepto del Señor de profetizar lo que le inspirase, bajo cuya condición le dejó seguir su camino.

Relata al fin el inspirado escritor como BALAAM, luego que llegó, antes de todo, hizo elevar aquí y allá altares y sacrificar el frente de los reales de los hebreos muchas víctimas, viniendo al fin a pronunciar desde su altura la famosa profecía que en la parte que nos interesa dice así:

Qué hermosos son tus tabernáculos, Jacob, y tus tiendas, Israel: son como valles nemorosos; como huertos de riego cerca de los ríos; como los tabernáculos que hizo el Señor; como cedros cerca de las aguas. Correrá el agua de su manantial, y su semilla estará en muchas aguas. El Señor le sacó de la tierra de Egipto, y su fortaleza será como la del rinoceronte. Devorarán las naciones a sus enemigos, quebrantarán sus huesos y los atravesarán con saetas. Recogiéndose, dormirá como un león, y como una leona, nadie se atreverá a despertarlo. Quien te bendijere será bendito, y quien te maldijere, maldito.

Abarcando luego con mirada profética el porvenir, y penetrándolo quince siglos antes, continúa BALAAM:

Lo veré, pero no ahora; lo miraré, pero no cerca. Nacerá una estrella de JACOB, se elevará una vara de Israel, y herirá los caudillos de Moab, y devastará todos los hijos de Seth...De JACOB saldrá el que ha de dominar y arruinará hasta las reliquias de la ciudad.

Este magnífico vaticinio, cuya primera parte parece predecir los triunfos de la Iglesia, anuncia en la segunda la venida de JESUCRISTO y la aparición de una estrella que la tradición conservó en Oriente con el nombre de Jacob, y que vino a aparecer al nacimiento de JESUCRISTO. No queremos detenernos en las palabras señaladas, para demostrar con brevedad cómo esta profecía y la estrella tipo dio el antitipo¹² de JESÚS.

Mil quinientos años después se lee en SAN MATEO, capítulo II de su *Evangelio*, que la Santa Iglesia nos recuerda en la epifanía y su octava, cómo habiendo nacido el Señor en Belén de Judá en tiempo del rey HERODES, los magos vinieron de oriente a Jerusalén, preguntando dónde había nacido el rey de los judíos, pues habían visto su estrella en Oriente, y venían con dones a adorarle. Esta pregunta y sus circunstancias turbó a HERODES y a todo Jerusalén, y preguntó el rey a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo dónde había de nacer el CRISTO; éstos le respondieron que en Belén, pues así lo había anunciado el profeta, diciendo: *No serás tú, Belén, la mínima de las ciudades o principados de Judá, pues de ti nacerá el*

¹² Don Luis la utiliza como término teológico en el sentido de realidad del Nuevo Testamento que se corresponde con el tipo del Antiguo. La estrella de Jacob –tipo- profetizada por Balaam se cumple en la estrella que guió a los Magos hasta el Niño JESÚS, único antitipo de aquella (nota del editor).

caudillo que regirá el pueblo de Israel. Entonces HERODES, llamando a escondidas a los magos, les interrogó cuidadosamente el tiempo y las condiciones de la aparición de la estrella, y los despidió anunciándoles que fueran a Belén y volviesen a Jerusalén, pues que él quería también ir a adorarle. Luego que salieron los magos se les volvió a aparecer la estrella, que los guió hasta llevarles al establo donde se hallaba el niño, que encontraron con sus padres, y a quien adoraron, ofreciéndole sus presentes de oro, incienso y mirra; y avisados por un ángel en sueños, para que no volviesen por la misma vía, regresaron por otra a su región o país.

Bella y sencilla es la narración, y se presta a profundas y oportunas consideraciones; pero no es éste nuestro objeto.

Ciñéndonos a la *estrella de Jacob*, que guió a los magos, no puede menos de convencerse el fiel cristiano de cuán literalmente se cumplió el anuncio de BALAAM, y así coincidió la aparición de este astro maravilloso con la venida del mesías, comprobando otra vez lo que decíamos: que el Señor es luz, y por la luz ha querido simbolizarse también en esta ocasión.

Pero penetrando más en la economía de este luminoso anuncio, y sobre todo en la circunstancia de haberse venido a colocar la estrella prodigiosa sobre el paraje en que estaba el divino niño, podemos preguntarnos: ¿Quién no advierte la afinidad de este signo con la lámpara sacramental que arde como lucerna en oscuro lugar, enfrente del tabernáculo en que nace místicamente JESÚS, y en que hace el Señor su perpetua morada eucarística? ¿Quién puede olvidar que la estrella, fija sobre el portal de Belén mientras la adoración de los magos, significa la pobre y tibia lumbrera que centellea en el templo en

que hay sagrario habitado, para llamar a los fieles a la oración y adoración ante este trono de gracia del rey pacífico?

La luz siempre es figura de Dios, y señaladamente del Verbo, según SAN JUAN en el principio de su *Evangelio*, y aún más del Verbo encarnado, según el mismo apóstol. Alegóricamente, la estrella espléndida y matutina es CRISTO, según el *Apocalipsis*, cual nota SAN AMBROSIO comentando el *Evangelio* de SAN LUCAS. Y la misma suerte cabe a la lámpara que arde calladamente en el santuario para atestiguar la presencia real de JESÚS en la santa hostia, y para indicar a los fieles aquel místico establo que, como en Belén, atesora al Rey de los siglos bajo los velos del augusto sacramento.

La luz es vida y afecto, movimiento espontáneo y propagador, consumiendo oxígeno como los seres organizados, que es el mismo gas que se ha menester para sostener la vida orgánica. La luz señala y alumbra, llamando la atención en el lugar santo a aquella otra vida que allí se inmola perpetuamente por la salud del mundo, y en la noche acusa su reflejo la incuria y tibieza del hombre de mundo, que ve impasible por las ventanas y rejas del templo el reflejo de la luz de la lámpara que acompaña al Señor, a falta de los fieles, que no le hacen guardia y le dejan en la soledad de la noche.

Aquella lumbrera pobre y sola, que tal vez se extingue enfrente del sagrario, es una apelación que se hace al católico para inclinarle a acompañar a su Dios escondido en la custodia. Pero el hombre no escucha ni atiende al llamamiento, y se muestra indiferente a la vocación de JESÚS, que le espera noche y día para atender benignamente sus súplicas.

La estrella de JACOB fue, en primer término, sólo para los magos, y por medio de ellos para los doctores de la ley y

habitantes de Jerusalén; y después, para el mundo cristiano. ¡Quiera Dios que *La Lámpara* convoque también a los elegidos, así como aquel astro a los magos, para que se presten a adorar a JESÚS, que yace allí solo toda la noche; y que, viendo y gustando cuán suave es el Señor, atraigan los llamados a otros adoradores a los pies del altar, y contribuyan así aquéllos y éstos a obsequiar al Rey pacífico de nuestros corazones, a recibirle humildemente, y a agradecerlo después con fervor y humildad!

A esto hemos venido a la publicidad nosotros, pobres escritores, que también mantenemos con temblorosa mano ésta lámpara metafórica del santuario, que despidе tibia luz, para contribuir al culto del Señor Sacramentado, y para publicar su amor inefable al hombre y sus delicias de hablar con él, morando en su pecho y viviendo con Él perennemente.

Ya lo hemos dicho. De *La Lámpara* periódico, a la lámpara sacramental, y de ésta a la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y que por amor se oculta en el tabernáculo, hay analogías y afinidades que deseamos recordar usando el título que sirve de piadosa enseña. Quiera Dios bendecir nuestra empresa, que no tiene otro objeto que la propaganda eucarística. Y ayúdennos nuestros lectores a impetrar del Señor, a quien consagramos nuestros desvelos, el perdón de nuestras culpas cometidas y de las faltas que en esta misma tarea padecemos, faltas que nos hacen indignos de esta dulce vocación.

Capítulo 11.

Luz, irradiación del Verbo¹³

I

La materia siempre tratada en el artículo inaugural de año parece que ya no ofrece novedad, después de que tantas veces fue objeto de nuestra consideración, si no fuera inagotable por el objeto y por los tesoros de amor y doctrina que ofrecen los sabios intérpretes de los libros santos, acerca de esto.

La luz es una imagen de Dios, y la lámpara sacramental atestigua la presencia real de JESÚS en el tabernáculo; y si la hemos tomado por enseña de nuestras investigaciones, es porque siguiendo la huella de los santos padres, y estudiando la Biblia, podemos llegar a inferir que, así como aquella luce en un vaso de barro, y se agita entre las tinieblas de la noche, y se consume adorando al Señor y rindiéndole culto, así el hombre lleva, en cierta manera, su alma en el vaso de tierra de su cuerpo, y debe consagrar al rey pacífico del tabernáculo todas las aspiraciones de su espíritu para adorar al Señor, ardiendo en deseos de poseerle en su pecho y enviándole en el espacio de su corta vida fervorosos afectos, por tal de corresponder de algún modo a su inefable caridad.

¹³ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 11, 1880, págs. 11-20.

En los primeros tiempos del mundo, así como en los de la ley escrita, y luego en los de la ley de la gracia, el Señor se dignó valerse de la luz como símbolo de su presencia, ora invisible, como en la zarza maravillosa y en la Eucaristía, ora visible, como en la vida humana, porque el Señor habita una luz inaccesible, y JESÚS es la *lumbre para la revelación de las naciones y para la gloria de su pueblo Israel*, como dijo el profeta SIMEÓN en su inspirado canto; y así, el Verbo divino es el resplandor o *esplendor de su Eterno Padre, y la lumbre en que veremos su luz en la vida beatífica*, como nos promete el salmo XXXV.

Puesto que no sabemos hablar de la hermosura infinita de Dios, séanos lícito decir con los padres de la Iglesia, a cuyo estudio nos lleva ALÁPIDE en sus sabios comentarios, la hermosura de los misterios y de los símbolos que contiene la luz, criatura predilecta de Dios y en cierto modo viva, que el Señor escogió para ser su imagen y su figura sobre-excelente, con el fin de desagrarle de tantos ultrajes como sufre en su perenne vida sacramental.

Manifestado una vez más el propósito, sólo nos resta fijar la atención del lector en el punto concreto a que deseamos en el actual año y en el presente artículo hacer converger su mirada y excitar su consideración devota, para desempeñar después nuestro intento, tan pobremente como nos sea dado, con auxilio de los maestros de la interpretación que nos sirven frecuentemente de guía y de apoyo para marchar con seguridad en nuestro camino, como hemos venido haciendo.

En verdad que quien lea el sabio comentario a los primeros versos del *Génesis* de nuestro maestro preferido, ALÁPIDE, no podrá menos de maravillarse de los arcanos que

encierra y significa la luz producida en el primer día del mundo, como figura del Verbo, que es la luz indeficiente.

La luz, que según SAN AGUSTÍN simboliza a los espíritus puros que forman angélicos coros.

La luz, ya sea mirada como cualidad sin objeto, cual creen SAN BASILIO, THEODORETO y SAN GREGORIO NACIANCENO; ya sea mirada como un cuerpo lúcido criado por Dios en aquel tiempo para alumbrar el mundo, según dicen BEDA, SANTO TOMÁS, el ABULENSE y otros.

La luz, formada, no creada, como piensa ALÁPIDE, salida de las tinieblas a la voz de Dios como una cualidad nobilísima, alegrísima, comodísima, eficazísima y potentísima, sin la cual todas las cosas criadas aparecerían invisibles, como se lee en el mismo intérprete, puesto que, según ESDRAS, produjo Dios una lumbre en la que aparecieron todas sus obras.

La luz, criatura bellísima que, según SAN BASILIO en su *Hexamerón*, así como la busca primero el arquitecto para saber por dónde la ha de traer al edificio que proyecta, así el Señor, supremo artífice, para dar perspicuidad a su obra y poner de manifiesto su belleza, hizo la luz que alumbró nuestros ojos, para ver y descubrir la creación.

La luz, decimos, que tropológicamente compara el Apóstol a la gracia que luce en nuestros corazones terrenales, así como aquélla resplandeció en las tinieblas.

La luz, que es simbólicamente signo de la sabiduría, como dice SAN AGUSTÍN, y de la creación angélica, según el mismo santo y BEDA EL VENERABLE.

La luz, esplendor de la gloria de Dios y figura de la sustancia, esto es, el Verbo, que es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, según el *Evangelio* de SAN JUAN.

La luz, irradiación del rostro de Dios, pues el Salmista la llama *lumen vultus tui, Domine*, en el salmo IV, versículo 7.

La luz, figura de los sacerdotes y de los apóstoles, que son luz del mundo.

La luz, anagógicamente, contemplativamente considerada, *lumen* de gloria y claridad de la visión beatífica, como interpreta nuestro sabio amigo ALÁPIDE el versículo 20 del salmo XXXV, que dice: *in lumine tuo videbimus lumen*.

La luz, en fin, rayo simbólico de una claridad inaccesible, cuando por aquélla se significa un destello de la gracia que baña el alma de divinos resplandores.

¡Oh bellísima criatura, que flotas entre la materia y el espíritu! ¡Bendita seas, y bendito y alabado sea nuestro Dios, que te crió para ser, como dice nuestro guía, viva imagen de Dios!

Haríase un bellísimo poema si se reunieran metódica y ordenadamente todas las cosas, todos los símbolos, todos los misterios, todos los tropos y figuras a que la *luz* sirve de ejemplo y modo de expresión con respecto a Dios, y las cualidades de la *lumbre*, que la hace eximia y sobre-excelente, así en la región mística como en el orden natural... O en el hombre, a quien sirve esta criatura como instrumento de visión o como medio de percepción e inteligencia del mundo exterior, como atmósfera de este planeta o instrumento de la vida de

relación y vehículo del pensamiento comunicado, o de la sensación transmitida. Y lo propio acontece en los animales, aunque en menor escala, pero bajo el mismo concepto; y aún en el reino vegetal, que la luz es como un agente de la electricidad que necesitan las plantas para su vida.

Limitándonos a la región ascética o devota, ¿cuánto no contribuye la luz al culto divino? ¡Qué secretas y profundas analogías no encierra la luz con la vida del espíritu y con los más recónditos secretos de la teología dogmática!

Pero hay en la luz, después de todo, unas condiciones peculiares, que ningún otro objeto reúne, y que la elevan en el simbolismo cristiano. Aludimos a la facilidad de *difundirse sin agotarse*, lo cual produce una especie de infinidad y de solidaridad o identidad de los objetos lúcidos entre sí, bajo el aspecto lumínico e ígneo, pues no hay luz sin fuego, ni fuego sin luz, y entre las luces parece que existe también una fraternidad esencial, una mancomunidad de vida que se corresponde y deriva del propio origen. La segunda circunstancia aludida es que la luz hija es a su vez tan indefinida y procreadora de luces iguales con las propias cualidades como la luz madre; condición que solo la idea y la luz reúnen como irradiaciones de algún modo del Verbo, de quien proceden como de una fuente inagotable.

Nótase, por otra parte, que desde los primeros versos del *Génesis* hasta los últimos del *Apocalipsis*, la luz viene actuando en las Santas Escrituras como criatura o como expresión, como signo o como medio, como símbolo o como anuncio de la vida eterna de Dios y del advenimiento del Hijo santísimo de Dios. En el versículo tercero del primer capítulo del *Génesis*, la primera palabra en boca de Dios es para hacer la luz: *fiat lux!* Y en el versículo décimo sexto, cap. XXII, que

es el último del *Apocalipsis* de San Juan, y este capítulo no tiene más que veintiún versículos, se lee en boca se JESÚS: *Yo soy la estrella espléndida y matutina*; lo que interpreta ALÁPIDE añadiendo: *de la vida eterna*. Lo que así se demuestra es que la luz se presenta ya en los primeros renglones del *Génesis* y brilla aún en los últimos del *Apocalipsis*. Entre uno y otro pasaje, ¿cuántas veces desempeña la luz un papel simbólico en las escrituras? Es imposible decirlo, pero son muchas. Y en el evangelio, ¿cuántas veces se la cita en los símiles o parábolas que salieron de la augusta boca del Salvador? Tampoco es fácil puntualizarlo.

La zarza incombustible de MOISÉS; la espada de fuego del ángel exterminador de los egipcios; la columna ígnea que a los israelitas guiaba de noche en el desierto; los relámpagos del Sinaí; la luz del tabernáculo mosaico; el fuego sagrado del templo de SALOMÓN y los candeleros de oro que sostenían luces perennes en el propiciatorio del mismo; el fuego del cielo que bajaba a veces a consumir las víctimas sacrificadas a Dios; y el fuego de NEHEMÍAS; y la estrella luminosa de Jacob profetizada por BALAÁN en los vaticinios, estrella de los Reyes Magos después. En esas y en otras muchas ocasiones resplandece siempre la asimilación de la luz a JESUCRISTO, y todas estas figuras vienen a comprobar nuestra primera afirmación.

Pero penetrando en el sentido místico de la luminaria sagrada, y en las analogías que nuestra santa madre la Iglesia busca en el Antiguo Testamento para hacerlas resaltar en la liturgia, se observa, entre otros casos, que con una luz en la mano recibe aquélla al neófito que se bautiza, y con una vela encendida en la mano le despide para la eternidad. Al comenzar el año litúrgico, la Iglesia bendice el fuego sacado de la piedra, saca la luz, la lleva procesionalmente al altar, como

en triunfo, cantando *Lumen Christi*, y antes, el viernes santo, se terminan los maitines y laudes apagando las luces, y con tinieblas.

Y viniendo a nuestro intento, si como dijo el poeta latino, es lícito para pequeñas cosas citar ejemplos grandes, así como la rúbrica ordena que la presencia real del Señor tenga perpetuamente por señal una lámpara encendida, así mantenemos esta pequeña lumbrera literaria para reunir en su torno a los adoradores y devotos del Santísimo Sacramento, e invitarles a la adoración perpetua del Señor, día y noche, cerca del altar.

Con este propósito, y para terminar el presente artículo, nos servirá de asunto el pasaje del *Éxodo* que prescribe las condiciones y modos de fabricar y sostener el tabernáculo en que se custodiaba el arca de la alianza, el candelero de oro puro que el Señor mandó construir para que hubiese luz durante la noche en aquel lugar sagrado.

El versículo 31 del capítulo XXV dice así: *Harás un candelabro dúctil, de oro purísimo. Sus ramos, esférulas, scyfos y glóbulos serán de la misma procedencia. Seis ramos o brazos saldrán de los dos lados, tres del uno y tres del otro.* Después de aplicar en los cinco versos siguientes los menores detalles de adorno y de significación mística que debía contener el candelabro, cuyos accidentes habían de salir por obra del martillo del mismo cuerpo o masa, sin solución de continuidad, el versículo 37 dice así: *Harás siete lucernas, y las pondrás sobre el candelero para que luzcan de frente.* Después continúa con la idea de que los parajes del candelero en que deben extinguirse las luces o caer sus despojos, sean también de oro purísimo; y de que el peso del candelero, con todos sus vasos, había de ser de un *talento* de oro purísimo. Y

termina con el encargo de que mire y haga todo conforme al ejemplar que le mostró en el monte.

En el cap. XXVII, versículos 20 y siguientes, se lee: *Ordena a los hijos de Israel que te ofrezcan aceite purísimo de los árboles de las olivas, obtenido con mazo, para que arda la lumbrera siempre en el tabernáculo del testimonio, fuera del velo que hay delante del testimonio. Y lo colocarán allí AARÓN y sus hijos, para que hasta la mañana luzca delante del Señor. Y su culto será perpetuo por las sucesiones de ellos entre los hijos de Israel.*

Todo esto es una figura de la lámpara del sagrario en la Iglesia Católica, y el candelero de oro purísimo representa alegóricamente a JESUCRISTO, según opina ALÁPIDE en su sabio comentario. Pero llaman particularmente la atención las frases que dejamos señaladas, porque conducen a establecer dos cosas muy dignas de respeto y veneración. Es la primera la presencia del Señor, como se deja ver a la letra en la *Vulgata* por las palabras *coram Domino*, esto es, delante del Señor en el tabernáculo, presencia especial y no explicada su manera de ser en el texto bíblico. Y la luz es la segunda cosa digna de profundizarse, ya por su relación con la presencia del Señor, ya porque quería Dios que fuese *perpetua*, si se atiende al capítulo XXV, que dice: *arda la lumbrera siempre*, aunque en el capítulo XXVII se supone que arderá sólo por la noche, pues se lee: *para que hasta la mañana luzca delante del Señor.*

Acerca de su presencia en el tabernáculo de los israelitas atestiguan otros pasajes del Antiguo Testamento que el *sancta sanctorum* de los hebreos debía mantenerse siempre oscuro: figurando y anunciando esto la presencia invisible del Señor, primero en el tabernáculo, y después en el templo de SALOMÓN, y en el de ZOROBABEL, lo que figura también la

presencia real que había de otorgarnos su divina majestad en la ley de gracia.

Recordando todas estas alegóricas figuras y los minuciosos pormenores que en cuanto a la fabricación del candelero de oro dio Jehová a MOISÉS, y éste reprodujo en el libro del *Éxodo*; tomando en cuenta la mente de estos preceptos ceremoniales que sirvieron de velo a tantos misterios descifrados en la ley de gracia por los santos padres, y aún que algunos permanecen como ocultos para el espíritu contemplativo; no perdiendo de vista, por último, que todavía después se refiere el oráculo divino a un misterioso ejemplar que de todo ello dio a Moisés en el monte Sinaí; puede colegirse que no se trata solamente de figuras lejanas, sino próximas a lo figurado por un género de asimilación que acaso no se descubre en todo su alcance.

De todas suertes, cuando el símbolo o credo de Constantinopla apellida al divino Verbo *Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre*, las frases alusivas, entremezcladas en la frase con lo más recóndito de la vida íntima de Dios y con la generación de la segunda persona de la Santísima Trinidad, denotan una preciosa afinidad metafórica entre la luz y el Padre de las luces, en el que, como dice el Apóstol, *no hay mudanza ni sombra de vicisitud*.

En el *Apocalipsis*, prefigurando lo que acontece en la vida beatífica, el Verbo figura como un sol perenne que alumbraba e ilumina la celestial Jerusalén. En aquella lumbre, dice el salmo XXXV, *veremos la luz verdadera*, esto es, al mismo Dios, y *gozaremos de su presencia eternamente*.

II

Al retorno de todas estas excursiones mentales e imaginativas nos hallamos con la pobre y vacilante luz que arde ante el santuario, y con esta más exigua y más pobre y temblorosa lumbrera intelectual que encendió una mano indigna, y que la divina misericordia permite que comience su undécimo año de vida, para mayor humillación del autor y para contribuir modestamente a la edificación, y cooperar al mayor culto de la sagrada Eucaristía al través de los campos de la Iglesia militante, como invisible y diminuta luciérnaga que sirve de señuelo a los adoradores del Dios grande, que se quiso asimilar a sus hermanos para hacerse misericordioso.

Ayúdennos nuestros lectores a alcanzar de la bondad infinita nuevos favores y mayores gracias, para perseverar en esta humilde empresa. Y sobre todo, para que la obra arrastre al obrero, haciéndolo menos indigno de tanta merced.

Ayúdennos nuestros lectores también, en cuanto puedan, a ensanchar el círculo de nuestra propaganda, para que todo ello ceda en honor y gloria, adoración y aumento del culto de nuestro amantísimo JESÚS, que prometió permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos, y que cumple su promesa.

Capítulo 12

Luz que vence a las tinieblas¹⁴

I

Doce años se cumplirán a finales del presente desde que hemos inaugurado nuestras tareas, invocando el auxilio divino para ello, y rogando a Dios que si la obra servía de algo, se pudiese costear. No tenemos queja por esta parte, pues aunque de poco acá viene en déficit la administración de la revista, medianamente llevada por ser gratuita su redacción, la pequeña propaganda que hace vale la pena del corto reembolso que ocasiona.

Pero bajo otro concepto, ¡cuántas faltas, cuántos defectos, cuántas incorrecciones tenemos que imputarnos! ¡Qué lejos está el periódico de corresponder a su objeto! Lo reconocemos humildemente, y de ello pedimos perdón a Dios y a nuestros lectores. Y aun así, acaso haga un poco de bien, y fomente y extienda algo la devoción al adorable sacramento del altar. Con una sola alma que enfervorizase, ya no sería enteramente inútil, y muchas gracias debemos al Señor, que nos permitió llevar esta tosca piedrezuela al edificio monumental que diez y nueve siglos de fe cristiana han levantado al sacrosanto huésped del tabernáculo.

¹⁴ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 12, 1881, págs. 1-7.

Gloria a Dios que por medio tan deficiente quiere ser alabado en estilo tan poco digno de este excelso asunto, que en sus misteriosas profundidades ensalzan los querubines y adoran los serafines. El símbolo fue excogitado por el Cardenal WISEMAN, que escribió una novela bajo ese nombre. Sus analogías con el Verbo divino, que reside bajo las especies consagradas, unido hipostáticamente a la humanidad de JESÚS, hijo en cuanto hombre de la Santísima Virgen María, madre de Dios, han sido objeto de examen en once ocasiones iguales a la presente, transmitiendo a los que nos leen cuanto se nos ocurrió al propósito.

Y sin embargo, la materia es a un tiempo mismo nueva y antigua, de suerte que serían precisos muchos volúmenes para explicarla. Como giramos en torno a la luz increada e indeficiente, si no faltase la ciencia y la meditación se podría reproducir o hallar siempre una fase nueva de tan bella existencia, o una flor de exquisito aroma de las que atesora la sacratísima Eucaristía.

II

Para el creyente, *CRISTO es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y la lámpara del santuario es como la antorcha que resplandece en las tinieblas*, según la frase de SAN PEDRO en su *Carta II*, capítulo I, versículo 19, *hasta que el día esclarezca y el lucero nazca en nuestros corazones*.

La locución del príncipe de los apóstoles fue aplicada allí a los anuncios de los profetas que, en medio de la noche de la gentilidad y entre las sombras de la ley escrita, afirmaban la

venida del mesías, manteniendo la fe en su advenimiento reparador, hasta que en la plenitud de los tiempos viniese el lucero de la mañana, que era CRISTO, cuya presencia y doctrina debía encender en los que le esperaban el fuego del amor divino. Mientras que aquí la débil lumbre de la lámpara que arde enfrente del tabernáculo pregona la presencia real de JESÚS bajo las especies sacramentales, hasta que por la adoración del espíritu y la comunión llegue a brotar en el que le adora, y singularmente en quien le recibe debidamente, la centella del amor de Dios que se conserva en el corazón del hombre para utilizar la vida que Dios le ofrece, vida que es el fruto de la recepción del Señor en la mesa eucarística.

A su vez, aunque por una lejana metáfora, la humilde revista que lleva aquel título, rehace y fomenta por la memoria de la luz que le da nombre y por la meditación que suscita su lectura, las mercedes espirituales que viene a traernos el Señor, si es bien recibido en el banquete celestial. Conviene por tanto a nuestro intento estudiar la alegórica frase de SAN PEDRO, buscando en el comentador bíblico que cultivamos más frecuentemente lo que puede conducir al objeto, conforme a nuestra costumbre.

ALÁPIDE dice primero que las llamadas profecías, o sermón o palabra profética, son más firme base para probar la divinidad de CRISTO que la misma transfiguración del Señor en el monte Tabor; y a seguida compara los profetas de la ley antigua con una antorcha o lucerna que arde en lugar tenebroso. La profecía y toda la Escritura, dice ALÁPIDE en este lugar, es como la antorcha que luce en la noche de este siglo y en las tinieblas de esta vida iluminándolas, pero moderada y oscuramente, a la manera de la luz artificial, para que nos muestre a CRISTO como el sol de justicia, y nos conduzca a Él.

Porque, según dice SAN AGUSTÍN en el *Tratado 23 acerca de San Juan*, y en el *Sermón de las Témperas*, número 237, *toda profecía es una gran antorcha respecto a CRISTO. En comparación con los infieles andamos en el día, añade; pero en comparación de aquel día en que los muertos resuciten, aún estamos de noche.* Esto mismo es lo que dice SALOMÓN en los *Proverbios*, capítulo VI, verso 23: *El mandamiento es antorcha, y la ley, luz.* Y DAVID en el salmo 118, versículo 4º: *Tu palabra es lumbrera para mis pies y luz para mis sendas;* y en el versículo 130: *La declaración de tus discursos ilumina y da inteligencia a tus pequeñuelos.*

Malamente, continúa ALÁPIDE, sostienen los herejes, fundándose en la voz lucerna. que las Santas Escrituras son fáciles y claras, de suerte que cualquiera las pueda entender y explicar. Porque, en primer lugar, la lucerna o lumbrera significa la luz nocturna y por tanto oscura. En segundo lugar, porque SAN PEDRO llama lucerna a la profecía, que consta ser oscura. En tercer lugar, habla de lumbrera en lugar tenebroso, luego es luz reflejada, obtusa y tenebrosa que solamente alumbra lo más próximo, y esto de forma muy incompleta y entreoscura. Y en cuarto lugar, porque la Santa Escritura es lucerna si brota del candelero de la pública e infalible autoridad de la Iglesia, y no por medio del hombre privado, como dice SAN AMBROSIO, al manifestar que no luce si su luz no se descubre por los doctores de la Iglesia para ser mostrada a los fieles; pues los apóstoles y doctores son los que encienden la lumbrera, y los que la colocan sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa.

Basta lo dicho para nuestro propósito, porque viene a confirmar la alegoría que usamos. Porque así como las profecías del Antiguo Testamento alumbraban y expresaban de un modo semioscuro y en penumbra el advenimiento de

CRISTO, así la lámpara, que arde en frente del tabernáculo en que se custodia el Santísimo Sacramento, señala y simboliza al fiel cristiano la presencia real del Señor en el sagrario bajo el velo misterioso de la especie, significando con sus resplandores, el Verbo Divino, luz indeficiente, *luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, y por quien todo ha sido hecho*, como dice el *Credo* que se recita en la Santa Misa.

Y así tomando un símbolo de otro, la pobre *Lámpara del Santuario*, no obstante su insignificancia, es una pálida lumbre atizada y encendida por mano indigna y pecadora, que llama la atención del lector hacia el otro signo, para que advierta la presencia sacramental de CRISTO entre los hombres, hospedado en nuestros templos, y siempre vivo para interceder por nosotros al Padre, impetrándonos el auxilio divino, y haciendo valer en nuestro favor sus méritos infinitos para expiar nuestras culpas.

III

Muchas veces lo hemos escrito en once años de no interrumpido aunque humilde trabajo, y lo repetiremos en esta ocasión solemne, con mayor sinceridad si cabe. Es imposible que nadie comprenda toda la confusión que nos produce nuestra vocación, comparada con nuestra indignidad y con nuestra indigencia espiritual y científica, siempre más evidente para el que la conoce de cerca. *¡Cuántas veces hemos deseado ser reemplazados!* ¡Cuántas nos congratularíamos de ver que pluma más bien cortada tratase este asunto! No sería, lo confesamos llanamente, sin alguna pena; pero ¡con qué ventaja para el objeto!

Nada más sobre esto, por temor a que parezca afectación, pues nadie nos obligó a emprender tan dulce tarea. Pero, al fijar la consideración en ello, *no podemos menos* que asombrarnos de tamaña osadía, y *que sentir tristeza por nuestro aislamiento en esta campaña de amor eucarístico*. Después de todo, aunque tal vez nos debiese arredrar el pequeño eco de nuestra voz, hay en el fondo del alma una tan grande alegría de emplearnos en este asunto que, *siguiendo consejos recibidos que son una ley para la conciencia, no pensamos dejar el propósito*.

Nos semejamos a un pequeño y mal vestido acólito, que, sin la reverencia debida, atiza la lámpara en la iglesia rural, pero mantiene, con su pequeña actitud, viva la lumbre que resplandece en la noche oscura ante el altar sacrosanto. Procuremos que no se muera, que no se apague. Y a ello, y a conseguir nuestra mejora espiritual, ayúdenos los fervorosos suscriptores con sus oraciones y en sus comuniones con una memoria de esta pequeña obra.

Por lo demás, *durante la corta vida que nos resta en el orden natural de las cosas, nos prometemos no cesar en la empresa, mientras nuestros medios lo permitan*, y ofrecemos a Dios Nuestro Señor procurar de veras mejorarnos e instruirnos, rogando a la inmaculada María, madre de Dios y de la Eucaristía, que interceda para ello, por tal de conseguir tan buen propósito, y que la obra convierta al obrero, que tanto lo ha menester.

También ofrecemos ser más exactos y puntuales en la publicación, encerrando siempre en el mes propio el día en que salga a la luz el número correspondiente de la revista.

Capítulo 13.

Luz sacada de la piedra¹⁵

I

¡Señor y Dios nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Porque tu magnificencia se elevó sobre los cielos, y de la boca de los niños y párvulos sacaste la alabanza, a causa de tus enemigos, para destruir al enemigo y al vengador. Porque al ver los cielos, obra de tus manos, y la luna y las estrellas que tú fundaste, me pregunto: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que le visites? Lo pusiste en esfera poco inferior a los ángeles; lo coronaste de gloria y honor, y lo has constituido sobre las obras de tus manos. Todo le has sometido y puesto bajos sus pies, así las ovejas como los bueyes y los ganados del campo, los pájaros del cielo y los peces del mar, que se pasean por las sendas de los mares. ¡Oh Señor y Dios nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!

Este salmo de DAVID, que es el VIII, nos sirve de acción de gracias a Dios Nuestro Señor al comenzar el año décimo tercero de nuestra humilde revista. A Dios, y sólo a Dios, todo el honor y la gloria de haberse podido continuar

¹⁵ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 13, 1882, págs. 1-11.

hasta hoy esta pequeña obra, quedándonos sólo la pena de los defectos e imperfecciones con que ha sido hecha.

En oportunidad semejante a ésta siempre hemos solido discurrir acerca del título y de la significación mística de la luz en los libros santos y en la liturgia sagrada.

Continuando esta buena costumbre queremos ahora estudiar como nueva idea *el simbolismo y el origen del fuego sagrado y de la nueva luz que se bendicen en el sábado santo* con tan expresivas ceremonias, luz que debe perpetuarse, en cierto modo, en la Iglesia según las rúbricas.

Recordemos el rito del encendido del fuego y la luz sagrados.

Fuera del templo, se sacan chispas de un pedernal para encender algunos carbones, de los que después, en el momento oportuno, se eleva al soplo la llama con la que se enciende una de las tres velas que lleva un acólito enarboladas en una caña. En ese momento se proclama solemnemente la luz de CRISTO (*lumen Christi*), a cuya proclamación contesta el coro dando gracias a Dios. Sigue la procesión hacia el altar y a los pocos pasos enciende el acólito otra de las tres velas y vuelve a proclamarse la luz de CRISTO y a darse gracias a Dios. Continúa la procesión hacia el altar y ya cerca de él se enciende la tercera vela, pregonándose otra vez la luz de CRISTO y dándose gracias de la misma suerte.

Mientras canta el diácono la célebre antífona conocida por el nombre vulgar de *la angélica*, en determinado período del canto, se toma luz de estas tres velas y se encienden con ella, primero las lámparas, y luego el cirio pascual.

Tal es la ceremonia en su parte externa. Pero las oraciones que recita solemnemente el sacerdote al bendecir el fuego y la luz sagrados explican en parte el misterioso sentido de esta solemnidad.

En una de ellas se pide al Señor, que así como por su Hijo santísimo el Verbo, *pedra angular*, concedió a los fieles la lumbre de su claridad, el fuego *sacado de la piedra* destinado a los usos eclesiásticos nos inflame en deseos celestiales, y haga que, con pureza de corazón, podamos llegar a poseer la luz eterna.

En otra oración se invoca a Dios Padre, luz indeficiente y autor de todas las luces, para que bendiga esta lumbre, y por Dios bendecida sea a Él dedicada, de manera que los cristianos reunidos sean alumbrados por aquella luz y enardecidos por el fuego de su claridad contra las encendidas armas de sus enemigos.

En el oficio se pide también que *a cualquier lugar que fuere llevada parte del misterio de esta santificación, desterrada la malicia diabólica, se experimente en aquel lugar la virtud de la divina majestad.*

En todos los pasajes de este día, mediante la resurrección, se canta la victoria del gran rey JESUCISTO y se felicita a la tierra por estar bañada de tan grandes resplandores, una vez disipadas por la presencia de JESÚS las tinieblas del pecado.

La ceremonia, en su conjunto, no puede aparecer más sencilla, ni ser más importante y trascendental en el orden simbólico y místico, y por tanto, y en virtud de tales circunstancias, más digna de reflexión y estudio.

II

CRISTO es la piedra que habían desechado los edificadores y que ha sido hecha cabeza de ángulo (salmo CXVII); la piedra figurada por aquella en que estaban escritos los doce nombres de que habla SAN JUAN en el *Apocalipsis* (capítulo XXI), traduciendo la idea del salmista, como lo hace SAN PABLO en la *Carta a los de Éfeso* (capítulo II, versículos 20 al 22) en donde llama a CRISTO *piedra angular*, sobre la cual y sobre los apóstoles por ella, se edificó la gran obra de la Iglesia, que místicamente vio SAN JUAN en el lugar citado de su *Apocalipsis*. En donde dice: *Vi la santa ciudad de Jerusalén descendiendo del cielo procedente de Dios, preparada como una esposa adornada para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos.*

Sin detenernos en estas reminiscencias, de todos conocidas, y cuyo desenvolvimiento se halla en los lugares citados, sabemos que *la piedra es CRISTO*, que vino al mundo a hacer de dos cosas una, sirviendo de pared medianera, como dice el texto sagrado, uniendo en su sagrada persona la divinidad y la humanidad, y dando así base a la Iglesia.

A CRISTO representa, en la función solemne atrás citada, la piedra de que salen, al choque del eslabón, el fuego y la luz sagrados. De este fuego bendecido se enciende la lumbre de CRISTO que se celebra con tanta solemnidad, y que se comunica de unas en otras, a las luces y a las lámparas de santuario. La caña misma tiene también su misteriosa significación que omitimos explicar ahora porque ello nos distraería algo de nuestro propósito actual.

La luz, por lo tanto, tiene en sí un simbolismo especial. Pero la de la lámpara sacramental es por todo extremo expresiva y trae un origen que denota su importancia y explica su presencia.

Porque bajo el primer concepto, y aun prescindiendo de aquél en que la venimos considerando, el Padre Eterno es luz indeficiente (*lumen indeficiens*) como dice la Iglesia; el Verbo es resplandor sustancial (*splendor lucis aeternae*), como dice SAN PABLO; y el Espíritu Santo se manifestó en lenguas de fuego, y la Iglesia le llama fuego en el himno de su advocación *Veni Creator*; y fuego de caridad se dice en diversos lugares del orden litúrgico, y entre otros al ofertorio de la misa solemne en el oficio del incienso. De suerte que la Santísima Trinidad es fuego y luz eterna de inextinguibles resplandores y de ardientes lumbres de caridad, como que el Padre es *luz*, el Hijo *esplendor de esta luz*, y el Espíritu Santo *llama de caridad de aquella luz*.

El Verbo Divino al tomar nuestra carne nos trajo la luz indeficiente y es como una lámpara magnífica que resplandece ante el trono del Señor y se mantiene entre la tierra y el cielo, luz en un vaso de barro, *lumen in testa*, como dice SAN GREGORIO.

Por este camino podríamos ir muy lejos sin extraviarnos de nuestro propósito... Pero bajo otro concepto, estudiando y meditando el símbolo sagrado antes citado por una bien fácil y lógica cadena de deducciones, de la luz divina se viene a la luz material, por decirlo así, de la luz del Verbo que brilla en la humanidad santísima a la luz sacramental que se saca de la piedra figura de CRISTO. En todo ello hay una relación mística y significativa que viene a reposar sobre la lámpara del santuario, que arde perennemente ante el tabernáculo en que se

hospeda JESUCRISTO real y sustancialmente, como un mudo y visible testigo de su presencia y signo de que allí reside, bajo las especies sacramentales, *la luz indeficiente, la luz del mundo espiritual, el rey invisible de los siglos*, como dice SAN PABLO y como canta la santa Iglesia en sus oficios.

Infiérese de todo ello que no se puede buscar una serie de misterios más sólidamente establecidos, más suave y estrechamente unidos entre sí, y más bellamente oportunos para nuestro ya conocido propósito, que los que dejamos bosquejados, y que todo ello, así los misterios como los signos y las memorias del Antiguo Testamento, que tienen eco en el Nuevo, se corresponden admirable y sabiamente; y tampoco hay un origen más inmediato y expresivo de la lumbre que resplandece delante del tabernáculo, que el *lumen Christi* que bendice primero y luego adora la Iglesia en el sábado santo.

Dios habita una luz inaccesible, y la misma luz natural es como su mirada soberana sobre toda la creación, al paso que es el medio por el cual efectúa el hombre su vida de percepción, sin la cual no hay vida de reflexión, ni puede el hombre formarse idea de los objetos exteriores que están colocados en el gran teatro del universo. A expensas de la luz que ilumina nuestra retina, y por una especie de acción fotográfica, se reproducen las imágenes de las cosas materiales en la cámara oscura del ojo: dibujado allí el espectro del objeto, forma una representación material o figura del cuerpo; y trasladada esta imagen a nuestro intelecto, produce la idea del objeto, y se llega ésta a leer por el espíritu, de donde deriva la *voz inteligere*, que equivale a *intus legere*, leer adentro.

Al resplandor de la luz del sol se ensancha el corazón humano, se oxigena el aire respirable, se abren los horizontes de la percepción y se pone el hombre en relación con los

objetos exteriores, que se asimila en cierta manera y se apropia el observador, cuando trasmitada su representación a las facultades reflexivas, o mejor al alma, conoce ésta los signos o accidentes externos de los objetos.

Por un orden parecido, aunque muchísimo más elevado, JESÚS nuestro salvador es la luz del mundo moral y espiritual, a cuyo resplandor se asimila el hombre las verdades del orden invisible e inmaterial, que constituyen el fin para que el hombre ha sido criado. JESUCRISTO es la puerta; el que por ella entra saldrá y entrará y tendrá pastos saludables. Es JESÚS la verdadera luz puesta sobre el candelero para alumbrar a todos los que están en la casa de Dios. Y como por otra parte, y según ya hemos dicho, la piedra es el principio, y como la mina de que se sacan al rozamiento del acero las chispas que encienden el fuego que la liturgia bendice con tantas ceremonias, se infiere que en la esfera simbólica acontece algo parecido a lo que acontece en la natural y en la sobrenatural, o mística. A semejanza de que el Verbo divino es el *esplendor* de la luz eterna en la región de la teología sublime, en la esfera natural la luz natural también es antorcha encendida por Dios para alumbrar el gran banquete de la vida humana Y se halla establecida como medio indispensable para la visión humana, puesto que está escrito, aunque con alguna inexactitud, que no hay nada en el entendimiento que antes no hubiese estado en el sentido, y el sentido de que aquí se trata es el ojo; y el ojo necesita de la luz.

Observa SANTO TOMÁS que todos los sacramentos y misterios se adaptan a un signo que en el orden natural da los efectos que en el orden espiritual se trata de producir con el sacramento. De aquí resulta que la luminaria sagrada es uno de los medios más adecuados para significar ciertos atributos divinos; y que la luz, por decirlo de algún modo, atestigua

mejor que cosa alguna la presencia del Señor, mayormente cuando se trata del misterio de fe que se oculta bajo los accidentes del santo Sacramento del Altar. Y por eso sin duda, y como memoria del santo sacrificio que en los primeros siglos se celebraba de noche, ordenó la Santa Iglesia en el siglo IV, si no nos equivocamos, que delante del tabernáculo luzca perennemente una lámpara encendida, señal demostrativa y símbolo de la presencia real del Señor bajo los velos de las especies.

Realizando las figuras del antiguo testamento, que según el *Levítico* conservaba la luz continua en el templo de SALOMÓN, ordenó también la Iglesia por eso la perpetuidad de la lámpara delante de la custodia, aun cerrada.

Y para ennoblecer y realzar la importancia del símbolo diole la inmaculada esposa del Cordero una genealogía tan ilustre a esta luz o lámpara sacramental cuya luz quiso sacar místicamente de la piedra que es CRISTO, bendecirla con ritos especialísimos, y anticipar por la dedicación y promesa a cualquier luz tomada de ésta, una virtud exorcizadora que aleja el espíritu maligno y quiebra sus armas, que despiden fuego infernal con los esplendores de la lumbrer bendita.

III

A nuestra vez, los escritores de esta revista eucarística que se dieron el honor de bautizarla con el hermoso nombre de *La Lámpara del Santuario*, se han propuesto encender y fomentar esta pálida lumbrera espiritual, para pregonar por doquiera que lleguen sus modestos resplandores, que allá donde no alcanza la mirada del hombre de mundo que no frecuenta el templo, se oculta bajo el piadoso disfraz de los

accidentes, la luz del mundo, el rey inmortal de los siglos, el admirable, el padre del futuro siglo, el verdadero Emmanuel, o Dios con los hombres, que quiere enjugar toda lágrima de sus ojos, y atraerles a las vías rectas que conducen a la salvación eterna.

Esta incorrecta y por todos conceptos paupérrima revista tiene la pretensión de servir de señuelo a su vez para atraer en torno del sagrario algunos devotos que den culto fervoroso al Dios escondido allí, y que viven con El en comunión de afectos y deseos, en relación de mercedes pedidas, otorgadas y recibidas, en comunión espiritual, y por fin en comunión sacramental.

Es este humilde periódico *una voz que clama en el desierto del mundo* para que los cristianos preparen la vía del Señor, que no desea otra cosa en su vida sacramental. Es un heraldo que grita y recuerda la presencia real de JESÚS en su santo templo. Es el eco de los libros santos; el coleccionador de algunos textos sagrados; el despertador de los dormidos; el fomentador de los tibios; el promovedor de la comunión frecuente y de la adoración perpetua al huésped santísimo de nuestro tabernáculo; y el compilador, en fin, de algunas pocas ideas, esparcidas en los Santos Padres, que trata de reunir aquí, en la forma más modesta y más exacta, sin pretensiones.

Tal es, lo repetimos, nuestro propósito, si Dios Nuestro Señor no se cansa de tan malos servidores y no nos despiere, cual merecemos por nuestra imperfección, tibieza e incorrección.

Quiera el Señor perdonarnos y continuar mostrándonos su gran benignidad, tolerando y perdonando nuestra miseria e indigencia espiritual.

Y otórguennos su concurso nuestros constantes y sufridos lectores, prolongando su paciencia y cooperando con sus oraciones a que mejoremos nosotros los obreros y siga la obra con los fines espirituales que para todos apetecemos.

Y aquí ponemos fin a este artículo prospecto.

Capítulo 14.

Luz del ángel de la adoración eucarística¹⁶

I

El Verbo divino humanado, luz indeficiente, reducido a la mínima expresión bajos los accidentes eucarísticos, ha querido ser revelado por aquella pobre luz que arde delante del altar en que el Señor se hospeda, suspendida entre el cielo y la tierra, a semejanza del alma humana que aposentada en vaso de barro puede subir al cielo y vivir allí eternamente en la presencia de Dios.

La lámpara delante del sagrario es una enseña misteriosa de la presencia real de aquél que es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; luz que resplandece en las tinieblas que no la comprendieron, y alumbrá para atestiguar que allí está real y sustancialmente la vía, la verdad y la vida, y el sustento espiritual del alma, a la que alimenta para hacer el camino de la vida eterna, como alimentó a ELÍAS el pan misterioso.

En medio de la oscuridad de la noche del siglo, como dice SAN GREGORIO, se destaca esa luz como una estrella, cuyos tibios resplandores señalan al viajero la única senda que

¹⁶ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 14, 1883, págs. 1-11.

guía a la eterna bienaventuranza, comparable al faro luminoso que en la costa erizada de escollos indica al navegante el derrotero que le conduce al puerto de salvación por en medio de la mar procelosa.

Bendita sea la divina misericordia que hizo encender esa diminuta lumbrera, cerca de la cual el ángel de la Eucaristía, cual amoroso custodio, adora y espera al pecador arrepentido para anunciarle, como el profeta NATÁN a DAVID, que sus pecados están perdonados mediante la absolución del sacerdote, y que el alma asperjada por el agua lustral de la penitencia, se halla ya en la gracia de Dios, y como otro hijo pródigo está invitada al banquete real de la comunión.

Aquel espíritu puro que vela cerca del tabernáculo es testigo del amor de JESÚS a los hombres, y de la soledad en que vive el Señor, que siempre está intercediendo por nosotros.

- *Guardia ¿qué hay en la noche?* le preguntaremos con el profeta.

- Que el corazón de JESÚS no duerme -nos responderá el ángel- y el hombre descansa tranquilo en las tinieblas y las sombras de la muerte. No advierte que la vida es un plazo que le fue otorgado para merecer la eternidad, y marcha desolado por la senda oscura de sus instintos sin saber a dónde corre, llevado por las olas impetuosas de sus pasiones a estrellarse en los escollos de la costa inhóspita.

- *¿Qué hay en la noche, ángel hermoso de la oración y de la adoración?*

-Que el corazón sacratísimo de JESÚS -nos contestará- vela, ora y reproduce místicamente su sacrificio para salvar al

hombre; y éste, menospreciando los llamamientos de la gracia, se engolfa cada vez más en la mar, arrastrado por el viento impetuoso de sus deseos, a que le entregó el Señor como el mayor castigo de su desvío.

- *¿Qué hay en la noche?*

- Soledad y abandono en torno del sagrario; y afuera, en los conciliábulos de los pecadores, vanidades y desorden, sangre y lágrimas, el reinado de todas las concupiscencias, y el desenfreno de todos los instintos.

- *¿Qué hay en la noche, ángel de las divinas justicias?*

- Pues, nada. Caen los mortales ante la muerte como espigas ante la hoz del segador, y en gran número se precipitan en las eternas penas, mientras el altar está solo y nadie une su oración a la oración de JESÚS, que desde allí impetra constantemente favores y misericordia para el pecador. JESÚS hostia parece a la vista solo en la callada noche, y *no hay varón cerca de Él*, como dice el profeta ISAÍAS. Lleva sus vestiduras tintas en sangre, y nadie la aplica y ofrece en expiación de sus culpas. Su aislamiento le mueve a decir: *¿Qué utilidad en mi sangre?*

¡Ah! No hay remedio. En vano aquella luz bienhechora llama a sí a los viajeros extraviados de la senda que guía a la vida eterna. El hombre no se ocupa de ella, y se aleja intencionalmente del puerto de refugio, navegando a velas desplegadas tras los goces del sentido, y por los caminos de la vanidad y de la soberbia.

En vano aquella misteriosa luz amiga anuncia que está cerca el Padre compasivo con los brazos abiertos esperando a

quien, después de haber malgastado toda su hijuela en las encrucijadas azarosas del mundo, puede venir a encontrar el seno de inagotable ternura del que no debió salir, y del que se enajenó para su mal.

A la dulce claridad de esta lucecita bienhechora percibe el hombre que medita toda la fealdad del pecado y se puede humillar confundido poniendo la frente en el polvo, cosa menos vil y menos baja todavía que la ingratitud del hijo adoptivo de Dios, del hijo del rey que, perdido su derecho al regio trono, sólo por un acto incomprensible de la divina gracia, comprada con la sangre de un Dios, puede acercase otra vez al festín celestial, si formó el propósito firme de no volver a pecar y de no recorrer otra vez el camino lastimoso que le alejaría para siempre de la herencia eterna.

Hermosa luz, precioso símbolo, amoroso señuelo siempre inhiesto a los ojos de los navegantes extraviados para señalarles el camino y conducirlos a los pies crucificados del Dios amante. Despiden éstos luz más viva para el mortal de fe, pues irradian la claridad del amor sin límites de un corazón divino y humano a la vez, rebosando ardientes deseos de entregarse todo entero con sus preciosos dones al desfallecido Adán, y reparar en él los estragos de la culpa que mereciera eterno castigo.

Hállase así el hombre entre dos luces y entre dos fuegos mientras hace su camino a través de este mundo: la luz que arde cerca del tabernáculo y que es como un rayo del corazón incandescente de JESÚS; y el siniestro resplandor que para el creyente despide el fuego eterno del infierno, en donde los precitos expiarán eternamente sus crímenes. La alternativa es inevitable anunciando una felicidad eterna o un lugar de perdurables tormentos.

Libres somos, queridos lectores, de optar entre la una y la otra suerte. No podéis, nos dice SAN PABLO, ser al mismo tiempo comensales de la mesa celestial y de la mesa de los demonios. Es preciso elegir. Si nos inclinamos a la diestra, si hemos de hollar la vía que conduce al reino de Dios, es preciso abnegarse a sí mismo y despreciar valerosamente los abrojos de la mortificación y del sacrificio, marchando sobre la huellas de JESUCRISTO, cuya gracia y ejemplo nos llevarán suavemente por las dificultades del camino.

El escaso resplandor que da la lámpara del santuario nos llama, nos invita como si saliese de la custodia en que se esconde el rey de la gloria en un trono de gracia y de misericordia infinita. Mientras vivimos hay tiempo para convertirse. Pero nadie sabe cuándo termina el plazo. Andad, dice el evangelio, mientras tenéis luz, porque en las tinieblas nadie sabe por dónde va. La vía de los pecadores es llana y hermosa al parecer; la senda que lleva a la bienaventuranza es angosta y espinosa; pero ¡cuán diferente es el fin de la jornada! Aquélla reúne los mayores atractivos, halaga los sentidos y ofrece goces efímeros que pasan, dejando la amargura en pos de sí. El que quiere alcanzar el premio ofrecido es preciso que luche animosamente para alcanzarlo. *El que quiera venir en mi seguimiento, dijo el Señor, es preciso que tome su cruz y me siga.*

La caridad de CRISTO nos apremia para que los que viven no vivan para sí, sino para aquél que por ellos ha muerto.

Si desapareciesen los velos del misterio; si viésemos el amor que JESÚS nos brinda; si sintiéramos el fuego que vino a traer a la tierra, y la tierna solicitud con que intercede y ruega al eterno Padre por nuestra conversión. Si fuese perceptible a

los ojos corporales el sacrificio que se reproduce en el ara santa y la perseverancia con que el Dios escondido hace valer sus méritos y su sangre derramada místicamente en el cáliz de propiciación, entonces ¡ah! entonces no habría corazón que no se ablandase y enterneciese al ver tal prodigio de caridad y de misericordia.

Pero entonces no tendría mérito la fe, y la libertad humana dejaría de existir. Es preciso que el hombre luche y merezca, y que sus trabajos aumenten el premio de la lid. Se le ha dado certamen para que venza y sepa que la sabiduría es la mayor de las fuerzas (*Libro de la Sabiduría*, capítulo X, versículo 12), y auxilio sobrenatural suficiente para que pueda triunfar. No nos es dado variar las condiciones de la lucha. El Señor es fiel y nadie es tentado sino conforme a sus fuerzas, como dice SAN PABLO.

El misterio se ha de consumir. La suerte está echada. Oigamos todavía al Apóstol de las Gentes: *Todo lo que en lo presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación labra un eterno peso de gloria, no considerando nosotros lo que se ve, sino lo que no es visible, porque lo que se ve es temporal y lo que no se ve es eterno.*

Es intenso y rudo el combate con las pasiones y los enemigos eternos. Para triunfar se necesita ser buen gladiador y esperar y pedir auxilio de lo alto. Pero se advierte y se medita en aquella luz, en aquel hermoso símbolo, que es testigo de las promesas divinas de JESÚS, que nos anunció que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos; si el hombre escudriña su conciencia al resplandor de aquel pequeño faro luminoso y despierta en su corazón los sentimientos de fe viva que, cual gérmenes de virtud, depositó el Señor en su razón para producir un verdadero dolor de las culpas cometidas,

vencerá; y luego correrá presuroso por los senderos de la virtud, y no se verán coartados sus pasos, como dice DAVID, para llegar felizmente al monte santo de la celestial Sión.

A la claridad de la antorcha encontró la mujer de la parábola del evangelio la dracma perdida; y al resplandor de la lámpara que luce delante del tabernáculo veríamos, si lo pensamos bien, la iniquidad oculta en el fondo de nuestro corazón, y el camino seguro que puede llevarnos a la eterna bienaventuranza; porque al quedarse el Señor en el Santísimo Sacramento nos brinda desde allí un auxilio oportuno y se ofrece a luchar con nosotros para alcanzar la victoria.

Y es tan misericordioso, que si una o muchas veces volvemos a tropezar y caer en nuevas culpas y trasgresiones de la ley santa, podemos todavía lograr perdón mediante el arrepentimiento y la absolución, y volver al sagrario nuestros ojos preñados de lágrimas de contrición, para encontrar allí la confirmación de nuestros propósitos, asistiendo al banquete eucarístico que nos anuncia aquella lumbrera, testigo de la presencia real.

¡Pluguiera a Dios otorgarnos su gracia y su espíritu principal de perseverancia para no volver a tropezar en la piedra de escándalo escondida en medio de la carrera de la vida terrenal, bajo el imperio de la ceguera que las flaquezas y miserias humanas nos producen!

Pues aunque nuestros pecados nos ponen el alma manchada por el cieno y la deformidad del pecado, abogado tenemos, como dice el Apóstol, e intercesor omnipotente en nuestro Señor JESUCRISTO, que quiso en todo semejarse a sus hermanos para hacerse misericordioso y sabedor de nuestra miseria y fragilidad; y por eso nos dejó vinculado el don de la

gracia y del perdón con la facultad que tienen sus ministros de absolvemos de las faltas que cometiésemos, y además una fuente perenne de vida eterna en la comunión sacramental, en la cual nos espera paciente y generoso, tras el velo de los accidentes que le cubren, para darse todo a nosotros, con todos los atributos de su divinidad y todas las virtudes de su humanidad, y vivir con nosotros y nosotros con Él una vida sin término.

Nos confirma y asegura en ello la lámpara del santuario, nuncio de su presencia y pequeña pero segura señal de sus inagotables misericordias y de su amor infinito, así como de su inextinguible deseo de permanecer con nosotros durante el viaje, y llevarnos a su reino a gozar perpetuamente de su gloria sin velos.

Por eso hemos tomado este hermoso título al comenzar nuestras tareas periodísticas, llevando encendida la antorcha de la fe para que nuestros humildes trabajos, tan humildes y pobres como el resplandor de la luciérnaga, que yace entre las briznas de hierba del campo, atraigan en torno del tabernáculo algunos devotos que se propongan recibir el pan sobresustancial en el crepúsculo del día que sigue a una noche de adoración y de guardia al Señor Sacramentado.

II

Iniciamos con este artículo el año décimo cuarto de nuestra publicación, tan valerosamente mantenida por sus abonados, que ejercitan toda su paciencia con nuestra pequeñuela e imperfectísima obra, que refleja la menguada ciencia de su autor.

Gracias a Dios, que a pesar de todos los defectos nos sufre, y no nos arrebató la pluma que empleamos en tan dulce ocupación, como mereceríamos.

No estamos descontentos del éxito, porque *la revista vive pobremente, pero vive*, y millones de comuniones al año responden al pensamiento de desagraviar al Señor de los ultrajes que en su vida sacramental le hacemos. Además, esta insignificante revista sirve de órgano a la *Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento*, y contribuyó por el favor divino a propagarla en España, y a fundar una sección de señoras que se ocupan de reparar y cuidar y reponer los paños y los vasos sagrados de inmediato contacto con el Cuerpo y la Sangre de JESUCRISTO.

Gloria a Dios por todo ello, y por las bendiciones que derrama sobre la obras eucarísticas en nuestra España, que está bastante rezagada en el culto eucarístico y no conocía la Adoración Nocturna, a pesar de hallarse bien desarrollada en ella la obra de la Adoración Diurna.

Sólo nos resta pedir a nuestros favorecedores indulgencia y perdón por nuestra falta de puntualidad y por la visible incorrección en el desempeño del propósito, prometiéndoles enmendarnos en lo posible, y rogándoles que nos ayuden con sus oraciones y procuren extender la lectura de la revista para que no se apague esta modestísima luz que semeja la que resplandece ante el tabernáculo, y que se encendió como ésta para dar testimonio de la presencia entre nosotros de JESÚS Hostia, místicamente inmolado sobre el ara santa, para ofrecernos a JESÚS en el celestial banquete de la comunión y darnos en Él un principio de resurrección, y una prenda de la gloria venidera, restaurándolo todo en CRISTO nuestro Señor.

Capítulo 15.

Luz que vuela, enciende e inflama¹⁷

I

Hemos solido inaugurar el año de nuestra publicación invitando a los lectores a considerar, ora las analogías de la luz con el misterio augusto de nuestros altares, ora con reminiscencias del Antiguo Testamento, ora con signos, anuncios o profecías de la sagrada Eucaristía para acrecentar su devoción.

Hoy tomamos un texto del poético libro de SALOMÓN llamado el *Cantar de los Cantares*, ya porque hace memoria del título que nos hemos dado; ya porque sus palabras, aunque sencillas, son de gran profundidad y ocultan arcanos dignos de ocupar la mente en aquel sentido, y de mover en el corazón afectos de piedad.

El texto a que hacemos referencia dice así: *Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas* (*Cantar*, Capítulo VIII, versículo 6º).

Son nueve palabras que miradas superficialmente no dicen nada; pero que meditadas y estudiadas con reposo, en el

¹⁷ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 15, 1884, págs. 1-11.

enlace que tienen con las anteriores, y con todo el capítulo, entrañan un misterioso sentido que venimos a bosquejar, sirviéndonos esto de tema al artículo de entrada en el decimoquinto año de nuestra revista.

Para conocer la exégesis de aquella frase, importa recordar los antecedentes del mismo verso y los del anterior, con los que tiene analogía, como que derivan de un mismo autor, y hacen parte, digamos así, de un mismo pensamiento, según vamos a ver.

El versículo 5° dice: *Te suscité* (o sea, te levanté de tu postración) *bajo el árbol del manzano en donde fue corrompida tu madre y violada la que te dio a luz.*

Y el versículo 6° continúa así: *Ponme como una imagen sellada sobre tu corazón y como una imagen sellada sobre tu brazo; porque es fuerte como la muerte la dilección, y duro como el infierno el celo o la emulación: Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas.*

Comentando estas voces con su innegable fecundidad, ALÁPIDE hace notar las relaciones que tienen las voces, una a una, con otras ideas del Viejo Testamento, y señaladamente para el que estudia su etimología, su expresión, y su objeto.

Porque, siguiendo las indicaciones de la interpretación; recordando que el libro segundo en que se hallan es un poema que, bajo la corteza de las palabras, habla de CRISTO y de su misterioso desposorio con la humanidad, con la Iglesia, con el alma santa y con la Santísima Virgen; y supuesto que en los versos citados del capítulo VIII lleva la palabra el esposo que habla a la esposa mística: es evidente, y así lo dicen los expositores, que se trata allí del pecado de ADÁN, cometido

bajo el árbol del paraíso, y de la redención efectuada bajo el árbol de la cruz, a lo que se refiere casi literalmente el versículo 5°.

En el 6°, y como remuneración del tal merced, invita CRISTO a su esposa a que selle su corazón y su brazo, esto es, sus afectos y sus obras con la imagen de JESÚS, porque el amor (del Señor) es más fuerte que la muerte, como que sobrevivió a ella y llevó al Señor a perder la vida para salvarnos. Y el celo o emulación es más duro que el infierno, pues pudo más el amor para extinguir el pecado y librnos de las penas eternas, que la justicia, que severamente las reclamaba para el linaje humano por el pecado original y por los actuales. Bien entendido que el amor y los celos, o el celo que del amor se origina para liberar al amado y privarle de amar a otro, son en el fondo una misma cosa, como que aquél es causa y éste efecto de la dilección.

Y luego concluye: *Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas*. Esto es, dice ALÁPIDE, las lámparas de la dilección, de la emulación y del celo,

Hecha así la exégesis del texto y manifestado su origen y significación, por el orden de su colocación en el libro y en el drama epitalámico de los *Cantares*, nos privamos de copiar las palabras de ALÁPIDE en su interpretación, escogiendo de todo lo que dice como una flor de este misterioso jardín, por tal de buscar y exponer la conexión que tiene el texto con nuestro predilecto asunto.

Siguiendo la opinión de nuestro querido intérprete, se comparan a las lámparas que arden y despiden llamas los corazones de los santos, en los cuales se enciende el hogar de un amor sobrenatural al soplo del Espíritu Santo, y obrando en su virtud los favorecidos, despiden llamas que comunican a los

otros con su ejemplo y con sus palabras, dado que en *hebreo la voz que se traduce por lámpara significa tea, tizón, carbón, hachón, y en suma, todo lo que volando enciende e inflama*. Y así como el fuego suele comunicarse de una en otra materia combustible sin extinguirse ni agotarse, así el amor divino, que hace pábulo en el corazón del hombre excitado por la gracia del Espíritu Santo, le llega a poseer totalmente, máxime cuando medita en la pasión y muerte del Señor, y en la voluntad resuelta con que JESÚS la sufrió por redimirnos de la muerte eterna.

Para dar garantía de acierto en aquella versión, recuerda Cornelio ALÁPIDE, que, con la misma palabra traducida por lámpara, se expresa en hebreo el fuego natural y los relámpagos, así como toda llama viva que se propaga volando o por la impulsión del viento; y aún se designan con la misma voz los animales volátiles, citando ALÁPIDE al propio fi como otros tantos focos o incendios de caridad los salmos LXXVII y LXXV, y la impresión de las *llagas de San Francisco*, que un serafín alado le trasmitía e imprimía con los sagrados estigmas.

Recuerda ALÁPIDE también que SAN AMBROSIO dice que *la caridad tiene alas de fuego ardiente*, y deduce de todo ello que las lámparas de amor y de celo son, como dejamos dicho, los corazones de los santos, que por la acción del fuego divino, se van acrisolando y van cambiando en espiritual todo lo material y terreno que hay en ellas, transformándolas y enardeciéndolas en el fuego celestial que el Señor trajo al mundo, y que según el evangelio, desea que se encienda e inflame los corazones (*Lucas capítulo XIX, versículo 49*).

Pero si esto se dice de la gracia, que es una acción de Dios sobre el hombre, ¿qué diríamos de la visita del Hijo de Dios vivo a los hombres por la sagrada comunión? El *Ritual*

Romano, en el oficio o rito de administrar el viático a los moribundos, dice que *la Sagrada Eucaristía es manjar del alma y es una llama que enciende en nuestros pechos el fuego de la caridad, y extingue y apaga los fuegos de la carne.*

Este precioso concepto viene bien a nuestro intento y explica perfectamente algunos de los efectos que produce JESÚS hostia en los corazones bien dispuestos, enardeciéndolos en las llamas de la caridad. Por tanto, cuadra bien a nuestro propósito entender aquí por las lámparas de fuego y de llamas los corazones de los comulgantes que, suspendidos como aquéllas entre el cielo y la tierra, fomentados con el óleo del divino amor, con el que se ponen en contacto al recibir la sagrada forma, arden en la caridad y atraen a los demás con el resplandor de su luz y llegan movidos de su celo a tomar hasta cierto punto la misión que JESÚS trajo a la tierra. Porque, lo diremos con nuestro intérprete, *así como el fuego martiriza al cuerpo, así el celo hace al alma apasionada del esposo, especialmente si ve que la esposa es amada por otro, o que otro es amado de ella; añadiendo que, así como la pólvora colocada en minas, bajo los muros o los edificios, les hace volar con ímpetu y ruido, así el celo vence y arrolla todos los obstáculos por grandes y poderosos que ellos sean.*

El amor divino no se esquila a nuestra solicitud, antes bien, como el mar rodea las murallas de los parques, la caridad del Señor nos asedia y circunda, y con solicitud verdaderamente paternal y tierna, busca la manera de penetrar sin violencia en nuestro corazón, para poseerlo todo entero y lanzar de allí los poderes adversos, como lo hizo JESUCRISTO en Egipto, cuando en vida mortal estuvo allí con sus padres y derribó los ídolos. Así hace en la comunión, despidiendo las pasiones, a que hemos erigido un templo en lo más recóndito del corazón para ofrecerles sacrificios, cada vez que nos

dejamos dominar de ellas, dando así gozo a nuestros enemigos, como dice el texto sagrado.

Pero tornemos más concretamente a nuestro propósito. Si los ojos de la carne pudiesen ver los efectos de la sagrada comunión sacramental, o aún espiritual; si cuando la hostia es recibida con humildad y perfecta contrición pudiéramos conocer cómo acrecienta el amor y cómo cauteriza el corazón para despegarlo de los goces terrenales, encendiendo en él como una luz sobrehumana y clara, a cuyos resplandores se presiente la humana miseria; entonces se comprendería, en cuanto cabe, el don de Dios, y deduciríamos que así como transustancia el Señor el pan y el vino por la palabras de la consagración, así reasume y transforma en sí mismo al bien dispuesto comulgante, en términos de que viva éste en Él y Él en el comulgante.

¿Por qué no gustamos esas inefables dulzuras? ¿Por qué tantas comuniones frías y sin fervor, que apenas cambian y mejoran a quien con tanta frecuencia las recibe?

Largo y difícil sería explicarlo en breves palabras, aunque en sólo una está comprendido todo. Consiste en nosotros, por los varios modos y obstáculos que a la gracia divina y a los efectos del Sacramento augusto opone nuestra malicia e ingratitud. Porque hay, por decirlo de alguna manera, algo de natural, y si nos atreviéramos diríamos de necesario, en que el corazón que está embargado por el amor terrenal, salvo siempre el poder infinito de Dios que es omnipotente, no pueda el hombre, sin desasirse de los frutos de la tierra, gustar y asimilarse los frutos de la vida espiritual, que son el maná verdadero prefigurado por el que sustentó a los hebreos en el desierto, cuando huían del faraón y habían pasado el mar Rojo.

Luego que comieron los frutos de la tierra faltó el maná, dice el Éxodo.

Cuando, verdaderamente contritos y humildes, se acercan los católicos a la mesa del Señor con fe pura y sed ardiente de los favores que allí nos brinda, entonces les será aplicable nuestro texto, y el corazón se encenderá en el fuego sagrado que JESÚS trajo a la tierra, y despedirá su luz llamas de caridad, que le harán aplicables las voces del libro sagrado.

Comentando esta frase ALÁPIDE recuerda un emblema de ALCIATO, en el cual se pinta al amor sentado en un carro del que tiran cuatro leones, y el amor rodeado de alas, arco, y saetas, lloviendo del cielo en torno de la figura dardos de fuego quebrantados, con lo que se quiere expresar que el amor vence a Dios y enciende el orbe; de donde se saca un lema que expresa que el dios alado rompió el rayo volador y demostró que el amor es una fuente de fuego.

De aquí infiere Cornelio ALÁPIDE que cuando CRISTO agotó por nosotros todos los dolores, adversidades y azotes, disparó contra nuestro corazón otras tantas saetas ardientes de amor; pues fue tanto el incendio del amor de CRISTO, y con tales alas flamígeras este nuestro serafín voló sobre todas las cosas cuando estaba tendido en la Cruz, que venció todo, y sufriendo por nosotros la muerte, venció la muerte, y venció al durísimo infierno, quebrantándolo de suerte que libró de él a los que por méritos estaban allí aprisionados fuertemente. Cita al propósito la frase de EZEQUIEL, de que *el aspecto de los querubines era como de carbones encendidos* o como de lámparas: lo que concuerda con lo que otros escritores dicen de CRISTO, de SAN FRANCISCO JAVIER y de SAN PABLO, cuya caridad y amor divino al prójimo por Dios era encendidísima, a cuyo propósito dice APPONIO que *la vivacidad del Verbo divino*

y de las llamas de iluminación de los entendimientos irradió de la lámpara del Espíritu Santo.

Aplicando estas ideas al pensamiento que veníamos explanando acerca de la sagrada Eucaristía, a la que aquellas son aplicables, puesto que atesora sustancialmente el cuerpo, sangre, alma y divinidad de CRISTO ¿quién duda que bajo la sacrosanta forma se oculta una centella de amor divino, que vence las pasiones humanas y enardece los corazones de los que la reciben dignamente en el fuego de la caridad de Dios? Y en tal supuesto, no se puede negar que los comulgantes que toman el pan sobresustancial con las debidas disposiciones son como leones ardientes que llevan en su corazón la luz divina, comunicándoseles el fuego que el corazón verdaderamente contrito y humillado de JESÚS atesora, y que es el mismo que ardía en el pecho del Salvador, cuando por nosotros sufría la pasión que místicamente se reproduce en el ara santa.

También es una consecuencia de tales reflexiones que los que reciben en comunión a CRISTO Señor nuestro, llegan a compenetrarse de su amor divino a punto de despedir llamas de caridad, que participan y transmiten a su vez a los demás, ora predicando o administrando los santos sacramentos, ora brillando por sus virtudes heroicas entre los hombres y atrayéndoles con su ejemplo. Todo esto nos lleva como de la mano a la comparación de ALÁPIDE, de que los corazones de los santos, alimentados de la sagrada Hostia, son lámparas de fuego y de llamas encendidas del amor divino, puesto que JESUCRISTO, verdadero serafín alado, es un hogar incandescente que no agotó sus lumbres en el pretorio ni el calvario, sino que, como una antorcha de caridad perenne, prende su fuego y lo comunica a los que le reciben bajo las especies consagradas, como que el fruto de la comunión es que

JESÚS vive en los que comen su carne y beben su sangre, y los asimila y convierte en sí mismo haciendo que ellos vivan en Él.

II

Y para poner ya término a esta investigación exegética del texto del libro místico a que nos venimos refiriendo, sólo nos resta añadir, que plegue a Dios que el título que ha tomado nuestra pobre revista de *La Lámpara del Santuario*, nos atraiga por la humilde intención que la inspiró, no obstante su imperfección, una chispa de amor Divino que podamos comunicar a nuestros lectores, y que el fuego que late en la Sión metafórica, el sagrario, irradie sus fulgores del hogar verdadero de la Jerusalén celestial a nuestra pobre luz, a nuestra pobre *Lámpara*. Aunque sea sólo una pequeña luciérnaga en la noche del siglo, Dios nos podría otorgar la dicha de que sirva de señuelo para que nuestros queridos lectores huellen con planta animosa y con paso seguro la senda que por la comunión sacramental nos garantiza la beatífica, sugiriéndonos algunos pensamientos adecuados para recibir al Señor con las debidas disposiciones, y agradecer su venida con algo más de fervor que lo hacemos, sacando así del banquete celestial frutos de perfección y un amor verdadero, ardiente y esplendoroso a Dios, augurio de la comunión sin velos de la eterna gloria.

Cerrando los ojos corporales y abriendo los del alma, nos parece vernos delante del tabernáculo con nuestra lucerna en la mano trémula de emoción, ofreciendo a JESUCRISTO que nos mira, perseverar en la imperfecta obra de llamar la atención de los que pasan distraídos, sin mirar siquiera hacia el sagrario, cuanto menos a enviar una jaculatoria de amor a su huésped, o un tributo de homenaje al que día y noche vela y siempre ora

por nuestra salvación, deteniendo la mano vengadora del Eterno Padre para que nos dé tiempo a una perfecta conversión, y nos envíe su Espíritu consolador.

Comenzamos el año decimoquinto de nuestra vocación periodística, y no sabemos si lo terminaremos.

Para esta eventualidad, que ya no está lejana, supliquemos al Señor que envíe trabajadores a su viña que mejore los obreros, haciendo que nos reemplacen personas más dignas, más instruidas, y más fervientes en el amor de JESÚS-Hostia, y que se fomente y aumente su gloria, como deseamos que tenga efecto, extendiéndose y generalizándose el culto y la devoción Eucarísticos.

Capítulo 16.

Luz, señal predilecta de Dios¹⁸

I

El Verbo divino, Dios de Dios, luz de luz, esplendor de la gloria del Padre, imagen sustancial de Él, fuente de luz, día que ilumina el día, verdadero sol que se desliza brillando con perpetua hermosura (Himno de los laudes de la sexta feria), que reside unido hipostáticamente a la humanidad de CRISTO en el Santísimo Sacramento del Altar, y que permanecerá con nosotros, según su promesa indefectible, hasta la consumación de los siglos, es el objeto de nuestro homenaje a su augusta persona, ante la cual en espíritu y en deseo hemos encendido y mantenemos esta pobre lámpara literaria.

Antes del advenimiento del Hijo de Dios al mundo por la encarnación, entretenía su impaciencia (como decía Mons. LANDRIOT) enviando signos, figuras y antitipos que anunciaban su venida. El sol, el arco iris, la estrella de la mañana y la estrella de Jacob en el cielo; la zarza maravillosa de MOISÉS; la columna de nube; los relámpagos del Sinaí; el fuego celestial que descendía a veces a consumir la víctima figurativa sobre el altar; el fuego de NEHEMÍAS, y otros símbolos de distinto

¹⁸ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 16, 1885, págs. 2-9.

linaje, daban testimonio en el mundo del seguro cumplimiento de su promesa.

Pero, ya lo hemos dicho y demostrado, la luz ha sido siempre la predilecta de las figuras y señales de la venida de Dios al mundo. A tal punto, que la liturgia sagrada de la ley escrita primero, y la de la Iglesia santa después, adoptaron el propio idioma, así aquella para anunciar la venida del Mesías, como ésta para significar la presencia del Señor en nuestros templos, en los que se continúa con el propio simbolismo.

Los libros del Antiguo Testamento, señaladamente el *Éxodo* y el *Levítico*, comprueban dos ideas:

Primera, que el Señor residía, por un modo místico, en la columna de nube y en el tabernáculo en que se veneraba el arca santa, y luego en el templo de SALOMÓN, y en el segundo templo fabricado por ZOROBABEL.

Segunda, que su presencia se denotaba, ya por la luz de la nube, por los relámpagos del Sinaí, por las bujías y lámparas que lo rodeaban en el tabernáculo desde el tiempo de AARÓN y sus sucesores; ya por las lámparas y lumbreras en los dos templos sucesivos de la ley escrita.

Del propio modo es notorio que la liturgia de la Iglesia Católica hizo la luz heraldo de la presencia real de JESUCRISTO, su esposo, en el Santísimo Sacramento del altar. Así era de esperar, puesto que al Verbo, a la *luz indeficiente* que es el Verbo, conviene revelarse por la luz, como quiera que la luz semeja por sus efectos la Trinidad Beatísima, pues arde, luce y da calor, y todo aquello que es conforme a la manera de obrar del Señor, el cual siempre manifiesta y produce sus virtudes

por un signo análogo, cuanto cabe, a los efectos que quiere causar.

Damos por sobradamente demostrado esto en los quince artículos de entrada de los años anteriores. Mas en el orden figurativo o simbólico es digno de meditación el hecho de que a medida que van a cumplirse los anuncios y a realizarse las profecías, callan los videntes y se aminoran los signos; porque en la ley de gracia se disminuyó la luminaria sagrada, que atestigua la divina presencia, a medida que era mayor su aproximación a nosotros, digámoslo así, y más segura la presencia real que es dogma de la Iglesia y realización de la promesa de CRISTO. Pensamos que esta coincidencia significa algo, porque la Iglesia, así sobre la luminaria sagrada, como sobre todo, obra siempre inspirada por el Espíritu Santo, y la fe nos asegura que sus preceptos ceremoniales se conforman a la divina voluntad.

Quien, según la frase del salmo, puso su tabernáculo en el sol y se significó por el rayo, y la nube lúcida, y las multiplicadas lámparas y luces del propiciatorio, y por el fuego del cielo que bajaba a consumir las víctimas que se le ofrecían en holocausto, se deja hoy denotar por una tenue lucecita oculta en una lámpara, que revela a los católicos la real presencia de JESÚS en la Eucaristía.

Por lo mismo que se acerca el Señor, se abrevian los signos. No hay que dudarle, este misterio es un misterio de amor y de poder. Estudiémoslo con detenimiento, por si podemos investigarlo y darlo a conocer a nuestros lectores.

El amor de Dios tiene un procedimiento especial que sólo se comprende por los que le aman, y rehúye

cuidadosamente toda exterioridad fastuosa, como si quisiera reservarse todo entero para comunicarse al ser amado.

El secreto es una condición habitual, el silencio su idioma, la modestia su manera de ser, y el misterio conviene a su espiritual modo de obrar.

Diríase que se trata de un fluido que puede evaporarse o de un aroma que se disipa y atenúa al contacto con la atmósfera, por eso se vela y se guarda cuidadosamente el afecto, como escondido en el corazón del amado.

El amor de vanidad y esplendor, el de gran exhibición y ruido, el amor que se impone por la grandeza y el brillo, no nos atreveremos a decir que no sea amor; pero es un amor egoísta, estrecho, menguado, que inmola en cierta manera al amado y le impropere o da en rostro con el beneficio; es un amor imperfecto y diminuto.

El amor grande, el amor de sacrificio, el amor don de sí; el amor de abnegación que se enajena, que no se economiza, que se muere a los pies del amado.

Ese amor sin limitación, sin medida, que da la vida, que la martiriza, que la inmola, que derrama como el agua la propia sangre (salmo XXI), y que reproduce el sacrificio a cada hora, a cada momento.

El amor que busca en la oscuridad al objeto de su dilección, y le prodiga sus dones sólo para enamorarle.

Ese amor magnífico y generoso que tiene condiciones de infinito, y que no se agota por el goce, ni se contraría por la ingratitud, ni se venga de la ofensa, ni se niega a la súplica, ni

se escasea en el don, antes se entrega todo el amante sin partija ni detrimento.

Ese amor verdadero, sincero, infinito, no busca la publicidad, antes la huye, aborrece el ruido y se repliega en el misterio para prodigarse en el secreto.

¿Comprendéis ahora, queridos lectores, el silencio del Señor en su vida eucarística? ¡Oh! Yo creo que sí. Hemos descrito sin pensarlo el amor de Dios.

Los sacrificios figurativos cesaron con el de la adorable víctima del calvario; el velo rasgado del templo atestigua que la presencia de Dios allí desapareció, y que desechado el holocausto de la ley escrita, tomó Dios como expiación y sacrificio superabundantemente satisfactorio el corazón atormentado y humillado de JESUCRISTO, su Hijo santísimo, que lo ofreció a Dios en las tres horas de agonía con perfecta y absoluta voluntad de pagar el rescate de sus hermanos.

Consumado el sacrificio, celebrado el misterio de propiciación que vino a ejecutarse en la adorable hostia, ya quedó la realidad subrogada en el lugar de la figura, y a los signos precedentes reemplazaron los concomitantes; al culto ceremonial sucedió el verdadero sacrificio, y a la sangre impura de las víctimas, la sangre preciosa de nuestro señor JESUCRISTO. A los milagros y curaciones públicas que hacía el hijo del hombre sustituyó el milagro de milagros de la sacratísima Eucaristía, que cura las almas y se condensa, en cierto modo, con nuestra vida para hacerla común y recíproca, según la promesa de vivir con nosotros y nosotros con Él, como se lee en el evangelio.

Las figuras desaparecieron por la presencia del figurado; los signos se desvanecieron ante el significado; los antitipos hicieron lugar al prototipo dechado que se esperaba. A medida que se corrían los velos de fe ante la real presencia, se disminuían las señales y sólo aparece un señuelo, un indicio luminoso, una pequeña luz que llama más a la puerta de los corazones que al sentido de la vista, y que pasa inadvertida para la mayor parte de los favorecidos, que la observan maquinalmente, mientras que para los verdaderos amantes es un bendito destello y anuncio seguro de la presencia sacramental de JESÚS en el sagrario.

Lo repetimos. *El misterio y el secreto conviene al amor verdadero, y la manifestación clamorosa le apena.*

Por eso, tal vez, a las múltiples luminarias del templo de Judea reemplaza una sola luz, y ésta harto pequeña, pobre y vacilante, en frente del tabernáculo en que reside el Dios escondido, tanto más escondido, cuanto más quiere revelársenos.

Respondamos, hermanos en la fe, a este sigiloso llamamiento; acudamos a las misteriosas confidencias de JESÚS bajo las especies, ya por la comunión sacramental, ya por la comunión espiritual, ya por la oración mental. Y acogidos al santuario como al aprisco del verdadero pastor, procuremos guarecernos a su sombra benéfica en las tribulaciones que nos rodean, y en las que nos amagan. Porque está escrito en los *Salmos* que el azote de Dios no se aproximará a su tabernáculo, y su promesa no puede fallarnos.

Pero al propio tiempo que así obremos, rindámosle culto y adoración perenne, y humilde homenaje de amor y contrición, procurando entender el lenguaje misterioso y

simbólico de la lámpara sacramental, que nos llama a la oración y a la comunión, a la intimidad con JESÚS hostia, y al ejercicio de la perfecta caridad con nuestros hermanos de la Iglesia purgante y de la militante.

II

Quince años se han cumplido, y comenzamos con este número el decimosexto en que venimos anunciando y exhortando de este modo a nuestros lectores.

Doce años ha que al tibio resplandor de esta nuestra *Lámpara* simbólica se fundó el *Centro Eucarístico de Madrid* y el *Centro Eucarístico de Valencia*, y más tarde el *Sub-Centro Eucarístico de Murcia*, que los tres difundieron señaladamente en España la adoración nocturna en varias poblaciones; y entre unas y las otras, en siete años cuenta la península con veinticuatro pueblos en que se adora nocturnamente al Señor, y lo menos setenta y tres noches al mes; y si Dios nos favorece, en este año se observará el jubileo o adoración nocturna repartidas todas las noches del año, como ya se ensayó en enero y como verán nuestros lectores en otro lugar de este propio número.

También tenemos que agradecer a Dios Nuestro Señor la fundación, desde 1881 al día de hoy de doce secciones de *Camareras del Santísimo* que producen más de quinientas asociadas a la Cuarta Sección del Centro.

La Primera Sección de este hogar Eucarístico de Madrid (los *Coros*) produjo también además tres millones de comuniones al año, gracias a la activa cooperación del Centro Eucarístico independiente de Valencia, que es el más próspero

de España, como que vigila con sus sucursales dieciséis noches al mes.

En nombre de todos estos adelantos y progresos que la bendición de los prelados nos produjo y otorgó, fecundando nuestros actos y pasos, nos permitimos encarecer a nuestros abonados:

1°. Que nos auxilien con su óbolo y con su propaganda en todo, y en procurar suscripciones a nuestra pobre revista, puesto que quiso Dios que de ella brotase todo este movimiento eucarístico de España.

2°. Que nos ayuden a dar gracias a Dios de tantos favores como nos dispensó.

3°. Que nos perdonen, humilde y sinceramente lo decimos, por nuestra incorrecta publicación, por nuestra nunca exacta y nunca oportuna edición, y por las imperfecciones y defectos de que está colmada esta humilde revista *La Lámpara del Santuario*; faltas que la dirección confiesa y reconoce, y de las que en parte se declara responsable, así como de las culpas de sus redactores. que estorbarán, sin advertirlo tal vez, que la obra corresponda a lo sublime del objeto y a la santidad del propósito.

Quiera Dios Nuestro Señor concedernos su asistencia para mejorarnos.

Capítulo 17.

Fuego, luz y calor, símil trinitario¹⁹

I

Habiendo escrito tantas veces del simbolismo de la luz en nuestros artículos-prospecto de inicio del año, queremos hoy, con la ayuda de Dios, mirar el propio asunto por distinto lado, exponiendo las afinidades místicas del fuego, puesto que en donde hay luz, hay fuego, y no es ciertamente el objeto que menos relaciones tiene con Dios y con la creación, pues por él comenzó a ser nuestro globo y por fuego terminará, y en fuego arderán siempre los pecitos, y fuego y calor es nuestra vida, o el principio de la vida y su sostenimiento, y fuego suave y luz inaccesible habita Dios que ilumina el universo desde los montes eternos. He aquí en extracto lo que al propósito del fuego dice ALÁPIDE.

El capítulo IX del *Libro del Levítico* refiere las instrucciones que de Dios recibió MOISÉS para la celebración de los sacrificios en sus diversos géneros de holocausto, sacrificio por los pecados y hostia pacífica, enseñándole la manera de ofrecer la víctima para hacerla propiciatoria a Dios y útil a aquellos hijos de ABRAHÁN que constituían la nación elegida por el Señor para sacar de ella el mesías en la plenitud

¹⁹ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 17, 1886, págs. 1-11.

de los tiempos. A primera vista no se comprende la significación de los sacrificios y la importancia de los ritos ceremoniales con que se consumaban y se consumía la víctima por la acción del fuego. En especial porque el Señor tomaba parte en ellos algunas veces enviando fuego del cielo que consumía la víctima inmolada sobre el altar. Mas leyendo el sabio comentario de ALÁPIDE se descubre allí en penumbra la figura del sacrificio del calvario, profetizando las solemnidades con que el Señor quiso que se celebrasen los sacrificios figurativos del verdadero sacrificio.

Sacando nuestro predilecto autor la consecuencia de los ritos de aquellos actos, revela el sentido místico de las ceremonias y el secreto de las figuras precursoras del verdadero sacrificio, que venía como en efigie celebrándose desde los primeros tiempos, en términos que, por esta y otras razones, se dice que CRISTO fue inmolado desde el origen del mundo.

Pero contrayéndonos a nuestro objeto, fija su mirada ALÁPIDE con razón en la venida del fuego bajado del cielo, que, como frecuentemente leemos en la historia del pueblo de Dios, descendía a consumir y quemar las víctimas que se le dedicaban.

Advierte el sabio comentador, que el fuego es símbolo de castidad y de pureza, que recuerda y significa las virtudes que deben adornar al sacerdote, notando la coincidencia de que en la antigua Roma las vestales debían conservar, a la vez que el fuego sagrado, su propia virginidad. Al efecto cita unos dísticos de OVIDIO en los *Fastos*, que expresan la bellísima idea de que la llama es pura, como que de ella no se ve que nazcan cuerpos, y que por tanto es virgen, y ama o desea que sus compañeras o guardadoras sean vírgenes. También

recuerda un pasaje de la *Eneida* de VIRGILIO que expone el propio pensamiento de que la pureza del fuego simboliza a Dios. Y luego afirma que si los cristianos conservan este fuego de la pureza no tienen que temer al otro, que enciende la ira de Dios para abrasar a los pecitos.

Sigue el erudito intérprete estudiando la materia bajo otro aspecto místico, y dice que el fuego es el Espíritu Santo que en el día de pentecostés descendió sobre los apóstoles y había descendido ya sobre CRISTO. Procede en seguida a explicar las razones por las que el fuego sirve para simbolizar el Espíritu Santo y señala las siguientes:

1ª El fuego es en cierto modo omnipotente, pues ablanda el hierro y funde los metales, y tal hace Dios y la caridad.

2ª Si es enemigo, es terrible, como acontece en la guerra y con el rayo; y si es amigo, es muy benéfico, cuece los manjares y todo lo ablanda y dispone al uso del hombre.

3ª Alumbra en las tinieblas, y guía y da refugio.

4ª Quema al que le toca, y calienta al que se le acerca; y así es con Dios, que se debe tratar de lejos y con reverencia.

5ª Nunca está ocioso y lánguido, sino obrando y vivo.

6ª Se esconde en las ocultas venas de las rocas; y así es Dios: íntimo y escondido en las cosas criadas.

7ª Es claro y resplandeciente, en especial en la oscuridad.

8ª Es separado y purísimo de toda otra cosa, ni en él hay otra cosa alguna que no sea fuego; por eso purifica el oro, la plata y todos los otros metales.

9ª Se comunica a otros y persiste en ellos, y todavía se aumenta con esto.

10ª Por su luz, calor y eficacia se presta admirablemente a expresar la conjunción en Dios de la suma sabiduría, bondad

y omnipotencia.

11^a A unas cosas quebranta y endurece, a otras las ablanda y disuelve; y así hace Dios, que tiene misericordia de algunos, y a otros los endurece.

12^a Licúa y une y acrecienta muchas cosas en sí divididas; y así Dios une las gentes en su fe y las naciones en su espíritu.

13^a El fuego calienta aún al agua que se le opone; y así Dios hace bien aún a sus enemigos.

14^a Tiende hacia arriba, y cuanto más sube al cielo más poderoso es.

15^a A unas cosas, como el agua, las caldea; a otras, como el diamante y el carbúnculo no las calienta; a otras las convierte en humo, en pavesas, en cenizas, o en cal; y así de variada es la operación de Dios y del Espíritu Santo.

16^a Del fuego derivan la luz y el calor, así como del Padre deriva el Hijo y el Espíritu Santo, según dice DAMASCENO.

17^a Por último, en los sacrificios antiguos, el fuego como que consagraba y santificaba a las víctimas y a los oferentes; que por eso dijo bien HERÁCLITO *que Dios era un fuego inteligible* (ALÁPIDE, *Comentario al Levítico*, capítulo IX, § 28).

Estas preciosas disquisiciones acerca de los efectos del fuego en comparación con las obras de Dios, revelan la importancia que las bellas criaturas de la luz y el fuego tienen para expresar los atributos de Dios y sus actos de poder y misericordia infinitos. Y como donde quiera que hay luz hay fuego, y donde hay fuego el resplandor que despide es la luz, de esta observación y de aquellos símiles y comparaciones viene a inferirse, que hemos acertado por dicha, al imponer nombre a nuestra humilde publicación, puesto que no sólo es expresión de luz, sino también de la luz eucarística, encendida

para culto y veneración del Santísimo Sacramento, y como testigo y nuncio de su presencia real bajo los accidentes que le encubren y mantienen oculto a la mirada humana.

¡Admirable criatura es la luz, que sosteniéndose, como el hombre, de oxígeno, afecta una especie de vida y movimiento, y oscila a merced del menor soplo, y semeja un ser al que se aplica bien la voz *vida*, cuando está encendida, y la voz *muerte*, cuando está apagada! ¡Hermoso signo, pequeño y resplandeciente, que depone de la existencia del Señor en el tabernáculo!

Allá en los antiguos tiempos, en el templo de SALOMÓN y en el de ZOROBABEL se multiplicaban las luces perennes, porque era la época de las figuras. Ahora (ya lo hemos dicho en ocasión igual) se disminuyeron los signos y se redujeron a una las luces, porque es el tiempo de la realidad.

Los misterios que encubre esta circunstancia, y otras que venimos reseñando, son dignos de meditación, y por eso los queremos poner de relieve profundizándolos con el estudio detenido de ellos, puesto que así hemos agrandado, por decirlo de algún modo, el horizonte del estudio, dejándonos guiar por Cornelio ALÁPIDE, para manifestar los caracteres del fuego en cuanto se pueden comparar a los atributos de Dios, y pensando descender luego a su aplicación.

SAN JUAN DAMASCENO dice que la luz procede del fuego, como el Verbo Hijo de Dios de su Eterno Padre, y que el calor que aquél da (sin dejar de ser una misma cosa el fuego, la luz y el calor), expresa el Espíritu Santo, formándose así una trinidad, por participación de los efectos del fuego, comparable a la Trinidad divina.

Además, como la luz de la antorcha, producto de un pequeño foco ígneo, sube y parece querer desprenderse del pábulo que la alimenta, del propio modo nuestro espíritu tiende a Dios, rotos los lazos de la carne, y en alas de la fe y de la divina gracia se dirige a la esfera superior, para ponerse en relación con quien le dio el ser, y con los bienaventurados, para poder así realizar aquello del Apóstol de *tener su conversación en los cielos*.

El resplandor que produce en su círculo la lámpara eucarística que arde ante el tabernáculo en que reside el Señor es por otra parte un símbolo, una imagen de la luz espiritual que esparce con el ejemplo el hombre virtuoso a la vista de los demás, viniendo a ser *luz del mundo*, como llamó CRISTO en el evangelio a sus discípulos y, por su mediación, a todos los que siguiendo sus huellas edifican a sus hermanos con sus buenas acciones. Bajo todos estos aspectos y otros muchos, es la luz del tabernáculo señuelo y signo de la presencia real, del espíritu humano, y de los muchos misterios que la meditación puede descubrir.

Recordamos haber dicho algo en anteriores artículos de la afinidad que el fuego y la luz tienen con el sacrificio; pero sin haber desarrollado la idea, y por eso queremos hacerlo hoy. He aquí la forma.

En la luz, por pequeña que sea, hay una cremación y un foco ígneo que da origen a aquélla, y hay un objeto, una cosa que se inmola para alumbrar. Esta circunstancia da margen a una consideración trascendental. Porque la Sagrada Hostia supone el sacrificio y está en ella la víctima inmolada invitándonos a imitar su ejemplo y a aplicar el misterio. Todo sacrificio es como una combustión en honra y gloria de Dios, cuyo pábulo es la carne y la sangre, y cuyo resplandor deriva

de la combustión de la cosa, o de la mortificación voluntaria de la persona que se inmola, de suerte que el perfume de la destrucción o inmolación sube al cielo en olor de suavidad, a modo de homenaje a la soberanía de Dios en todas sus criaturas.

Pues bien el pábulo de la luz ante el sagrario se puede comparar a la víctima; el aceite, que allí sostiene el fuego, es como la sangre que místicamente se derrama en el sacrificio; la vida de la pequeña luz que arde en la lámpara, se gasta y se consume a expensas del aceite; la combustión que se opera, es la acción del sacrificio, la lenta occisión que lo constituye. He aquí, muy en pequeño, una representación completa del acto trascendental que se consume sobre el altar.

Cuando hacemos otra aplicación de este símbolo, el hombre que sufre y se impone o acepta la mortificación, a medida que logra poner en ello su voluntad, y se resigna con la de Dios, realiza un verdadero sacrificio a la gloria del Señor, y hay en el fondo de ello una combustión interna, un martirio que gasta algo de vida y la inmola, y por un modo misterioso quema la sangre, y consume y apura lentamente la sensibilidad.

De la misma suerte que la luz de la lámpara, quemando su pábulo, envía la llama al cielo, como si quisiera huir de la tierra contaminada por la culpa, el hombre ha de inmolar su corazón en la presencia de Dios y ofrecerse en holocausto por sus pecados y los del mundo, dando así honor a su divina majestad y ofreciéndole las aspiraciones del alma y los latidos del corazón.

En este caso podemos ser, en algún modo, sacerdotes y víctimas, enviando a Dios como la llama del alma que esté encendida en amor divino, y que rebosa de amargura por su

pequeñez e indignidad, al mantenerse cerca del tabernáculo que nos oculta y atesora al rey inmortal de los siglos.

El espíritu en esos momentos felices es como una llama que sube al cielo, inmolándose el corazón en sacro fuego, y operando en él una combustión espiritual, puesto que la vida humana es obra del fuego interno que la mantiene. En esta cremación hay todos los fenómenos del fuego, luz, calor y pábilo que se consume en honra de Dios. El fuego es el amor divino; la luz es el esplendor de la acción; el pábilo es la víctima que se sacrifica sobre el ara misteriosa del corazón; y el sacrificador es la voluntad humana.

En tal supuesto, la oración es sacrificio; y si es vocal, la víctima son los corderillos de los labios, como dijo el Profeta. En la que es mental, los afectos del suplicante ante el divino acatamiento son modos de inmolación que hace el hombre, ora por el dolor de los pecados, ora por los actos de amor, de admiración, de humildad, de desprecio de sí propio, u otros semejantes que se consuman en el corazón.

En el fondo del tabernáculo también hay una combustión misteriosa, una persona divina y una víctima; de allí ascienden a Dios la oblación, la súplica, la propiciación y la voz de la sangre de JESÚS, que clama al cielo pidiendo misericordia e intercediendo por nosotros.

En el supuesto de estas consideraciones se puede inferir sin violencia que la pequeña lumbrera no sólo es símbolo de la vida eucarística de JESÚS, y un ejemplo que nos llama a imitarla y sacar fruto de sus maravillas; sino que también es un fuego y un hogar incandescente de amor, cuya luz invisible sube directamente al cielo para llegar a los pies del trono del Padre. El pequeño foco, la lucecita simbólica de este misterio

arde y fulgura en las tinieblas de la noche como un testigo al que puede interrogar en su meditación el amante de la Eucaristía, y como un dechado del sacrificio, cremación e inmolación misteriosa, dechado que debe imitar el cristiano.

En esta escena muda se acredita una vez más cómo Dios se complace en dar pequeñas señales y en emplear cosas insignificantes a primera vista para denotar grandes portentos. Por tanto, los que creen en el misterio eucarístico tienen motivo para exclamar con SANTO TOMÁS DE AQUINO: *No hay otra nación que tenga a Dios tan cerca de sí como lo está de nosotros.*

II

¡Ay de nosotros, lectores queridos, si, creyendo esta verdad de fe, no la aprovechamos, imitando el ejemplo que nos da la lámpara sacramental consumiéndose y quemándose ante la víctima divina sacrificada que reside en el tabernáculo!

Llevemos a los pies del altar nuestra alma encendida en amor divino, como lo está la luz simbólica, que supone el fuego que la produce y de que venimos hablando. Meditemos los misterios que significa aquella luz perenne y las maravillas que se operan en la hostia, que es como el velo y la sede augusta del Dios escondido. Y uniendo a aquélla vida misteriosa nuestra vida, ofrezcamos a CRISTO nuestro homenaje reverente y todo nuestro corazón para que lo inflame en santas aspiraciones.

Con este objeto, y para recordar tales tiernas ideas secretas analogías y graves arcanos del amor divino hemos bosquejado el cuadro y tratado de profundizar la significación

de la luz bendita, hija de la cremación significativa del pábulo que la causa; de la luz que llevamos por enseña de nuestras tareas periodísticas. Porque, a nuestra vez, esta humilde publicación viene a ser, como varias veces dijimos, una lámpara que bajo toscas apariencias está asimismo encendida ante el sagrario para acrecentar el amor a su huésped, y para ser el modesto heraldo de su culto, y el fiel servidor de la casa de Dios que llama a la gente a su intermediación bienaventurada.

Estas someras reflexiones conducen a demostrar que si, bajo el aspecto de la *luz*, la lámpara que tomó por nombre nuestra humilde revista es un símbolo adecuado al misterio eucarístico, bajo el concepto del *fuego*, o foco que produce la luz, la pequeña lumbrera eucarística que anuncia al católico la presencia real no es menos significativa.

Y como no es frecuente haber fuego sin luz y sin calor, ni suelen tampoco éstos darse sin aquél, *resulta ser perfecto en el orden metafórico el símil del fuego, la luz y el calor para denotar la Trinidad beatísima, el Sacrificio del altar, la oración de JESUCRISTO que sube del tabernáculo, y la oración del cristiano ante la divina y adorable Eucaristía.* Que es lo que nos propusimos argumentar.

Capítulo 18.

Luz inaccesible, inmensa, inenarrable²⁰

I

Al comenzar nuestras tareas en el año décimo-octavo de nuestra humilde publicación, debemos ante todas las cosas, enviar a Dios acciones de gracias, por el señalado favor de permitirnos escribir durante tan largo período en su alabanza, no obstante nuestra indignidad; y por la no menor merced de dar a nuestra modesta empresa, alguna fecundidad en la propaganda eucarística. Gloria a Dios.

Cumplida esta dulce obligación, hemos de seguir también en el presente año y artículo la costumbre establecida de hablar de la luz, puesto que la lámpara que hemos tomado por enseña de nuestro periódico, es un vaso colocado entre el cielo y la tierra, y este vaso contiene una luz encendida, delante del tabernáculo de Dios con los hombres, significando la luz indeficiente que atesora el sagrario.

SAN PABLO, en su *Epístola primera a Timoteo* (capítulo VI, versículo 16), después de manifestar en el anterior versículo que JESUCRISTO es *rey de los reyes y dominador de los que dominan*, continúa con estas palabras: *Solo Él tiene la*

²⁰ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 18, 1887, págs. 1-13.

inmortalidad y habita una luz inaccesible, que ningún hombre vio, ni puede ver. Comentado estas frases los sagrados intérpretes, definen la *luz divina*, explicando su *inaccesibilidad* y la incapacidad del hombre para acercarse a ella, añadiendo el sabio ALÁPIDE que esta luz es el mismo esplendor, y la misma gloria increada de la majestad divina, *inmensa e inenarrable*; que es fuente de toda luz, de toda claridad, de todo conocimiento y gloria; y en una sola palabra, que es el mismo Dios que, por antropopatía, se dice habitar Dios en esta luz, porque Dios no tiene casa en la que habite, sino que habita, esto es, existe en sí mismo. Por esto llama el himno de laudes al Verbo divino *esplendor de la gloria del Padre, luz procedente de luz, luz de luz, fuente de lumbre, día que ilumina el día, verdadero sol que se desliza brillante de hermosura perpetuamente.* Y por esto llamaba asimismo el Credo de Nicea al Verbo *lumbre de lumbre, o luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero.*

ALÁPIDE advierte que esta luz es inaccesible para nosotros; esto es, que el hombre no llega a verla; de donde infiere que para nosotros no es luz, sino oscuridad. Al efecto cita a los profetas y a MOISÉS, que sí vieron a Dios, y que dicen que *las tinieblas son su oculto asiento.* También cita el Salmo XCVI cuando expresa que *en su derredor hay nubes y oscuridad.* Y también recuerda que SAN DIONISIO expresa que *Dios es inaccesible por su eximia claridad y por su inmensa abundancia de luz.* Por esto, añade Cornelio ALÁPIDE, se llama a Dios en las Escrituras *nube y oscuridad*, porque su luz constriñe los ojos de suerte que éstos no puedan ver la infinita gloria de Dios, y sólo vean tinieblas y oscuridad, o nubes.

Estas bellísimas palabras dan lugar a colegir la excelencia de esa hermosa criatura la luz, que es imagen de Dios; y a pensar que el resplandor que despiden los cuerpos

luminosos, y que los astros se envían recíprocamente, significa la presencia de Dios en el universo y su potencia infinita; y atestigua su amor a las criaturas todas, y especialmente a los seres inteligentes y libres, a quienes Dios alumbró con su luz en el orden material, así como los sustenta con su providencia, haciendo destellar en nuestro globo la acción benéfica del sol que fomenta la vida vegetal, que da salud y vida al reino animal, y que pregona a los seres inteligentes que, a la manera que el sol todo lo vivifica, mantiene y esparce vida por el ámbito de la tierra, así la gracia de Dios busca en cierto modo al hombre y le solicita, le espera y le favorece en términos que apenas el pecador se vuelve a Dios, como otro hijo pródigo, el Padre celestial le tiende los brazos, le devuelve la primitiva estola, y le festeja, a punto de decirnos el evangelio que *hay más gozo y alegría en el cielo por un pecador arrepentido, que por noventa y nueve justos, que no necesitan penitencia*. ¡Qué bondad tan grande! ¡Qué consecuencias tan bellas sugiere para el hombre espiritual un solo rayo de luz!

En la creación, en la economía del universo, la luz es una hermana menor de la gracia divina, que también es luz, y que *alumbró a todo hombre que viene a este mundo*, como dice SAN JUAN, llamando al Verbo encarnado *luz verdadera a la que no comprendieron las tinieblas*. En virtud de estas premisas, y recordando que el mismo JESUCRISTO dijo de sí a SAN JUAN: *Yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no anda en las tinieblas, sino que tendrá la lumbre de la vida* (Capítulo VIII, versículo 12), se infiere que, en el Santísimo Sacramento está la luz y lumbre de la vida, porque allí está *CRISTO, rey del mundo*, como dice la glosa de este texto, y según afirman los santos padres y los sagrados intérpretes comentado las palabras del evangelio a las que nos venimos refiriendo.

Pero de analogía en analogía, volviendo a la idea de ser *inaccesible la luz que Dios habita*, viene a verificarse también en la presencia real de CRISTO en la Eucaristía la propia inaccesibilidad, pues así como de la luz divina se lee, en el salmo atrás citado, que *la oscuridad y las nubes están en el circuito de Dios*, así acontece en la sacrosanta hostia que los sentidos del hombre están en tinieblas respecto a la presencia real, y que la nube de la especie consagradas encubre y oculta a Dios allí presente, y no nos deja ver al Verbo encarnado, por la concomitancia del cuerpo de CRISTO. En éste se convierte el pan por la consagración; y este cuerpo se halla unido a la sangre, al alma y a la divinidad, de que el cuerpo del Señor es inseparable, aunque por la fuerza del sacramento sólo se convierten sustancialmente las especies: el pan de la hostia en su cuerpo, y el vino del cáliz en su sangre, permaneciendo ésta y aquél ocultos a nuestra vista.

Por este orden de consideraciones se llega a deducir que la sacrosanta Eucaristía es luz de Dios, Dios luz, y Dios verdadero de Dios verdadero, y que allí habita también el Señor una luz inaccesible, pues no sólo se eclipsa allí Dios espíritu, o sea la divinidad de CRISTO, sino también su humanidad, que mora en el adorable Sacramento de cierto modo espiritual y sustancial, como dicen SANTO TOMÁS y los teólogos, sin que deje de hallarse allí todo CRISTO con su divinidad y su humanidad; siendo el aparente eclipse una verdadera nube en la que habita el Señor, pues en esto consiste uno de los más estupendos milagros de la transustanciación eucarística.

Y sin embargo, allí se nos revela como se revela Dios, ocultándose, cual conviene a nuestra condición humana, y a los fines misericordiosos de su advenimiento a la Eucaristía. Y también, por lo tanto, se puede hacer al Santísimo Sacramento

la aplicación literal del texto de SAN PABLO al principio citado, por lo que hace a la inaccesibilidad, pues en la hostia no puedo verlo el hombre, y por consecuencia de todo, se puede también aplicar la frase evangélica de que allí *CRISTO es la luz de mundo*, y que el que frecuenta la comunión dignamente, no anda en tinieblas y tendrá la lumbre de la vida. La luz de la vida, en cuanto fue viador; la luz de la doctrina, en cuanto allí está, y nos comunica la eterna sabiduría; la luz de la gracia divina que nos trae y aproxima la presencia real, y por eso dice el texto (*Proverbios IV, 12*) que *el camino de los impíos es tenebroso*; y que garantiza, en fin, la lumbre de gloria, que es la bienaventuranza, pues la Iglesia repite que es prenda de gloria eterna la sagrada comunión, el sagrado convite en que tomamos a CRISTO, y en el que recordamos la memoria de su pasión.

Confutando a los maniqueos, que defendían que CRISTO era el sol, opone SAN AGUSTÍN que CRISTO no es el sol, sino el que hizo el sol; pues dice SAN JUAN, que *por Él han sido hechas todas las cosas, y que sin Él nada ha sido hecho. CRISTO es, sigue el santo doctor, la luz que hizo esta luz: que a éste amemos, que a éste deseemos entender, que de éste tengamos sed; y que vengamos algunas veces a esta luz, para que en ella vivamos y nunca enteramente muramos. Pues por esta luz se ha hecho la luz del sol, y la luz que hizo el sol, bajo del cual nos hizo a nosotros; pues se ha hecho a sí bajo el sol, por nosotros. Por nosotros se ha hecho bajo el sol lumbre quien hizo el sol. No quieras, prosigue el santo, despreciar la nube de la carne que lo oculta. Con la nube se oculta, no para oscurecerse, sino para templarse. Por esto, puede la luz indeficiente, la luz de la ciencia, la luz de la sabiduría, decir a los hombres hablando por la nube de la carne: ¡Yo soy la luz del mundo!*

Esta misma doctrina puede acomodarse a la real presencia de CRISTO en la Eucaristía, si bien en ella hay la nube de la carne de CRISTO, y la doble nube de las especies del pan y el vino que ocultan la carne de CRISTO también. Según BEDA y SAN AGUSTÍN, *la lumbre de la vida* del texto de SAN PABLO es en la eternidad la lumbre de la gloria que los justos percibirán en el cielo; y es en este mundo la lumbre de la fe, de la prudencia y de la sabiduría cristiana que nos conduce a la lumbre de la gloria, es decir, a la misma bienaventuranza. Porque la fe es una antorcha que, en las tinieblas de los vicios y errores de este mundo, nos enseña el camino de la virtud por el que sin tropiezo procedemos al cielo y a la eterna beatitud. Moralmente, se entiende, por la frase de CRISTO de que Él es la luz del mundo, y que debemos imitar su doctrina y su vida.

De todos modos, y por todos los expresados conceptos, la luz creada es signo, símbolo, testigo, expresión, de la presencia divina de la luz eterna: ya en el mundo que alumbra y sostiene por esencia y potencia; ya en el orden puramente espiritual y místico; ya en el orden moral; ya en la esfera del augusto Sacramento, en donde el misterio y la existencia de CRISTO en el altar y en el sagrario se denota también por otra luz: esto es, por la pequeña lumbrera que arde enfrente del tabernáculo, y que hemos adoptado por símbolo y enseña de nuestra revista, como escritores amantes del Señor oculto bajo las especies eucarísticas; o sea, de CRISTO, a quien se consagra nuestra tosca pluma.

Desde la luz inaccesible que habita Dios hasta la diminuta lucecita de la lámpara sacramental hay abismos que ha salvado la encarnación y que vencen las palabras de la consagración. Aquélla es la luz indeficiente, eterna, que reside en Dios y que Dios habita en ella. Ésta es la luz más tenue y débil de la luces, pero que anuncia, como la estrella de los

magos, los misterios de la encarnación y de la consagración, y la presencia real de su divina majestad, del rey de reyes y dominador de los que dominan, por quien se hizo todo lo que existe.

Del CRISTO venidero dijo el salmo que *puso en el sol su tabernáculo, y que es como el esposo que procede de su tálamo*. Viene a través de los siglos a reposar ocultamente en el fondo del sagrario, para visitar a las almas amadas de su corazón. Por eso exclama el salmista, que viene de lo más excelso del cielo, y tomó carrera hasta lo sumo de su alcance, esto es, a las fronteras de la nada, por el modo de ser que tiene en la Eucaristía, siendo en ella invisible, sin aspecto, ni color, ni dimensiones, ni material ocupación de espacio o lugar. Cual gigante de caridad se levantó de su trono, a cierta hora del tiempo, para recorrer su camino. Y el término de su viaje es el corazón cristiano, *summum ius*, de aquel que le recibe con ansia en comunión sacramental.

Infiérese de estas someras indicaciones que ocurren al meditar la doctrina de SAN PABLO y el concepto del mismo CRISTO en el *Evangelio de San Juan*, que así como la luz es Dios, y el Verbo es luz de luz, y Cristo es la luz del mundo encendida sobre el candelero de la humanidad; o, como dice SAN GREGORIO, que CRISTO es un vaso de barro por la humanidad que oculta la luz indeficiente del Verbo, unido hipostáticamente a aquella humanidad; y que, según SAN PEDRO, es la lucerna ardiente en lugar tenebroso, hasta que aparezca en todo su esplendor el lucero en el gran día del juicio universal, pensamiento que es aplicable a la vida eucarística de CRISTO, y al advenimiento del mismo como triunfador sobre las nubes del cielo, allí permanece oculto tras las nubes del Sacramento, y se comunica allí reservadamente a las almas sencillas.

Resulta asimismo patente que la frase del profeta, *¡Oh, verdaderamente eres un Dios escondido!* es así una idea adecuada, o adecuable, a la inaccesibilidad del Señor en su vida íntima, como acto puro y espíritu invisible, como a su manera de aparecer en la zarza del monte santo a MOISÉS; cual en su presencia en la columna de nube, que marchaba delante de los israelitas en el desierto; o en su presencia en el propiciatorio del arca santa del tempo de SALOMÓN y de ZOROBABEL; y en la misma persona de CRISTO, que cubría la divinidad con las apariencias de la humanidad; y en su presencia real en la vida eucarística de CRISTO Nuestro Señor, vida oculta y escondida por el tupido y doble velo de la carne, y de los accidentes, que cubren asimismo la humanidad, sin dejar de hallarse presente el Señor bajo las apariencias del sacramento augusto.

En el fondo de todas aquellas maneras de ser está como velada y oculta la luz indeficiente del Verbo. Y para testigo y señal de su presencia enciende la Santa Iglesia una pequeña lumbreira en un vaso suspendido, que da testimonio de CRISTO, allí sentado calladamente en su trono de gracia, para brindarnos misericordia, y que hallemos su poderoso auxilio en tiempo oportuno, en palabras de SAN PABLO. Así como el sol brilla en nuestro sistema astronómico, y con su esplendor da fe y testimonio de la existencia de Dios, así el Señor preside la creación, conservándola con su potencia infinita Y todas sus criaturas esperan en Él para que les dé su alimento en tiempo oportuno y para que llene todo animal de bendición. Del propio modo, y metafóricamente hablando, la lámpara encendida de la fe cristiana alumbrá nuestra mente y enciende la antorcha del amor en nuestro corazón para creer, esperar y confiar en Dios, invisible a nuestros ojos, en todas las maneras de su ser eterno e inmortal.

Por todas partes, pues, podemos colegir: Que hay la *luz inaccesible, eterna e increada*, que es Dios Padre. Que hay la *luz de luz* que es Dios Hijo, engendrado eternamente del Padre. Que hay la *luz de luces* que es el Espíritu Santo. Que hay la fuente de eterna luz, *luz de la creación entera*, que es el sol; que hay la *luz del mundo*, que es CRISTO por su esencia, por la encarnación, por su ejemplo y su vida pública, por su vida secreta y por su vida de pasión; Que hay la *luz velada* y más oculta aún en su vida eucarística. Que la luz es su evangelio y su ley, y que por eso dijo el Profeta Rey que la palabra de Dios era lucerna para los pies, y que la vía de los impíos era tenebrosa y no saben a dónde corren. Y que por todas partes, en la excelsas regiones de la gloria, en las esferas de la gracia, en el reino de la naturaleza y en el orden místico, brota la luz por do quiera, y da testimonio esplendente de la existencia de Dios y de sus inmensos beneficios a sus criaturas, siendo Él mismo luz, y sus emanaciones luz, y su luz modo de hablar a las almas y enseñarlas el camino que conduce a Él.

Bajo esta figura simbólica de la luz parece que Dios nos habla, y nos asedia con su amor, y nos persigue a todas partes con perseverante afecto, siendo su Verbo encarnado, como dijo el anciano SIMEÓN, *lumbre para la revelación a las naciones, y gloria de su pueblo escogido*. Y por eso, luz de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana que rige CRISTO en persona desde su tálamo real, que es el tabernáculo de Dios con los hombres, a donde vino para limpiar toda lágrima de sus ojos, como dice el *Apocalipsis*.

II

A este lumbrera diminuta delante del sagrario, la última en el orden gradual de los objetos luminosos que a Dios

revelan; a este tibio y casi invisible resplandor de la lámpara del santuario, cuya pequeñez tan bien se acomoda a la insignificancia e indigencia de sus dones, y a su pobre condición, hemos pedido prestado el nombre de la publicación para llevarlo con santo orgullo. A ella también hemos acudido para que nos alumbre en la senda de la vida periodística, por si su simbolismo nos ampara, y por si él nos atrae una centella del fuego que arde en la Sión metafórica, que es la Iglesia, bajo todos conceptos, y que deriva de la Jerusalén celestial.

Bajo este lábaro hemos combatido diecisiete años, y venimos a seguir nuestra campaña como soldados de la legión eucarística, que han ofrecido su vida al servicio del rey amoroso e inmortal, en cuyas pacíficas huestes nos hemos afiliado para morir con Él y por Él, y a consagrarle con nuestra pluma nuestro corazón, contribuyendo tal vez, siquiera modestamente, a su gloria, y al mayor culto y devoción de los fieles al Sacramento, en el grado que podemos aspirar a ello, aunque recordamos que sin Él, que sin su gracia, no podemos agradarle ni servirle.

Ayúdenos nuestros lectores con sus oraciones a continuar el propósito. Y con su óbolo de suscripción, a continuar la empresa. Y no nos escaseen su indulgencia, por nuestros defectos e irregularidades e incorrecciones, para alcanzar la perseverancia y luchar hasta el último aliento por la gloria de Dios y cooperar a su culto eucarístico, y exhalar el postrer suspiro, en espíritu, o en verdad, a los pies de JESUCRISTO sacramentado, impetrando su misericordia, para nuestras culpas, y su bendición para nuestro viaje a la eternidad.

Capítulo 19.

Luz verdadera que ilumina a todo hombre²¹

I

Venimos a comenzar un nuevo año que es el decimonono de esta pobre revista eucarística, y lo primero es dar gracias a Dios que, no obstante nuestra pequeñez e insipiencia, se ha servido otorgarnos esta merced, tan poco merecida como indignamente desempeñada. Nos habíamos propuesto una cosa, no sólo superior a nuestras fuerzas, sino imposible, tanto por la humana miseria, cuanto por la falta de medios para llevar la empresa a su término. Sólo Dios pudo sostenernos hasta aquí a través de las dificultades de todo género que hemos superado.

Al volver la vista atrás, hay motivo de confusión y vergüenza, por los innumerables defectos, imperfecciones y faltas que reconocemos. Estas condiciones son nuestras. Si por ventura hay en ello algo bueno, incluso la intención, es de Dios. ¡Bendito y alabado sea, que, como dice el Apóstol, quiso ostentar en esto toda su paciencia!

¡Con cuántas ingratitudes y faltas hemos realizado y alternado el propósito! Solo Dios lo conoce. Nunca se dio tal

²¹ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 19, 1888, págs. 7-16.

vez mayor contraste entre la misericordia divina y la humana flaqueza. Si fuésemos espiritualmente más buenos, mejor hubiera sido la obra. Porque nos sugiere la fe que los defectos del obrero indigno y desagradecido a la vocación son un castigo justo que amengua su mérito y redundante en daño de lo que hace o escribe, mayormente en el orden espiritual.

De esto tenemos que pedir a Dios perdón. Y también a nuestros lectores que toleraron tanta imperfección y sufrieron tanta inexactitud, en el curso de esta empresa esencialmente buena.

Lo más grande es que, a pesar de todo, quiso Nuestro Señor dar gran fruto a este ensayo osadamente hecho y toscamente ejecutado. ¡Qué portento de clemencia! Hubo grandes períodos de vida periodística en que casi una sola persona, con el favor de Dios, redactaba, administraba y hacía todo lo preciso para sostener con mano trémula esta pequeña lámpara, metafóricamente hablando, encendida delante del tabernáculo del Dios escondido.

Estas consideraciones acudieron muchas veces a nuestro ánimo, y acaso debieron retraernos de continuar el propósito. Pero pudo más la paciencia de Dios con nosotros, que la fuerza de aquellas reflexiones. Y no solo pudo, sino que dio a nuestra indigencia un fruto copioso, pues aunque la revista siempre y en todos los sentidos vivió pobremente, brotó de ella el *Centro Eucarístico de Madrid*; y de éste, *Secciones de Adoradores*, y más tarde *Secciones de Camareras de Jesús Sacramentado*; y surgió otro nuevo *Centro Eucarístico en Valencia*; y se fundaron otras *Secciones independientes* de uno y otro, produciéndose en diez años hasta en veinticuatro diócesis setenta agrupaciones, fecundadas por la bendición de los prelados que puso Dios para regir su Iglesia, llegando acaso

a cinco mil los socios de los diversos pueblos en que se iniciaron las *Secciones Eucarísticas* de veladores nocturnos y de *Camareras de Jesús Sacramentado*.

Ayúdenos los lectores a dar a Dios gracias por tamaños beneficios, y roguemos al Señor que la propaganda continúe, y que envíe trabajadores a su viña.

Cumplido este deber de gratitud y reconocimiento con Dios nuestro Señor, de quien procede todo bien, de que se dignó hacernos instrumento inmeritísimo e indigno, queremos continuar la costumbre de hacer este artículo de entrada por los mismos moldes que los años anteriores.

II

La luz y sus analogías con Dios y con la Sagrada Eucaristía ha sido siempre el asunto de los mal pergeñados renglones del artículo inicial de la revista, y la luz será, si Dios nos ayuda, objeto del presente, procurando hallar algo nuevo para no repetir.

A este propósito se nos ocurrió la atrevida idea de estudiar el versículo 9º del capítulo I del *Evangelio de San Juan*, que figura al frente de este libro, sirviéndonos de guía el sabio ALÁPIDE, y de lema el versículo citado.

Dice el texto en cuestión que *CRISTO es la verdadera luz que ilumina todo hombre que viene a este mundo*. Ya no se trata, por tanto, de analogías, sino de uno de los nombres y atributos del Verbo humanado, de aquella luz, de aquella verdadera luz, como dice el original griego, y decimos original

porque el *Evangelio de San Juan* se escribió la vez primera en idioma griego.

Según el célebre expositor Cornelio ALÁPIDE, en primer lugar, *la razón fundamental de este concepto es, que el Verbo Divino es la luz primera, increada, natural y por esencia. Y todos los santos son luz, solo por comunicación y participación del Verbo; porque todos mendigan de CRISTO la lumbre de la fe y de la gracia, como la luna y los planetas del sol, porque si con CRISTO se comparan, son superados por Él infinitamente, y aquellos no merecen nombre de luz. Por tanto, sólo CRISTO es luz, y solo Él merece el nombre de luz; como el nombre de Dios en Jehová, o El-que-es, porque él mismo es el verdadero, eterno, esencial, inmenso ser, y todos los demás seres reciben de Él una partícula de entidad; porque respecto de Dios, tienen un ser tan imperfecto y diminuto que parecen más bien no ser, que ser; y son como una sombra del ser bajo todos conceptos inmenso que es Dios, quien por lo mismo es el verdadero ser. Por eso dijo CRISTO: Es el verdadero (Dios Padre) que me envió.*

En segundo lugar, CRISTO es la verdadera luz del mundo, porque su doctrina y la fe es opuesta a las falsas doctrinas de los filósofos gentiles, de los sarracenos, de los herejes, de los ateos, etc. Pues la verdadera luz es mera, pura, sincera y genuina, que nada tiene de fingido, nada de oscuridad, nada de sombras, nada amenguado de luz.

En tercer lugar, CRISTO nos ilumina más verdadera y perfectamente que toda luz corpórea, de modo que se puede decir aquella metáfora, de que por esto la luz espiritual se dice merecer ella sola el nombre de luz, y la luz corpórea, por el contrario, sólo es como sombra. Del propio modo, y en este sentido, dijo CRISTO: Yo soy la vid verdadera y se llama en

otro pasaje el verdadero pan. Así se ve que se llama verdadero frecuentemente, lo que es perfecto, eminente y de toda excelencia.

Y en cuarto lugar, CRISTO es luz verdadera, porque latísima y perfectamente, por todos lados difunde su lumbre; de lo que se sigue que es luz adonde quiera. Pues, como continúa SAN JUAN, ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Todos los fieles y los santos, en cuanto lo fueron y en el número que lo fueron desde el principio del mundo, y son y serán, todos recibieron, reciben y recibirán de CRISTO la lumbre de la fe y de gracia. SAN JUAN BAUTISTA fue solamente luz de Judea, que es decir ángel de la tierra, y esto sólo en tiempo de HERODES. Y lo mismo acontece con todos los santos. Por último, SAN JUAN BAUTISTA y los demás sólo exteriormente con voz sonora enseñaron a sus oyentes, pero no pudieron ilustrar el entendimiento por sí e inmediatamente, cuando una y otra cosa hizo CRISTO. Porque la voz solamente hiere los oídos, pero CRISTO, con su gracia, hiere e ilumina la mente; de lo que se deduce, que sólo de Él se dice que alumbró a todo hombre. Por tal razón es llamado CRISTO alternativamente por JUAN verdad, como dijo de acuerdo CRISTO: Yo soy la vía, la verdad y la vida.

En CRISTO fue toda verdad. Y es cuádruple, a saber: verdad del ser, verdad del entendimiento, verdad de la boca, y verdad de la obra. La verdad se esconde en lo oculto, y así la verdadera divinidad se halla oculta en la humanidad de CRISTO. Sin embargo, aquélla no puede permanecer siempre oculta, por lo que dice CICERÓN en su Discurso en defensa de Celio: ¡Oh gran fuerza de la verdad, que contra las industrias, habilidades y sutilezas de los hombres, y contra la malicia de todos, se defiende a sí misma! De aquí que la verdad se puede apremiar, pero no se puede oprimir, a la manera que el sol

cuando está oculto por las nubes; pero pronto las disipa con la fuerza de sus rayos, y brilla claro: así la verdad, así CRISTO.

Hasta aquí ALÁPIDE en el comentario del versículo citado, que continua después disertando bellamente sobre la analogía y etimología de la palabra Verbo y de lo verdadero para inferir que el *verbo* humano es la imagen verdadera del pensamiento y de la cosa pensada y entendida.

Dedúcese de la doctrina de nuestro predilecto expositor, que la luz no sólo es una imagen de Dios, sino que el Verbo es luz verdadera, y de consecuencia en consecuencia, que no puede haber en el orden físico una imagen o símbolo más adecuado a la divinidad, y por lo tanto al Verbo, y por lo mismo a CRISTO, que es la luz; toda vez que CRISTO es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, que es lo que tratábamos de demostrar en primer término en la presente oportunidad, como en otras ocasiones semejantes.

Se colige además que, si en general y en todas ocasiones y aplicaciones, el Verbo es luz indeficiente y eterna, y el Verbo humanado, en una palabra solo CRISTO, es la verdadera luz que ilumina el entendimiento y alumbrá a todo hombre que viene a este mundo, esto ha de ser en todas la maneras de ser que CRISTO adoptó desde su nacimiento, en cuanto hombre, hasta su vuelta a la diestra del Padre, y después, y por lo mismo, es luz en el augustísimo sacramento del altar, pues allí reside, aunque en cierto modo espiritual, como dice SANTO TOMÁS, real y sustancialmente, con todos los atributos de la divinidad y con todos los méritos de la humanidad, reproduciendo místicamente el santo sacrificio del calvario, cuyos frutos nos brinda desde aquel su trono de gracia, y especialmente en la comunión espiritual y sacramental.

Y de aquí, como por una vía lógica de innegables deducciones de las verdades de fe, la lámpara del santuario que nos ha prestado su nombre es un símbolo, una señal, una imagen participada, un débil y pequeño testigo, pero dulce, bello y feliz nuncio de la presencia real de CRISTO en el tabernáculo.

La recepción del Santísimo Sacramento nos comunica esa luz indeficiente y eterna, y produce en el hombre bien dispuesto para aquel acto sublime como una reverberación de luz divina en el entendimiento, una centella del amor divino en la voluntad, y una extinción del fuego de la concupiscencia en todo el organismo que apaga los ardores impuros, aplaca los arranques de la ira, predispone a los sentimientos de caridad y, matando en germen los deseos que nos alejan de Dios, facilita la subida por la escala de las virtudes cristianas, hasta llegar el comulgante a vivir en Dios, o de Dios, de modo que el mismo Dios haga en él su morada, y vaya y venga a él; como dice el texto sagrado del Antiguo Testamento; y como atestigua el evangelio, cuando afirma CRISTO que el que come su carne y bebe su sangre vive en Dios y Dios en él, hasta que en ese hombre veamos la eterna luz, y que se realiza aquella frase de DAVID, que *en tu lumbré veamos la luz*, que es el conocimiento de Dios, tal como es, a saber, rostro a rostro.

Cuando el católico ferviente mira en el templo aquel señuelo de la presencia real de JESUCRISTO en la Sagrada Eucaristía; cuando sus ojos al atravesar la calle y las inmediaciones de la Iglesia perciben el resplandor de la lámpara sacramental que se descubre por las ventanas de la casa de Dios, debe saludar al huésped del tabernáculo, y traer a su memoria: que allí mora; que allí permanecerá perennemente hasta la consumación de los siglos; y que desde allí nos asiste

con su deprecación, nos invita con su perseverancia bajo las especies, y nos brinda su cuerpo sagrado en comunión sacramental para vivir en nosotros y servirnos después de viático para la despedida de este mundo, y para el viaje a la eternidad.

El resplandor de la luz corporal que reciben los ojos sirve para ver los objetos, reproducir su imagen en el entendimiento, y formarnos de ellos eso que se llama idea o reproducción interior de la forma y cualidades del objeto.

Pero la luz interior de la fe, la luz espiritual de la gracia divina y la participación del cuerpo adorable de CRISTO en el sagrado banquete inoculan en el alma la luz de CRISTO, y nos asimilan a Él. Mejor dicho, Él nos asimila a su sagrada persona viviendo en nosotros, porque es luz y fuego del hogar siempre subsistente de la celestial Jerusalén.

Capítulo 20.

Luz foco de amor²²

I

Al escribir el artículo de entrada al año vigésimo de esta humilde revista, cúmpenos ante todas cosas dar a Dios fervientes gracias por haber llegado hasta aquí, en medio de las vicisitudes que nos han rodeado, y no obstante los desfallecimientos, tibieza, imperfección y aislamiento en que nos hemos visto.

Sólo a Dios debemos la perseverancia y lo poco bueno y bien escrito que haya en el periódico. Nuestras son las imperfecciones, las faltas, la incorrección del estilo y la pobreza de las formas de expresión.

Sin embargo, como la falta de verdad no es modestia sino afectación, hemos de confesar que, merced a la clemencia divina, no hemos carecido de buen deseo. ¿Por qué hemos de negarlo?

Fundamos esta publicación para acrecentar la devoción a JESÚS Sacramentado en los lectores, y con el mismo propósito continuaremos, mientras Dios nos conceda vida, nos

²² Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 20, 1889, págs. 1-11.

ayude la cooperación de los lectores, y no nos falten los medios de todo género que son necesarios.

Dicho esto, como el cumplimiento de un deber imperioso, ensayaremos por la vigésima vez escribir acerca de la analogía y afinidad de la luz con la existencia y atributos de Dios, en las Santas Escrituras, viniendo a aplicar la idea concretamente a la vida eucarística de CRISTO nuestro Señor que, bajo este punto de vista, es el objeto de nuestros amores y el sujeto a que se encamina nuestra adoración, nuestras vigiliias y nuestros desvelos en la confección de esta pobre revista.

Dejando aparte el sentido metafórico, digámoslo así, el alma de toda lámpara es un punto luminoso y un foco ígneo, aunque sea mínimo, que da calor y lo comunica indefinidamente con la luz a todos los objetos combustibles que se acercan a la lucerna. Lucerna que, como dice SAN PEDRO, *arde en lugar tenebroso hasta que el día resplandezca y salga el lucero en nuestros corazones (II Carta de San Pedro, 1,19)*.

La verdadera lámpara del santuario es, por lo tanto, símbolo y figura de la vida eucarística de CRISTO. Y hemos tomado su nombre para expresar, a nuestra vez, que queremos emular la luz sacramental, en lo de significar nuestro único propósito de consagrar enteramente nuestros imperfectos y pequeños esfuerzos al culto, devoción, adoración y agradecida comunión de JESUCRISTO, Dios y hombre verdadero, escondido en la hostia sacrosanta bajo el velo de las especies consagradas.

Pero volviendo a hablar de la criatura noble y hermosa de la luz y de sus relaciones metafóricas y simbólicas, séanos permitido recordar algunas ideas fundamentales, que no venimos a comentar hoy, sino a recordarlas, como punto de

partida de una modesta disertación eucarística, más práctica que la de otros años en semejante ocasión.

II

Dios habita una luz inaccesible que ningún hombre vio ni puede ver (I Carta de San Pablo a Timoteo, VI, 16).

Esta luz es el mismo esplendor y gloria de la majestad divina, increada, inmensa, inenarrable, que es fuente de toda luz, de toda claridad, de todo conocimiento y de toda gloria: y esta luz es el mismo Dios (ALÁPIDE. *Comentario a la I Carta de San Pablo a Timoteo*, texto citado).

El Verbo Divino es luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, según declaró el Concilio Niceno.

La luz de Dios es inextinguible (*Sabiduría*, VII, 10).

El Verbo hizo nacer en el cielo la luz indeficiente (*lumen indeficiens*) (*Eclesiástico*, XXIV, 6), porque salió de la boca del Altísimo antes que toda criatura (*Ídem*), siendo el candor de la luz eterna el espejo sin mancha y la imagen de la bondad del Padre (*Sabiduría*, VII, 25).

Estos atributos de la divina persona del Verbo los conserva indudablemente después de la encarnación, incluso el simbolismo de la luz; pues se lee en el *Evangelio de San Juan* (XXIII, 46): *Yo, la luz, vine al mundo para que todo el que crea en mí no permanezca en tinieblas*. Y lo mismo repitió CRISTO en otras muchas ocasiones que sería prolijo señalar.

Establecidas estas verdades, que son dogmáticas, nos ocurre investigar, y es el principio de nuestra tarea, *cómo es todo esto aplicable a la Eucaristía*. Más claro: *cómo es luz CRISTO en el Sacramento*; de qué modo obra bajo ese misterio, como luz que ilumina y fuego que enciende los corazones en el amor divino, por su presencia real; o en la adoración del fiel cristiano y en la comunión sacramental; y, en fin, cómo debemos coadyuvar a estos excelentes fines por nuestra parte.

En punto a lo primero nadie, y menos un fiel cristiano, ha osado negar que el Verbo, segunda persona de la beatísima Trinidad, al tomar carne en las purísimas entrañas de la santísima VIRGEN MARÍA, queriendo asimilarse a nosotros para hacerse misericordioso, vino al seno virginal con todos sus atributos, y sin sufrir por ello la menor vicisitud ni modificación; antes, adquirió una voluntad humana, hija de un alma también de hombre, que vivió en su vida mortal y en la eucarística para informar la humanidad, unida al Verbo hipostáticamente, esto es, bajo un solo supuesto personal. Por lo mismo, si luz indeficiente e inextinguible era el Verbo en el seno del Padre, luz indeficiente e inextinguible fue en el seno de la inmaculada Virgen de Nazaret; y en su vida secreta de treinta años; y en su vida pública de tres; y en sus quince horas de pasión y muerte; y luz indeficiente es en su presencia real o vida sacramental en nuestros tabernáculos, puesto que está allí brindándose, entregándose, aunque sin dejar la diestra del Padre, como dice el Himno.

Por otra parte, aunque es un *Dios escondido* como anunció ISAÍAS, no es inactivo, ni está muerto, ni carece de todo su poder; y desde allí obra, ora, reina en los corazones, consuela, conforta, envía su gracia previniente, ayuda con su potencia infinita y fomenta con su presencia y enérgica solicitud el amor y la virtud en los corazones, y dispensa los

cuidados de su providencia eucarística a los que le aman, le reciben y le buscan con espíritu humilde y con ánimo contrito.

Aunque en la humanidad a que se unió la divinidad, estando vivo el Señor, no había términos de salir sin maravilla de los límites del cuerpo el alma humana de JESÚS, hoy en estado glorioso y con las cuatro dotes de gloria (de carne, sangre, alma y divinidad) alcanza su infinito poder a toda la creación.

¡Ah! Pluguiera a Dios que los ojos mortales percibiesen los rayos de la gracia y la luz divina que cual saetas impregnadas de misericordia y caridad, despiden el Señor desde su trono eucarístico a los fieles, y tal vez a los que no son de su rebaño, para prender las almas.

La fe lo atestigua: con los ojos de esta virtud, que son los del alma, vislúmbrense los aromas y perfumes, que emanan del altar como de un pebetero de exquisito olor. A la mirada del que esto cree y profesa ardientemente, la forma consagrada envía rayos de clarísima lumbre, que atestiguan la presencia del sol divino de la Eucaristía, resplandeciendo más que el astro príncipe de nuestro sistema solar, aunque en una región moral inmensa, pues abraza la creación racional. A esto aludió tal vez SAN JUAN, cuando anunció que Dios era la *luz verdadera que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo*.

Los sentidos del hombre no llegan a ver los rayos de la luz divina. Pero el espíritu, que todo lo investiga, presiente y descubre la visión. Hay además otra luz, derivada de la presencia real, que envía asimismo resplandores simbólicos. Es la luz de las virtudes, de los dolores, de la pasión y muerte de CRISTO; y sobre todo, la luz de la egregia y profunda caridad

con que fueron sufridos aquellos tormentos por una tan delicada organización humana.

A la luz de estos portentos y carismas pueden adivinarse las bellezas internas del hijo del rey, pues sólo permite escapar rayos de oro, según dice el salmo (XLIX, 8).

El Apóstol del Amor escribió así: *La luz vino al mundo, y amaron más los hombres las tinieblas que la luz* (San Juan, III, 19). Y en otra parte (IX, 5), estas palabras de CRISTO: *Mientras que estoy en el mundo, soy la luz del mundo*. Y en otro pasaje (I, 4): *Su vida era la luz de los hombres*.

Todas estas verdades, como otras tantas irradiaciones de la luz eterna, brotan por la gracia del tabernáculo en que habita el Señor; y se nos comunican: por la presencia real; por el culto del espíritu al trono sacramental; por remuneración de los homenajes que le enviamos a este trono de gracia; por la comunión espiritual de deseo; y sobre todo y principalmente por la recepción reverente y agradecida de la sagrada comunión, en la que se nos entrega real y sustancialmente el mismo CRISTO.

Porque *Dios es luz y no hay en Él ningunas tinieblas* (San Juan, I, 5) dijo SAN PABLO a sus discípulos (*Efesios*, V, 8): *Antes erais tinieblas; hoy sois luz en el Señor*.

Que todos estos puntos dogmáticos se concentran en la presencia real de CRISTO nuestro redentor en el Augusto Sacramento, nadie que sea cristiano y viva en la fe lo puede negar. Porque allí reside sustancialmente, aunque velado, el Verbo Divino hecho hombre, unida inseparablemente la humanidad completa a la segunda persona de la Trinidad Beatísima.

Y es no menos indudable y dogmático que allí reside nuestro suavísimo hermano en la carne con el deliberado propósito de comunicárenos con todos sus atributos y con sus méritos, esto es, con los méritos de su vida, pasión y muerte, por medio del misterio de fe que adoramos en el tabernáculo cuando aparece descubierto, y en la custodia cuando allí se ostenta CRISTO Sacramentado.

Pero ¿cómo se verifica esto? ¿Cómo entra en nuestro pecho y penetra en las últimas latebras o entrañas del alma comulgante esa luz viva e indeficiente llevada por el cuerpo de CRISTO por medio de las especies? ¿Y cómo se aposenta allí Dios vivo y se hermana el alma de CRISTO con nuestra alma? ¿Y cómo asume el Señor al que le recibe, y lo asimila y une a sí, sin quitarle su personalidad, pero en términos de hacer bueno el dicho del Apóstol, de *vivir ya no él, sino CRISTO en él?*

¡Esa es la maravilla y el dulce misterio que jamás comprenderemos en la vida presente, y que acaso entenderemos en la vida beatífica!

Para el tiempo de viadores, toda vez que nos ha sido revelado este dogma, podemos creer y debemos decir que allí se oculta la luz verdadera, que es el mismo Dios; y que el Verbo Divino CRISTO es real y esencialmente el Señor Sacramentado.

Para afirmarlo nos basta la seguridad certísima de estas verdades y de que podemos derivar de ellas dulcísimas aunque ocultas consecuencias que la fe misma sugiere al entendimiento, y que una cierta reverberación misteriosa de la

luz divina impone a la voluntad, aunque el evento sea por su naturaleza y modo de ser allí inimaginable.

Porque el hábito y la perseverancia en la creencia, sin vacilación en lo que la fe afirma basta para conservarse en el seno de la Santa Iglesia.

Pero para sacar fruto próximo, íntimo y profundo, el alma del comulgante espiritual o sacramental de esta dicha inefable que en cierto modo nos acerca a Dios y nos une a Él, sin extinguir nuestra personalidad ha menester, no poseyendo o recibiendo dones especiales de Dios, actuar el misterio, desnudarse, por decirlo de algún modo, del hombre viejo, y enajenarse a lo que dicen los sentidos, por tal de vislumbrar a CRISTO a la luz de la lámpara sacramental que arde en las tinieblas del templo, y esperar humildemente que nazca el lucero, es decir CRISTO, en nuestros corazones como lo dejamos copiado del Príncipe de los Apóstoles, pues este lucero simboliza a CRISTO, que nace, crece, y se robustece en nosotros, según la bellísima frase de un santo padre.

Dice el *Evangelio de San Juan* (V, 17), que *CRISTO siempre obra lo mismo en cuanto Dios que en cuanto hombre*. Y como su presencia abre los ojos a los hombres, como hizo a los discípulos de Emaús, según nota ALÁPIDE, citando a THEOFILACTO y a SAN AGUSTÍN; se sigue lógicamente que CRISTO nuestro amable redentor obra activamente en su presencia real del tabernáculo, y del santo sacrificio de la misa, y reproduciendo el de la cruz, está allí, a manera de víctima inmolada, y ora, suplica, y reina, y ejerce su dulce influjo para mover los corazones y encenderlos en el sacro fuego de su amor, al propio tiempo que alumbra con luz al entendimiento de los fieles, operando como luz indeficiente, y enviando centellas ígneas a los corazones que están bien dispuestos para

inflamarse en la caridad y hacer en ésta las ascensiones que el Señor les dispuso en este valle de lágrimas, en el puesto que Dios les colocó, como dice el Salmista.

Tal es la deducción imprescindible del dogma de la presencia real, puesto que, aunque se conserva en la sacrosanta hostia, en estado de víctima, esto se entiende en un sentido místico, pues por lo demás CRISTO ya no muere, después de resucitado, como se lee en SAN PABLO, y la muerte ya no le dominará.

Creemos, pues, y procuremos actuar la creencia incontrastable de que bajo los velos del Sacramento, CRISTO es la luz que ilumina, el sol esplendente que penetra el entendimiento, como también foco de amor, que se comunica a las almas, y que a manera de rayo de espejo ustorio, despidе centellas de caridad y prende fuego en los corazones contritos y humillados.

Las consecuencias, que individualmente puede sacar el adorador eucarístico de este orden de verdades son consoladoras y transcendentales. Porque si, aún en el Antiguo Testamento prometió Dios enjugar las lágrimas de todos los ojos y ser de los hijos de Israel su Dios como ellos serían su pueblo ¿qué diremos del Dios escondido del sagrario, y de su comunión espiritual y sacramental?

El Himno lo dice: *¡Qué bueno sois, Señor, para los que os piden misericordia, y os buscan con solicitud! Pero ¿qué seréis para los que os encuentren? Y más adelante: Ni la lengua puede decir, ni la pluma escribir las dulzuras del amor de Dios. Sólo el que lo haya experimentado lo puede conocer.*

Este pálido y menguado artículo no es más que un bosquejo de las dichas inefables que se ocultan en el augusto misterio de fe, y una invitación para quienes, creyendo lo aquí escrito, se acercan a esta fuente de vida eterna y se deciden a gustar cuán suave es el Señor, desenvolviendo al pie del altar las deducciones prácticas y personales de la doctrina estampada en el alma bien preparada y desasida. Y esto es lo que nos hemos propuesto.

Capítulo 21.

Luz mía, salvación mía, Dios mío²³

I

Con profundo agradecimiento a Dios venimos a inaugurar nuestras tareas en el año presente, después de haberlo practicado durante el ya largo periodo de veinte años.

No podemos quejarnos en verdad, pues jamás habrá acontecido, tal vez, que se haya emprendido una obra más importante con menos capacidad y menores luces, y que el éxito haya sido más feliz y continúe siéndolo.

Un hombre solo, ayudado en los primeros días de cuatro amigos que, por diversas causas, no pudieron seguir, concibió el atrevido proyecto de fomentar el culto eucarístico en España; y después de aleccionarse algo en el precioso libro del Presbítero J. LA SAGETTE, que aún hoy es nuestro docto maestro y compañero de propaganda, puso en obra la idea por medio de una revista encaminada al propósito.

Tal era la indigencia científica del iniciador, que sin haber estudiado teología, aún hoy, a los veinte años de ejercicio

²³ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 21, 1890, págs. 1-11.

y lectura asidua de libros adecuados al objeto, se puede echar de ver su inopia de conocimientos ascéticos.

Y esto no obstante, por la divina misericordia, el periódico vive. Y lo que es más singular, a la sombra de él se inició en 1873 en dos templos de Madrid la *Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento*, debiendo suspenderse en muy breve plazo por las circunstancias políticas de aquellos tiempos.

Pero volvió a reanudarse en 1877 por el impulso que dio al fundador la venida a España del Sr. D. Juan MONTALVO, que ofreció y cumplió la palabra de costear durante un año los gastos de cera de la entonces única sección adoradora de España, que era la de Madrid, por cuya iniciativa y subsidio se le confirió el título de cofundador.

A la manera de la sección matriz de España se fueron estableciendo y fundando, de 1873 acá, grupos de Adoradores nocturnos al Sacramento en Zaragoza, Lorca, Valencia, *Santiago*, *Barcelona*, Huesca, Lérida, Tortosa, Tarragona, *Reus*, Valls, Benicarló, Castellón, San Mateo, Villareal, Alcora, Alcalá de Chisvert, Ulledecona, Murcia, Alhama de Murcia, *Málaga*, *Sevilla*, Córdoba, *Granada*, Ciudad Real, Zamora, Burgos, León, Toro, Astorga, Baeza, Plasencia, Béjar y otras sucursales de Murcia y Valencia hasta el número de cuarenta y cinco secciones.

De ellas son independientes las escritas en letra *cursiva*; y las demás, que forman la mayor parte, fueron fundadas directa y personalmente por el director de *La Lámpara*, y están establecidas canónicamente casi todas.

De la propia fuente y por el mismo instrumento personal se creó y fundó en Zaragoza en 1881 una sección de *Camareras de JESÚS Sacramentado* bajo los auspicios del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de aquella Archidiócesis, quien se dignó declararlo así en un decreto del que se transcribió copia parcial en el número de agosto último de *La Lámpara del Santuario*.

Y a su tenor se fundaron, casi todas fundadas por la misma persona, secciones de Camareras en Huesca, Sevilla, Córdoba, Santiago, Granada, Málaga, Baeza, Badajoz, Murcia, Plasencia, Béjar, Lugo, Mondoñedo, Villalba de Lugo, Vivero, Astorga, León, Zamora, Burgos, Villafranca del Bierzo, Tarragona, San Mateo, Alcora, Tortosa, Benicarló, y alguna otra que se nos olvida.

Todo este hermoso desarrollo de la idea se debe al favor de Dios y a la publicación de esta revista, que pensamos contribuirá todavía a nuevas fundaciones. Demos pues a Dios fervorosas gracias, porque de siete fundadores de la Sección de Madrid, acaso asciendan a siete mil los adoradores que hay al presente en España, en las cuarenta y cinco secciones existentes por todo su territorio.

Mientras, y por otra parte, se acercan a tres mil las camareras, repartidas en treinta Secciones.

Y son como tres millones de comuniones al año las que da la *Asociación del Culto Continuo al Santísimo Sacramento*.

Toda esta magnífica obra ha nacido y se ha desarrollado al abrigo de nuestra pobre revista, acerca de cuyo simbolismo, siguiendo la práctica de todos los principios de año, vamos a discurrir algo, para edificación de nuestros amables lectores.

II

La lámpara del santuario, semejante a la luz que resplandece en las tinieblas, fulgura calladamente entre las sombras de la noche enfrente del tabernáculo. Y el alma justa se compara muchas veces en los *Salmos* de DAVID a una antorcha encendida por la presencia de Dios. Recordemos algunas.

El Señor es mi iluminación y mi salud: Dominus illuminatio mea, et salus mea, dice el salmo XXVI, 1.

Tú enciendes mi lámpara: Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine, dice el salmo XVII, 29.

La claridad de Dios la ilumina y su lucerna es el Cordero: Et Civitas non eget sole, neque luna ut luceant in ea, nam claritas Dei illuminavit eam, et lucerna eius est Agnus, dice hablando de la gloria un salmo y repite el *Apocalipsis*, XXI, 23.

Alumbra mis ojos para que nunca me duerma: Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, dice el salmo XII, 4.

El Señor ilumina desde los montes eternos: illuminans tu mirabiliter a montibus aeternis, dice el salmo LXXV, 5.

Hablando de la venida del Mesías, en fin, dice el salmo XXXIII, 6: *Acercaos a Él y seréis iluminados: Accedite ad eum, et illuminamini*.

En todos estos pasajes y en otros de los libros santos el resplandor de la luz significa la presencia de Dios. O mejor dicho, la presencia de Dios es para el alma como el resplandor de la luz para los ojos corporales.

Sobre este bello pensamiento venimos a discurrir hoy, por si podemos decir algo que edifique a nuestros lectores y acreciente su devoción.

Dada la indicada analogía del resplandor de la luz con la presencia de Dios en el alma, síguese que el mejor símbolo que se pudo hallar de la presencia real en la Sagrada Eucaristía, es mantener enfrente del tabernáculo una lumbre, como signo de que allí se hospeda personalmente el Dios vivo. De suerte que la oportunidad del símbolo y el uso de su nombre y de su figura en un escrito, signifique, recuerde y reclame lo que al sujeto y objeto simbolizado pertenece y conviene.

Nuestra alegoría viene a denotar que, así como la luz del santuario se enciende y mantiene viva para atraer la atención del cristiano a la presencia real, así nosotros quisiéramos que nuestras pobres frases sirvieran de incentivo a la devoción, de llamada a la Adoración, y de carbón encendido que inflamase los corazones fieles en el amor hacia el Augusto Sacramento de nuestros altares.

Acerca de esto mismo, aunque bajo otra forma, hemos escrito tanto en ocasiones iguales a la presente, que tendríamos que repetirnos, si en ello insistiésemos. Mas en este propio simbolismo hay un punto nuevo, que nos hemos propuesto meditar y que invitamos a nuestros amigos a profundizar.

A saber, la analogía del alma enamorada del Dios hostia, con la lámpara sacramental, que parece ser su dechado,

cuando del orden físico se puede inferir para el orden espiritual.

La lámpara, en su parte externa, es un cuerpo suspendido de lo alto y colocado entre el cielo y la tierra. Pende de la bóveda del templo, que semeja al cielo; tiende por su gravedad a la tierra, en la que caería si la cadena o cuerda se rompiese; en el centro de ese péndulo hay un vaso y en él arde una pequeña luz que sube al cielo, y que cuando se sumerge, se apaga y se muere.

¿Quién no descubre que la lámpara es comparable al hombre, que deriva de Dios por la creación, y su persona se ve como suspendida y atraída a la tierra por su parte corporal y al cielo por su derivación de Dios?

¿Quién no descubre que la pobre lámpara sacramental, afecta una vida, cuya tendencia es a lo más elevado, so pena de apagarse y morir ahogada en el líquido mismo en que sobrenada?

Aun reduciendo la consideración a la luz que despiden sus resplandores en el vaso diáfano dentro de la lámpara, el modo de vida de aquella lucerna, haciendo su pábilo de un objeto relativamente incombustible, recuerda y se compara al adorador nocturno que eleva calladamente su fervorosa plegaria al cielo, encendido su corazón en amor divino y emitiendo ante la presencia real de JESÚS humildes preces. Preces que están impregnadas de vida espiritual sólo cuando la gracia divina, luz de Dios, las anima y hace accesibles a la mirada del Señor.

Ahondando más el estudio, advertimos que la vida humana, no sólo se asimila metafóricamente a la luz, sino que

supone una doble combustión en los pulmones para la vida animal y en el corazón para la vida moral y espiritual. Pues la vida moral es amor e inmolación que hacemos de nuestro ser al objeto o sujeto de nuestro afecto rey, en términos que se puede decir: que el hombre vive más en donde ama que en donde anima; y que el amor es una cremación mística que opera una traslación de vida por la voluntad y el afecto.

Esto es tan exacto en el orden espiritual, que SAN AGUSTÍN, recordando sin duda que al objeto de su voluntad y afecto se transfiere el hombre, pudo decir: *Si amas tierra, eres tierra; si amas a Dios ¿qué diré? Pues que eres Dios.*

No hay por tanto grande distancia, antes bien hay casi semejanza, metafóricamente hablando, de la cremación de la vida a la cremación de la luz y de ésta al verse significada por aquélla, o aquélla al decirse simbolizada por ésta. Puesto que la vida es doble combustión en lo físico y en lo moral, y para representarse por la luz encendida, el hombre vivo, o el corazón amante, no hay que sacrificar mucho, ni menos violentar el lenguaje simbólico, como quiera que, por otra parte, el hombre y la luz alientan y se alimentan, se nutren y viven aspirando oxígeno: al punto de acabarse su vida, si no están rodeados de bastante aire, digámoslo así.

Aplicando pues, el símil, el alma devota del augusto sacramento, y señaladamente el adorador nocturno, deben tomar por modelo ejemplar la luz que arde en la lámpara del santuario, nutriéndose y alimentándose del oxígeno de la gracia, aspirando siempre al cielo y fundiendo sus preces en el horno incandescente del amor, que irradia y se comunica del hogar del Corazón de JESÚS, para que inflamada el alma en el amor que JESUCRISTO vino a traer a la tierra, opere la vida de sacrificio que afecta la cremación y se consuma y desfallezca,

como dice SAN BUENAVENTURA, en los atrios del Señor, y desee consumirse, y disolverse, y morir de amor a sus pies, una vez traspasadas las entrañas y los ocultos senos del corazón con el dardo suavísimo y salubérrimo de la transverberación.

Capítulo 22.

Luz gloria y esplendor de la Sagrada Eucaristía²⁴

I

En carta que se ha servido dirignos el Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad LEÓN XIII, Monseñor RAMPOLLA, con fecha de dieciséis de enero de mil ochocientos noventa y uno (16.01.1891), se leen estas textuales palabras:

“Con mucho gusto he manifestado a Su Santidad los sentimientos de filial adhesión a la Iglesia y a su augusto jefe, que usted consigna en su carta de doce de los corrientes; y el Padre Santo... complaciéndose en los sentimientos de usted, se ha dignado bendecir a usted y a sus obras con efusión de fraternal afecto”.

Recibimos de rodillas la bendición paternal de Su Santidad, y reiteramos al Vicario de JESUCRISTO nuestros homenajes de sumisión y obediencia absoluta. La Dirección.

Fortalecidos con la augusta bendición pontificia, que honra nuestra primera página, venimos a inaugurar el vigésimo

²⁴ Rótulo del editor. Texto del autor en *La Lámpara del Santuario*, Tomo 22, 1891, págs. 1-7.

segundo año de esta pobre y humilde publicación, consagrada toda ella a la mayor gloria y devoción del Dios amoroso de la Eucaristía.

II

Gracia es esta seguramente no merecida.

Pero Dios es grande en sus misericordias y plugo a su Divina Majestad servirse de nuestra pequeñez para fundar en nuestra patria la primera revista eucarística, que propagase por todos los ámbitos de la nación el fuego de la reina de las devociones.

Ruin es el instrumento, gastado por el uso y lleno de defectos e imperfecciones; pero el éxito de la Obra, por Él realizada, denuncia a las claras la mano de Dios.

Besamos la tierra cubiertos de confusión y de vergüenza, y elevamos al Cielo nuestra débil pupila, humedecida por el llanto de gratitud y del más profundo reconocimiento a las divinas bondades.

Dios nos es testigo, que se acometió la empresa sin bajas miras de terrena especulación, como que *La Lámpara del Santuario* no ha costado los gastos que ha ocasionado su publicación en el largo período de su existencia.

Todo se ha hecho por Dios, y por el mejor servicio a la Iglesia Nuestra Madre, Esposa de JESUCRISTO, a quien rinde culto venerándolo presente en el tabernáculo del altar.

Si es así la voluntad de Dios, terminaremos nuestra vida, que toca ya a su ocaso, perseverando hasta el fin en la misma línea de conducta. Esto es, escribiendo y trabajando por extender más y más la devoción al Santísimo Sacramento, trono augusto, desde el cual, por eminente manera, rige y gobierna su Iglesia el divino redentor de nuestras almas, y nos dispensa sus gracias, asiste y conduce en los caminos del mundo.

Obedientes comenzamos, sometiendo nuestros trabajos a la aprobación de los pastores que el Espíritu Santo ha puesto para que nos vigilen y dirijan.

Obedientes seguimos, entregados por completo a nuestros padres espirituales.

Y obedientes continuaremos, dispuestos a acatar sus resoluciones sin restricción ni reserva.

Por segunda vez se ha reunido en España una augusta asamblea, que ha fijado su atención en las obras eucarísticas que se desarrollan en nuestra patria, formulando muy razonables deseos en orden a uniformar, bajo la dirección superior de la Iglesia, todas las asociaciones de este género, que tan consolador crecimiento van alcanzando en medio de la general indiferencia.

Ante tan justa y laudable decisión, tomada por los ilustres prelados en el Congreso Católico de Zaragoza, temerosos nosotros de estorbar la libre acción de aquella magnífica asamblea, hemos consultado a insignes maestros de la fe sobre la conveniencia de nuestra desaparición del terreno que hace veinte y un años venimos recorriendo, prontos a

depositar, con gozo inmenso del alma, a los pies de los ungidos del Señor las obras de nuestra especial propaganda eucarística.

Todos esos insignes maestros de la fe, con asombrosa unanimidad que nos anonada, nos han alentado con fervorosas palabras de acendrada caridad a proseguir sin desmayos la fructuosa labor a que nos hemos consagrado, sin rendirnos al cansancio, hasta donde las fuerzas nos alcancen.

La voz de los preladados es para nosotros la voz de Dios, y pues Dios lo quiere, henos aquí.

Pero en esta ocasión, confortados con la bendición del representante supremo de Nuestro Señor JESUCRISTO, escribiendo por vigésima segunda vez el prólogo de nuestras tareas para el nuevo año que acaba de nacer, y que deseamos añada más subidos quilates al esplendor y majestad del culto eucarístico en nuestra patria.

A las bendiciones de los respectivos preladados de las diócesis en que radican nuestras fundaciones atribuimos la eficacia de nuestra pobre iniciativa, porque el fruto y las flores del campo no pertenecen al bracero o agricultor, sino al dueño de la tierra; y esto tiene lugar con mayor razón con las flores y los frutos del terreno espiritual, al que mejor que a otro son aplicables aquellas palabras del Apóstol (*Primera Carta a los Corintios*, III, 7):

“Ni el que planta algo, ni el que riega, sino Dios es quien da el incremento: Neque qui plantat aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus”.

Esto dice SAN PABLO a los fieles de Corinto, después de confesar que el Apóstol plantó, APOLO o APOLIÓN regó, pero

fue Dios quien dio el crecimiento. Y esto mismo decimos nosotros, recordándolo con la profunda humildad que pide la completa justicia.

Antes de toda fundación, hemos impetrado la aprobación y bendición del prelado respectivo. Y cuando la obra ha llegado a su madurez, la hemos sometido a la autoridad y jurisdicción diocesana.

Así se inauguró la *Adoración Nocturna de Madrid* en noviembre de 1877. Así, la *Sección de Camareras de Zaragoza*. Y del mismo modo, las diferentes *Asociaciones de Camareras*, que funcionan en varios puntos de España.

En la primera entrega de nuestra revista correspondiente al año último (1890), en el artículo de entrada, dimos la lista de las Secciones Adoradoras existentes en España, y entre ellas, las que deben su origen a la iniciativa de *La Lámpara del Santuario*. Lo propio hicimos respecto a las Asociaciones de Camareras de Jesús Sacramentado, fundación piadosa exclusivamente nuestra.

Juzgamos superfluo reproducir la gloriosa estadística de esas obras, que cualquiera puede compulsar en el lugar indicado; pero sí debemos consignar los aumentos con que Dios Nuestro Señor se ha dignado favorecer nuestra propaganda eucarística durante el año que acaba de desaparecer en el panteón de los siglos.

Se han establecido *Asociaciones de Camareras* desde nuestra última revista retrospectiva en los siguientes puntos: Villafranca del Bierzo, Ponferrada, Trives y Rúa de Valdeorras, pueblos los cuatro de la Diócesis de Astorga;

Medina del Campo, en la provincia de Valladolid; Palencia; y Belmonte del Tajo, en la provincia y diócesis de Madrid.

Entre todas cuentan aproximadamente ciento cincuenta socias que dedican sus labores al culto del Santísimo Sacramento confeccionando paños y vasos sagrados de inmediato contacto con las santas especies.

¡Gloria Dios! y sólo a Dios, de quien procede todo bien, porque se ha valido de nosotros, pobres pecadores, para Obra tan hermosa y transcendental.

Que la bendición del sumo jerarca de la Iglesia mantenga y mejore en su espíritu y en sus prácticas a los asociados espirituales de la devoción Eucarística.

Si nos fuera dado desear algo, sería que el Señor no nos despida todavía, a pesar de nuestra indignidad, de esta bella propaganda, acrecentando más y más la devoción a JESÚS Sacramentado, y extendiéndola y consolidándola, para que, cual red de amor, aprisione en sus mallas benditas a todos los habitantes de esta hidalga nación, cuyas glorias patrias están íntimamente enlazadas con el culto al huésped de nuestros tabernáculos, hasta que los enviados por Dios para regir su Iglesia dispongan lo conveniente para mayor gloria y esplendor de la Sagrada Eucaristía.

I. ÍNDICE DE TÉRMINOS TÉCNICOS DE USO INFRECLENTE

Significados escogidos por coherencia con el texto entre los que ofrece el *Diccionario de la Lengua Española*, 23 edición, Real Academia Española, Madrid 2014.

Abnegar o abnegarse: Renunciar voluntariamente a los propios deseos, pasiones o intereses en favor de otro u otros.

Abrojos: Sufrimientos, dificultades, daños.

Acólito: Monaguillo que ayuda al sacerdote en la misa y en otros actos religiosos.

Agua asperjada: Agua esparcida en gotas pequeñas múltiples sobre personas o cosas.

Agua lustral: Agua purificada con sacrificios, ritos y ceremonias para ser utilizada en actos litúrgico-religiosos.

Alegoría: Ficción expresiva en virtud de la cual un relato o una imagen representan o significan otra cosa diferente.

Alternar: Variar las acciones diciendo o haciendo ya unas cosas, ya otras, y repitiéndolas sucesivamente.

Anagogía: Sentido místico de la Sagrada Escritura encaminado a dar idea de la bienaventuranza eterna.

Anagógicamente: Expresarse utilizando la anagogía como arma expresiva.

Analogía: Relación de semejanza entre cosas distintas, o razonamiento basado en la existencia de atributos semejantes en seres o cosas diferentes.

Antitipo: Modelo o ejemplar de persona, cosa o acontecimiento al que faltan los valores positivos principales

que caracterizan al modelo o ejemplar de su misma especie valorado como tipo descriptivo, valorativo y normativo.

Antropopatía: Atribución a seres no humanos, especialmente a la divinidad, afectos, pasiones, virtudes o vicios humanos.

Apocalíptico, a: Perteneciente o relativo al *Apocalipsis* de San Juan, último libro del *Nuevo Testamento*.

Ara: Altar donde se celebran ritos religiosos.

Arcano: Cosa misteriosa, oculta y muy difícil de conocer.

Ascensiones: Peldaños de la subida mística del alma hacia la contemplación de Dios.

Ascética: Ciencia y arte del ejercicio de las virtudes naturales y sobrenaturales.

Así bien: Así mismo, también, además.

Asimilación: Semejanza, comparación entre uno y otro; sustitución, aceptación de uno por otro.

Asperjar: Rociar, esparcir un líquido en gotas menudas

Beatitud: la bienaventuranza, felicidad o dicha eterna.

Candor: Blancura suma.

Carbúnculo: Rubí, piedra preciosa compuesta de óxidos de aluminio y magnesio principalmente.

Carisma: Don de servicio a la comunidad que Dios concede gratuitamente a algún miembro de la misma.

Ceguedad: Ceguera, privación total de la vista o casi.

Circuito: Espacio físico o espiritual acotado convencionalmente alrededor de un punto prefijado.

Colegir: Inferir algo de los datos que se poseen, sacar consecuencias de una cosa.

Combustión: Acción y efecto de arder o quemar.

Concomitancia: Coincidencia deliberada o casual de dos o más factores en la producción de un efecto.

Concomitante: Que aparece o actúa conjuntamente con otra cosa.

Confutar: Impugnar de modo convincente la opinión contraria.

Contrición: Arrepentimiento de una culpa cometida, dolor y pesar de haber pecado ofendiendo a Dios.

Cremación: Incineración, reducción a cenizas de algo, en particular de un cadáver.

Dechado: Ejemplar o muestra que se tiene presente para imitar.

Denotar: Indicar, anunciar, significar.

Deprecación: Ruego, súplica o petición ferviente que se dirige a alguien.

Dilección: Voluntad honesta, amor reflexivo.

Dirección: la Dirección de la revista. En el caso, la dirección era en realidad el director, o sea el autor de los prospectos, don Luis Trelles.

Dístico: Composición grecolatina que consta de dos versos, por lo común un exámetro seguido de un pentámetro.

Dogma: Conjunto de creencias de carácter indiscutible y obligado para los seguidores de una religión.

Drama: Obra de teatro en que prevalecen las situaciones tensas o las pasiones conflictivas.

Dracma: Moneda de plata utilizada en los tiempos de la cultura helénico-romana.

Edificación: Conjunto de palabras o actos de uno que infunden a otros sentimientos de piedad y virtud.

Edificar: Infundir en alguien sentimientos de piedad y virtud.

Ejemplar: Original, prototipo, norma representativa, modelo.

Emblema: Jeroglífico, símbolo o empresa en que se representa alguna figura, al pie de la cual se escribe algún verso o lema que declara el concepto o moralidad que encierra.

Emulación: Deseo intenso de imitar o incluso superar las acciones ajenas.

Entrega: Cada uno de los cuadernos impresos en que se divide y expende un libro publicado por partes, o cada libro o fascículo de una serie coleccionable.

Epitalamio: Composición poética del género lírico, en celebración de una boda.

Escasearse: Dar poco, de mala gana y haciendo desear lo que se da.

Esférula: Conceptáculo redondeado, oblongo o cónico, que por su parte superior ofrece varios poros o grietas.

Especies sacramentales o sagradas: Accidentes de olor, color y sabor que quedan en el sacramento después de la transustanciación.

Espejo ustorio: Espejo cóncavo que puesto frente al sol refleja sus rayos y los reúne en el punto llamado foco, produciendo un calor capaz de quemar, fundir y hasta volatilizar los cuerpos allí colocados.

Esplendor: Resplandor o brillo que producen las personas o cosas estimadas magníficas, nobles, lustrosas, bellas, grandes.

Estigma: Huella impresa sobrenaturalmente en el cuerpo de algunos santos extáticos, como símbolo de la participación de sus almas en la pasión de CRISTO.

Etimología: Explicación del origen de las palabras que da razón de su existencia, de su significación y de su forma.

Eximio: Muy ilustre, excelso.

Excogitar: Hallar o encontrar algo con la meditación o el discurso.

Exorcismo: Conjuro contra el demonio.

Exorcizador: Que tiene la virtud de alejar al espíritu maligno.

Fasto: Día propicio para despachar negocios públicos y administrar justicia.

Genuino: Auténtico, legítimo, propio, característico.

Glóbulo: Pequeño cuerpo esférico.

Gracia: Favor sobrenatural y gratuito que Dios concede al hombre para ponerlo en camino de la salvación.

Gracia eficaz: Gracia divina que pone por obra el hombre que la recibió.

Hebraísta: Especialista en la lengua y la cultura hebrea.

Heraldo: Persona, cosa o suceso que anuncian que algo importante va a suceder.

Hidalgo: Persona o familia que pertenece por su linaje al estamento inferior de la nobleza.

Hijuela: Bienes que tocan en una partición a cada uno de los partícipes en el caudal de un donador o de un testador, y también el documento donde se reseñan dichos bienes.

Hipóstasis divina: Supuesto o persona, especialmente de la Santísima Trinidad que comúnmente se refiere a la unión de la naturaleza humana con el Verbo divino en una sola persona.

Holocausto: Sacrificio religioso en que se quema la víctima vegetal o animal completamente.

Improperar: Echar en cara a alguien algo desagradable, dar en rostro a otro un beneficio que se le hace o hizo.

Inaccesibilidad: Valor de excelencia que tienen los seres materiales o espirituales que los seres humanos desean poseer mientras no ven cumplido tal deseo.

Inaccesible: Cumbre a la que no se puede subir, lugar en el que parece imposible entrar.

Inacceso: Altura que no ha tenido hasta ahora acceso, lugar que no ha sido pisado nunca por el hombre mortal.

Increado: No creado o producido por otro.

Inenarrable: Que no se puede explicar con palabras.

Inmediación: Presencia real de JESUCRISTO junto al cristiano que lo invoca o junto a los fieles que lo comulgan, lo adoran o lo visitan en el sagrario de una iglesia.

Inmeritísimo: Completamente inmerecido.

Inmérito: Inmerecido.

Inmolar, inmolarse: Dar la vida, la hacienda, el trabajo en provecho u honor de alguien o algo.

Inopia: Indigencia, pobreza, escasez, ignorancia.

Lábaro: Monograma formado por la cruz y las dos primeras letras del nombre griego de CRISTO, que se puso en el estandarte del ejército del imperio romano por orden del emperador Constantino, o bandera que porta ese monograma.

Latebra: Escondrijo, refugio, cueva, madriguera.

Laudes: Segunda parte de las horas canónicas u oficio divino que se dice después de maitines.

Liturgia: Orden y forma con que se llevan a cabo las ceremonias de culto en las iglesias cristianas.

Lucerna: Araña grande de lámparas de aceite dispuestas para alumbrar.

Lúcido: Luciente, brillante, resplandeciente, iluminado.

Luciérnaga: Insecto coleóptero que tiene forma de gusano, carece de alas y despidе una luz fosforescente (sólo la hembra).

Lumen: Lumbrera, foco de luz, haz de luz, chorro de luz, torrente de luz.

Lustrar: Purificar, purgar con sacrificios, ritos ceremonias las cosas que se creen impuras.

Maitines: Primera parte de las horas canónicas u oficio divino, que se reza antes del amanecer.

Maná: Manjar milagroso que según la Sagrada Escritura fue enviado por Dios a modo de escarcha para alimentar al pueblo de Israel en el desierto.

Maravilla: Suceso o cosa extraordinarios que causan grande admiración.

Mero: Moral o intelectualmente puro, simple, incontaminado.

Mesías: Redentor enviado por Dios para salvar a la humanidad.

Mística: Ciencia y arte de la vida espiritual, y en especial de la contemplación de Dios y de los misterios divinos.

Nemoroso, sa: Frondoso, boscoso, arbolado, fragoso.

Neófito: Persona recién convertida a una religión.

Nuncio: Encargado de llevar aviso, noticia o encargo de una persona a otra, enviado a ésta para tal efecto. En particular aquí, representante diplomático del Papa, que ejerce además, como legado, ciertas facultades pontificias.

Oblación: Ofrenda y sacrificio que se hace a Dios.

Óbolo: Pequeña cantidad con la que se contribuye para un fin determinado.

Occisión: Muerte violenta.

Organización humana: Organismo o cuerpo humano vivo.

Ostensorio: Custodia que se emplea para la exposición del Santísimo en el interior de las iglesias o para ser conducida procesionalmente llevada por el sacerdote.

Pábilo o pabilo: mecha de lámpara de cera, aceite o alcohol, trenzada con fibras vegetales que canaliza el combustible hasta la llama, al par que se quema ella también.

Pábulo: Algo que sirve para mantener la existencia de un fenómeno físico o de una acción humana.

Pan de proposición: Pan en doce piezas, una por cada tribu de Israel, que se ofrendaba los sábados en el templo de Jerusalén.

Pan sobresustancial o supersustancial: Pan eucarístico, hostia consagrada.

Pan subcinericio: Pan cocido en el rescoldo, o debajo de la ceniza.

Paraje: Lugar o sitio donde algo hay, ocurre, va a haber o va a ocurrir.

Patentes: Cédulas que dan algunas cofradías o sociedades a sus miembros para que conste que lo son. En el caso, se trataba de la cofradía del *Culto Continuo*, o de la *Comunión Mensual* realizada por *Coros* o *corros* de treinta personas.

Pebetero: Recipiente en el que arde una llama ceremonial.

Pedernal: Variedad de cuarzo, compacto, traslúcido en los bordes y que produce chispas al ser golpeado.

Perdurable: Perpetuo, que dura siempre o por tiempo indefinido.

Perseverancia: Virtud que mantiene constante la voluntad en una opinión, en una actitud, o en la prosecución de la empresa comenzada.

Perspicuidad: Claridad, transparencia, tersura, inteligibilidad fácil.

Plegue a Dios: (Infinitivo, *placer*). Dios quiera que, permita Dios que.

Pluguiera a Dios: (Infinitivo, *placer*). Ojalá placiera a Dios, ojalá agradara a Dios, ojalá quisiera Dios.

Portento: Cosa, acción o suceso singular que por su extrañeza o novedad causa admiración o terror.

Potísimo, a: Muy especial, muy principal, el mejor argumento de todos los imaginables, la mejor razón de todas las dadas.

Precitos: Condenados a las penas del infierno.

Prefacio: Parte de la misa que precede inmediatamente al canon.

Prendar: Ganar la voluntad y agrado de algien.

Presbiterio: Área del altar mayor hasta el pie de las gradas que suele estar cercada con una reja o barandilla.

Previniente: Que prepara, apareja o dispone con anticipación lo necesario para evitar un inconveniente, dificultad u objeción.

Proceder: Modo, forma y orden de portarse y gobernar alguien sus acciones bien o mal.

Propiciación: Acción agradable a Dios con la que se le mueve a piedad y misericordia.

Propiciatorio: Lámina cuadrada de oro que en la ley antigua se colocaba sobre el arca del testamento, de suerte que la cubría toda, y por extensión la propia cámara sagrada.

Prospecto: Exposición o anuncio breve que se hace al público sobre una obra, un escrito, un espectáculo, una mercancía...

Prototipo: Ejemplar más perfecto y modelo de una virtud o cualidad, positiva o negativa.

Reminiscencia: Acción de representarse a la memoria el recuerdo de algo que pasó.

Reverberación: Reflejo difuso de la luz o el calor al incidir sobre una superficie bruñida.

Rito: Conjunto de reglas establecidas para el culto y ceremonias religiosas.

Ritual: Conjunto de ritos de una religión, de una iglesia o de una función sagrada.

Rúbrica: En los libros litúrgicos, cada una de las reglas que enseñan la ejecución práctica de las ceremonias y ritos de la Iglesia Católica.

Sacrificador: Que ofrece a una divinidad algo o alguien en su honor, generalmente destruyéndolos o matándolos.

Sacrificio: Ofrenda a una deidad en señal de homenaje o expiación; acto de abnegación inspirado por la vehemencia del amor.

Sagrario: Lugar donde se deposita o guarda a Cristo Sacramentado.

Salmista: Autor de salmos, y por definición, el Rey David.

Salubérrimo: Muy bueno para la salud.

Scypho: Cáliz, cipo.

Señuelo: Cosa pequeña que sirve para atraer, persuadir o inducir.

Serafín: Cada uno de los espíritus bienaventurados que forman el primer coro; se representa como un rostro alado.

Sigilo: Silencio cauteloso. Secreto que se guarda de una cosa o noticia.

Subsistente: Que subsiste, permanece, dura o se mantiene vivo.

Supuesto personal: Persona que es el supuesto o principio único de sus acciones.

Tálamo: Lecho conyugal.

Talento: Moneda de cuenta de los imperios griego y romano en la edad antigua.

Teología: Ciencia que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones.

Teología ascética: Parte de la Teología dogmática y moral que se refiere al ejercicio de las virtudes.

Teología dogmática: Parte de la Teología que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones a la luz de la revelación.

Teología mística: Parte de la Teología dogmática y moral que se refiere a la perfección de la vida cristiana en las relaciones más íntimas que tiene la humana inteligencia con Dios.

Teología moral: Parte de la Teología que trata de las aplicaciones de los principios de la Teología dogmática o natural a las acciones humanas.

Teología natural: Ciencia que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones a la luz de los principios de la razón, independientemente de las verdades reveladas.

Tipo: Modelo o ejemplar de persona, cosa o acontecimiento cuyos caracteres descriptivos, valorativos y normativos se consideran dignos de imitación.

Transfiguración: Estado glorioso en que JESUCRISTO se mostró entre Moisés y Elías en el monte Tabor, en presencia de sus discípulos Pedro, Santiago y Juan.

Transustanciar: Transformar una sustancia en otra.

Transustanciación: Conversión de las sustancias del pan y del vino en el cuerpo y sangre de JESUCRISTO mediante las palabras de la consagración eucarística.

Transverberación: Acción de herir pasando de parte a parte, p. e. el cuerpo de la Virgen María traspasado por el dolor durante la agonía de JESUCRISTO.

Tropo: Empleo de una palabra en sentido distinto del que propiamente le corresponde, pero que tiene con éste alguna conexión, correspondencia o semejanza.

Tropológicamente: Ejemplificando para explicar, persuadir o aconsejar.

Viático: Sacramento de la Eucaristía que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte.

Virtud exorcizal: la virtud o fuerza necesaria para expulsar al demonio de una persona.

II. ÍNDICE DE SANTOS Y ESCRITORES CITADOS POR EL AUTOR

Ofrecemos esta relación a efectos de ofrecer al lector una idea de las fuentes doctrinales en que bebió don Luis TRELLES para componer este estudio.

Naturalmente su fuente básica es la *Biblia* entera por lo que omitimos referir aquí sus autores humanos.

Añadimos una información sumaria sobre los santos o escritores citados que ayude al lector a situarlos en el tiempo y el espacio.

Tomamos los datos que siguen de la *Positio*.

ABULENSE, El: Alfonso de Madrigal, o Alfonso Tostado de Madrigal nació en Madrigal de la Sierra, Ávila 1405. Fue obispo de Ávila desde 11.02.1454 y escritor prolífico. Falleció en Ávila el 3.09.1455.

AGUSTÍN, San. Aurelius Augustinus nació en Tagaste, hoy Souk Haras, Argelia, en 354. Murió en Hipona, hoy Hannaba, Argelia, en 430. Don Luis lo incluye al enumerar los modelos humanos que tuvo en cuenta para llevar a cabo su fundación adoradora, que fueron aquellos "que por la elección y gracia de Dios se hacen autores de grandes y heroicas obras, y que instituyen nuevas iglesias, santas órdenes, religiones o congregaciones, etc., cuales fueron los apóstoles, san Antonio, san Basilio, san Agustín, san Bernardo, san Romualdo, santo Domingo y san Francisco" (*La Lámpara del Santuario*, 10, 1879, 340). Don Luis cita frecuentemente en *La Lámpara del*

Santuario muchas de las obras de este padre de la Iglesia latina, y en particular *La ciudad de Dios*, *De Trinitate* y las *Epístolas*, y siempre en contextos de concordancia y admiración.

ALÁPIDE, Cornelio: Cornelis Cornelissen van den Stern nació en Bochoit, Limburg, Bélgica, en 1567. Murió en Roma en 1637. Jesuita profesor en Lovaina y gran exégeta. Don Luis lo siguió con frecuencia en sus doctrinas eucarísticas, considerándolo: "gran maestro de interpretación", "sabio intérprete", "famoso", "sabio comentarista", "nuestro predilecto comentador", "nuestro predilecto intérprete", "nuestro sabio", "nuestro querido maestro", etc.; y recogió la doctrina de sus *Commentaria*, en especial los *Commentaria in quatuor Jesuschristi Evangelia* (Antwuerpiae 1638), al que valoró de "excelente comentario".

ALCIATO, Andreas de: Nació en Alzate, Milano, en 1492. Murió en Pavía, en 1550. Jurisconsulto famoso por sus obras: *Opera omnia in quattuor tomos. Tomus II. In Pandectarum seudi gestorum iuris civilis septimae partis títulos aliquot commentaria continens. Tomus III. In Codicis Iustiniani et Decretalium Gregorii IX, títulos aliquot commentaria complectens. Tomus IV. Quo tractatus et orationes continentur. Index* (Basileae, apud Thomam Guarinum, 1582. 4 vols.). Don Luis lo conocía por su profesión de abogado y citaba sus brocados humanísticos de gran valor retórico.

AMBROSIO DE MILÁN, San: Nació en Tréveris, en 337. Murió en Milán, en 397. Doctor de la Iglesia latina. Don Luis cita con relativa frecuencia sus *Epístolas* y *Sermones*. También reprodujo en *La Lámpara del Santuario* algún texto breve suyo.

BASILIO DE CAPADOCIA, San: Nació y murió en Cesárea de Capadocia (323-379). Fue Arzobispo de Cesárea y Exarca del Ponto. Don Luis lo incluyó al enumerar los modelos humanos que tuvo en cuenta para llevar a cabo su fundación adoradora, que fueron aquellos "que por la elección y gracia de Dios se hacen autores de grandes y heroicas obras, y que instituyen nuevas iglesias, santas órdenes, religiones o congregaciones".

BEDA EL VENERABLE, San: Nació en Jarrow, Northumberland, en 672, y murió en Duram el 27.05.735. Santo confesor. Monje benedictino. Historiador de Inglaterra. Doctor de la Iglesia.

BERNARDO DE CLARAVAL, San: Nació en Chateau de Fontaine, Dijon, Borgoña, Francia, en 1091. Murió en Clairveaux el 21.08.1153. Fundador del Monasterio de Clairveaux en 1115. Canonizado en 1173. Es doctor de la Iglesia. Don Luis se hace eco de sus doctrinas con relativa frecuencia en *La Lámpara del Santuario*.

BUENAVENTURA DE BAGNOREA, San: Franciscano que en el mundo se llamaba Juan de Fianza. Nació en Bagnorea, Toscana, Italia, en 1221. Murió en Lyon, en 1274. Don Luis publicó en *La Lámpara del Santuario* su *Oración para después de la santísima comunión* (15.11.1876). El gran santo teólogo de la escuela franciscana fue recordado en su vida, milagros y escritos (en especial el *Speculum Mariae*) con relativa frecuencia por don Luis.

DIONISIO de Corinto, San: Nació y murió en Corinto (120-180). Fue obispo de Corinto (170-180). Citado por don Luis a menudo.

FRANCISCO JAVIER, San: Nació en Javier, Navarra, el 7.04.1506. Murió en Goa, India, el 3.12.1552. Don Luis lo cita poco y más por su ejemplo de vida misionera que por sus escritos.

GREGORIO NACIANCENO EL TEÓLOGO, San: Nació en Arianzo, Nacianzo, Imperio Bizantino, en 330, y murió en el mismo punto el 9.05.390. Don Luis acogía su doctrina con frecuencia.

HERÁCLITO DE ÉFESO: Famoso filósofo griego que nació en Éfeso, Sardes, Asia Menor, en 535 a. C. y murió allí en 465 a. C. Don Luis lo conocía y citaba como recurso humanístico de carácter retórico.

JUAN DAMASCENO, San: Nació y murió en Damasco (676-756). Último padre de la Iglesia griega. Don Luis lo citaba con frecuencia, juzgándolo uno "de los padres de la Iglesia más respetables".

LANDRIOT, Jean François: Nació en Couches-les-Mines, Saone-Loire, Francia, en 1816, y murió en Reims en 1890. Fue obispo de La Rochelle (1856) y arzobispo de Reims (1866), además de teólogo con amplia obra publicada. Don Luis Trelles apreciaba mucho sus libros. En especial *L'eucharistie* (Paris, 1866), y *El CRISTO de la tradición* (sin datos). A esta última obra aludía calificándola como "la famosa obra", "la magnífica obra", "la obra admirable que tenemos a la vista", "la bella obra", etc. Por tanto, recogió repetidamente su doctrina en *La Lámpara del Santuario*. Le llamaba "sabio obispo francés", "dignísimo arzobispo actual de Reims", "sabio prelado", "el elocuente arzobispo de Reims, "el sabio monseñor" etc. Era sin duda uno de sus teólogos más apreciados.

MONTALVO, Juan de Montalvo O'Farrill, conde de: Nació en Alquízar, La Habana, Cuba el 27.01.1824. Cofundador de la Adoración Nocturna Española. D. Luis Trelles le editó su *Carta de París de primero de marzo de 1878* en *La lámpara del santuario*, 9 (1878) 102-106, con un prólogo en el que decía: "Acabamos de recibir y leer la piadosa carta de nuestro querido amigo el señor don Juan de Montalvo, que nos agradecerán nuestros lectores les hagamos conocer, como introducción al folleto eucarístico que nuestro celoso compatriota envía traducido". D. Luis Trelles, el fundador, se refirió ampliamente a él en su artículo "Centro Eucarístico. (Crónica de la fundación de la Adoración Nocturna Española)" (15.11.1877), *La lámpara del santuario*, 8 (Madrid, 1877) 407-409. Es de destacar los elogios que le dedicó Trelles en esta ocasión y otras sucesivas, que fueron muchas, pues lo nombró elogiosamente más de una vez en cada anualidad de *La Lámpara del Santuario*.

OVIDIO NASÓN, Publio: Nació en Sulmona, Abruzos, Italia, en 43 a. C. Murió en Tomis, Anatolia, en 17 d. C. Poeta latino cuyos versos conocía de memoria don Luis y todos los juristas humanistas de su época, por su gran fuerza argumentativa.

SAGETTE, J. LA: Clérigo francés coetáneo de don Luis, autor de la obra *L'Eucharistie. Méditations pour chaque jour de l'année* (Paris, Ambroise Bray Livraire Editeur, 1861-1862. 4 vols. 450 pp.) que fue para don Luis guía con la que hacer una meditación diaria, y fuente de inspiración para sus artículos en *La Lámpara del Santuario*. Lo explicó él mismo en estos términos en 1.06.1883: *En 1862 tuvo el que escribe estas líneas el honor de hacer una noche de oración al Santísimo en París, y el gusto de adquirir la obra notabilísima de Monseñor SAGETTE sobre la Eucaristía. La lectura de ésta y la práctica de*

aquélla fueron el origen de su devoción al augusto misterio, tomando de la Adoración de Paris sus primeras lecciones de esta obra, con las que contribuyó quince años después a la fundación en España de aquella religiosa idea; y antes, a la iniciación de un periódico eucarístico, como se va a explicar... (La Lámpara del Santuario, 14, 1883, 259-270.). Don Luis tradujo y publicó muchos fragmentos del mismo libro, entre ellos los siguientes: Meditación eucarística en la octava de la Asunción de Nuestra Señora (La Lámpara del Santuario 1, 1870, 333-338). Este trabajo lleva por delante esta nota: Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que hayamos traducido para ellos un fragmento del precioso libro del señor abad de LA SAGETTE sobre la Eucaristía, con motivo de la octava de la Asunción de Nuestra Señora. Es tan preciosa la obra que, con el tiempo, si nos fuese posible y lo permitiesen los recursos de esta modesta revista, acaso nos atreviésemos a traducirla, emprendiendo dicho trabajo a riesgo de no hacerlo como lo merece el objeto, y su desempeño reclama"... D. Luis citó muchos pensamientos del mismo libro en la revista. Era sin duda SAGETTE uno de los teólogos más apreciados por don Luis, como lo muestra este texto de 15.09.1877: Confesaremos ingenuamente que nuestro fin al fundar y escribir esta humilde revista eucarística, no ha sido otro que hacer el modesto papel de propagadores de las ideas teológicas acerca de este amoroso misterio, haciendo el oficio envidiable de la abeja que liba en las florecillas del campo para formar el néctar que nos brindan sus panales. Sólo que aquí las flores son las obras magistrales de SANTO TOMÁS, de ALÁPIDE, y de monseñor LANDRIOT; y las ascéticas del padre FABER, SANTA TERESA, fray LUIS DE GRANADA, y del padre SAGETTE; y señaladamente, una magnífica revista eucarística que se publica de un año a esta fecha en Francia bajo la dirección de los reverendos Sacerdotes del Santísimo Sacramento; aunque la pobre abeja metafórica carece muchas veces de discreción, y siempre de

buen gusto para escoger y expresar ideas tan bellas (La Lámpara del Santuario, 8, 1877, 321-327).

SCIO DE SAN MIGUEL, Felipe: Nació en La Granja, Ávila, el 28.09.1738. Murió en Valencia el 9.04.1786. Teólogo calasancio, famoso por su traducción íntegra del latín al castellano de la *Biblia Vulgata* (Valencia 1790). Don Luis utilizó con frecuencia sus paráfrasis y versiones bíblicas.

THEODORETO DE CIRO: Nació en Antioquía en 393, fue obispo de Cirio desde 423, y murió en Antioquía en 458. Don Luis aprovechó su *Historia eclesiástica (323-428)*, escrita en Antioquía hacia 450 para su historial de milagros eucarísticos.

THEOFILACTO EL PRECEPTOR: Floreció en el siglo XI. Fue Obispo de Acrida y Arzobispo de Bulgaria. Don Luis gustaba citar sus opiniones teológicas en *La Lámpara del Santuario*.

TOMÁS DE AQUINO, Santo: Roccaseca, Aquino, Lazio 1224. Fossanuova, Latina, Lazio 1274. Don Luis publicó en *La Lámpara del Santuario* varias veces el himno eucarístico *Pangelingua*, de SANTO TOMÁS. Primero, en dos preciosas traducciones castellanas: la de FRAY LUIS DE LEÓN (1.05.1870, t. 1, pp. 193-194) y la de IGNACIO DE LUZÁN (1.08.1873); y después en otras más libres de F. J. P. (15.03.1876); y de Pedro ÁLVAREZ (15.02.1877).- Además, una *Oración para después de la Santísima Comunión* (15.11.1876) traducida por él mismo. Además, una traducción suya del himno *Adoro te devote latens Deitas* (15.10.1877), de nuevo publicada en 10 (1879) 263-265. También publicó *La Lámpara del Santuario* (1.08.1873, t. 4., pp. 310-316) una biografía eucarística del santo encargada al colaborador don Juan Manuel de CARÚS. También tradujo del francés y publicó "El panegírico de Santo

Tomás de Aquino de monseñor Lorenzo Gastaldi, arzobispo de Turín" (31.05.1883), *La Lámpara del Santuario*, 14 (Madrid 1883) 181-183 con esta nota: *Nuestros lectores, estamos seguros de ello, participarán de nuestra santa alegría, al ver magistralmente retratada en vigorosas pinceladas la faz eucarística del ilustre hijo de Aquino.- TRELLES le prodigó al AQUINATE muchos cariñosos elogios. P. e.: ¿Cómo podríamos, pobres ignorantes, mejorar la definición de sacrificio del gran santo Tomás? Imposible () SANTO TOMÁS DE AQUINO fue el más grande de los doctores católicos, un inspirado cantor de la Eucaristía, un genio incomparable, un religioso tan santo como sabio () Adoremos a CRISTO, rey que domina las naciones, y que da la dulzura de su espíritu a los que lo reciben. Todo es hermoso en este invitorio, que es de SANTO TOMÁS DE AQUINO, como el oficio del Santísimo Sacramento (al que pertenece). Hay en la citada antífona muchos misterios y todas sus palabras son dignas de encomio y ponderación () Lo mismo defiende santo Tomás en los artículos 3º y 10º de la cuestión 19 (Summa Theologiae, pars I) distinguiendo con su acostumbrado acierto dos especies de necesidad ().- Trelles citaba mucho al doctor angélico en sus escritos, singularmente la *Summa theologica*, aunque no de forma desproporcionada en el conjunto de sus citas de santos padres y doctores de la Iglesia. Pero eso no debe engañarnos a la hora de ponderar el significado de Aquinas en su pensamiento: la estructura y la terminología del sistema de pensamiento filosófico y teológico de don Luis, así como su comprensión teórica del mundo y de la vida, es *tomista*, aunque su comprensión práctica de la fe es más bien *bonaventuriana*: en consonancia con la línea gallega de la tradición española, y con la enseñanza conciliar y pontificia de la Iglesia Católica en el siglo XIX, que el papa BENEDICTO XVI ha recogido y actualizado primorosamente en nuestros días.*

VIRGILIO MARO, Publio: Poeta latino nacido en Andes, actual Pietole, cerca de Mantua, el año 70 a. C., y muerto en Brindisi en 19 a. C. Don Luis lo cita siguiendo la larga tradición de escritores cristianos que tiene su cima en DANTE ALIGHIERI que lo consideraron su poeta latino preferido y que llegaron a presentarlo como casi un profeta pagano de CRISTO.

WISEMAN, Nicholas Patrick Stephen Cardenal: Nació en Sevilla el 2.08.1802, fue Arzobispo de Westminster desde 29.09.1850 y falleció en Londres el 15.02.1865. Converso del anglicanismo al catolicismo, fue dentro de éste un gran apologista y escritor sacro. Don Luis lo apreció mucho por su doctrina y por una circunstancia personal que él gustó recordar. Así p. e. en 31.01.1881 en el ensayo sobre la luz de ese año, reproducido en esta obra, diciendo que "el símbolo de la publicación (*La Lámpara del Santuario*) fue excogitado por el cardenal WISEMAN que escribió una novela bajo este nombre". La novela de Nicholas Patrick Cardenal Wiseman tuvo éxito en España. Fue traducida al castellano por el presbítero don Pedro García San Juan con el título *La lámpara del santuario. Novela moral religiosa* en primera edición que no he localizado, pero que debe ser anterior a 1870. En la Biblioteca Nacional de Madrid hay, sin embargo una segunda edición realizada en Madrid por José del Ojo Gómez en 1883 (127 pp.). Además, don Samuel Ruiz Pelayo escribió *La lámpara del santuario. Drama en dos actos... basado en la novela... del Cardenal Wiseman* (Madrid, A. Marzo, sin año).

Este libro
de don Luis de Trelles y Noguerol titulado
La luz, símbolo cristiano.
Meditaciones de don Luis de Trelles ante Jesús Sacramentado
Prospectos de La Lámpara del Santuario (1870-1891),
segundo tomo de las obras del autor,
ha sido preparado para edición por Santiago Arellano
Hernández y Francisco Puy Muñoz,
editado por la Fundación Luis de Trelles
y se acabó de imprimir en Vigo
el día 2 de abril de 2016
festividad de San Francisco de Paula²⁵

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.
Ave María Purísima.

²⁵ "San FRANCISCO DE PAULA, cuando veía una lámpara del Santísimo apagada, la encendía con un sople ligero, o bien aplicando los dedos a la torcida". Luis de TRELLES, "Crónica" (1.04.1874), *La Lámpara del Santuario*, Tomo 5, págs. 149-151.

OBRAS DE DON LUIS DE TRELLES

1. L. DE TRELLES Y NOGUEROL, *Hablando con Jesucristo Sacramentado. Oraciones*. Edición y Estudio introductorio de Francisco Puy Muñoz, 2013, 230 páginas. ISBN: 978-84-939558-3-0
2. L. DE TRELLES Y NOGUEROL, *La luz, símbolo cristiano. Prospectos de “La Lámpara del Santuario” (1870-1891)*. Edición y Estudio introductorio de Santiago Arellano Hernández, Fundación Luis de Trelles, Vigo, 2016, 248 páginas. ISBN: 978-84-606-8332-2.

PUBLICACIONES DE LA FUNDACIÓN LUIS DE TRELLES

1. J. M. BLANCO ONS, *Luis de Trelles. Abogado, Periodista, Político, Fundador de la Adoración Nocturna Española*, 1991, 210 páginas. ISBN 84-404-9222-7.
2. F. PUY MUÑOZ, *Luis de Trelles o el Compromiso con los Marginados*, 1991, 78 páginas. ISBN 84-88051-07-7.
3. A. TRONCOSO DE CASTRO Coordinador, *Centenario de don Luis de Trelles: Auditor del Ejército, Jurista, Político, Periodista. Fundador de la Adoración Nocturna Española*, 1992, 215 páginas. ISBN 84-88051-15-8.
4. F. PUY MUÑOZ, *Dereito, Xusticia e Lei segundo Luis de Trelles e Noguero (1819-1891)*, 1999, 83 páginas. ISBN: 84-8408-073-0.
5. J. PASTOR Y M. T. TUÑAS, *La espiritualidad de Trelles*, 2001, 293 páginas. ISBN, 84-88051-96-4
6. J. PASTOR Y M. T. TUÑAS, *Trelles y el espíritu de los ritos de la Adoración Nocturna Española*, 2004, 112 páginas. ISBN 84-88051-51-4.
7. F. PUY MUÑOZ Coordinador, *La herencia espiritual de don Luis de Trelles en Ávila*, 2004, 192 páginas. ISBN 84-88051-23-9.

8. F. PUY MUÑOZ, *La vida familiar de don Luis de Trelles*, 2004, 228 páginas. ISBN 84-88051-27-1
9. S. ARELLANO HERNÁNDEZ, *Don Luis de Trelles, trovador del Santísimo Sacramento*, 2004, 140 páginas. ISBN 84-88051-35-2.
10. J. PASTOR Y M. T. TUÑAS, *La senda eucarística de perfección seglar*, 2005, 402 páginas. ISBN 84-88051-20-4
11. F. PUY MUÑOZ Coordinador, *La herencia espiritual de don Luis de Trelles en Sevilla*, 2009, 243 páginas. ISBN 978-84-612-9989-8.
12. F. PUY MUÑOZ, *Luis de Trelles. Un laico testigo de la fe*. 2009, 521 páginas. ISBN 978-84-96860-36-0.
13. R. RUIZ ORTIZ Coordinador, *XXII Jornadas de Verano "Luis de Trelles"*, Granada, 2012.
14. L. DE TRELLES Y NOGUEROL, *Hablando con Jesucristo Sacramentado. Oraciones*. Edición y Estudio introductorio de Francisco Puy Muñoz, 2013, 230 páginas. ISBN: 978-84-939558-3-0
15. J. PASTOR Y N. T. TUÑAS, *Virtudes Eucarísticas*, 2014, 1.283 páginas. ISBN 978-84-617-1 385-1
16. L. DE TRELLES Y NOGUEROL, *La luz, símbolo cristiano. Prospectos de "La Lámpara del Santuario" (1870-1891)*. Edición y Estudio introductorio de Santiago Arellano Hernández, Fundación Luis de Trelles, Vigo, 2016, 248 páginas. ISBN: 978-84-606-8332-2